EL MENSAJE QUE CAMBIÓ MI VIDA

ADRIANA ALEXANDRA DE LA HOZ SÁNCHEZ



UNIVERSO de LETRAS

El mensaje que cambió mi vida

Adriana Alexandra De la Hoz Sánchez

UNIVERSO de LETRAS

El mensaje que cambió mi vida
Adriana Alexandra De la Hoz Sánchez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Adriana Alexandra De la Hoz Sánchez, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418855399
ISBN eBook: 9788418855832

A mis hermanos
A todos mis nueve hermanos, quienes me han dado la ilusión de vivir, agradezco hacerme sentir parte de su existencia.

A esos seres generosos, toda mi gratitud por llenarme de sobrinos, familiaridad, alegría y posibilidades.

¿Puede algo ser más fuerte que el llamado de la sangre?

Esta no es una historia de superación personal y lucha.

No hay aquí enseñanzas de vida, porque vivir no es limitarse a cumplir las funciones básicas de un ser que respira y muchas veces solo es un cuerpo que vaga por ahí.

Este es un cuento de alguien al que al final, y no se explica aún con qué méritos, la vida le dió todo lo que le había negado.

Prólogo

Cuando tenía 8 años y salía del colegio, debía caminar hasta el sitio de trabajo de mi mamá, que no era muy lejos, y esperar ahí con ella hasta que finalizara la jornada.

Terminaba las tareas y mis repasos para las previas muy rápido. Para que no me aburriera, mamá me compraba comics: Memín, El llanero solitario, Kalimán y además novelas de Corin Tellado (ahora ya saben porque suelo ser cursi). Así, mamá me habituó a leer.

Por esos giros que desde pequeña dió mi vida terminé viviendo con mi tía Cecilia. No podía salir mucho a compartir con los amigos del barrio, así que pasaba mis horas libres leyendo la colección de Joyas de la Literatura Colombiana que ella tenía: La Vorágine, María, Flor de fango, Aura o las violetas y muchos otros, que tampoco eran apropiados para mi edad pero me encantaban (hubiera sido genial un Harry Potter o algo así).

Cuando ya había leído todo lo que estaba en la biblioteca, un día me pareció curioso ver un libro que parecía una Biblia en un rincón apartado. Lo abrí. Era una selección de cinco obras de una escritora que jamás había escuchado mencionar. Así que inicié la lectura del mamotreto. Eran más de dos mil páginas delgadas con letra pequeñísima. Fue el descubrimiento más precioso que tuve en mi niñez.

El primer libro era “La Buena Tierra” de Pearl Buck, una historia sobre un campesino chino y su familia, a principios del siglo veinte. Una obra bellísima.

La descripción de las tradiciones y de la vida de los personajes era tan detallada, que investigué por qué una norteamericana narraba con tanta propiedad hechos de una cultura claramente diversa y descubrí que ella creció en China porque su padre era misionero, así que sabía de lo que escribía. Al hallar que sus relatos no eran del todo ficción, amé más sus novelas.

Esa escritora me mostró que podía viajar y conocer el mundo leyendo un libro, que podía ser quien quisiera ser haciendo míos los personajes, que no hay barreras que impidan que tu alma sea libre. Ella me enseñó a amar la historia y la escritura.

Así entendí que los libros eran mis amigos, mis confidentes y desde entonces han sido mi refugio, mi fiesta, mi emoción y en varias ocasiones mi coincidencia con almas gemelas.

Uno de mis anhelos secretos era ser escritora. Hoy me atrevo y llena de emoción les presento mi historia.

Mi madre

Inés, mujer de mirada profunda, triste, ensimismada, con una preciosa nariz respingada, boca grande, piel trigueña y de caderas generosas; una chica muy bonita y llamativa de carácter rebelde, orgulloso, con gran sentido del humor y trabajadora incansable, fué quien me trajo al mundo.

Inés era madre soltera, cosa muy mal vista en aquella sociedad conservadora de la vieja Bogotá. De hecho no recuerdo que alguna de las primas o amigas contemporáneas de mamá, estuviera en la misma condición. Si no estaban casadas, no tenían hijos.

Vivía enojada, con la vida, con sus padres, con su familia... conmigo. Sospecho que nos culpaba a todos de su existencia triste y solitaria, de trabajar sin descanso en una fábrica de dulces, si mal no recuerdo, y no tener nada para sí, solo una hija que le ocasionaba gastos, penas y el reproche de su padre, que por lo que se de él, era estricto a más no poder y siempre esperó que ella actuara y fuera como su hija menor, dócil, femenina, vulnerable y con una personalidad dedicada a que las personas que estuvieran cerca de ella la quisieran.

Tengo grabado en mi mente, como en una película borrosa y gris, un mediodía frío y nublado en mi hermosa capital. Estábamos con mi madre en un restaurante pobre y oscuro, preguntando por el valor de un almuerzo. Ese día a mamá apenas le alcanzaba el dinero para comprar una sopa. Al llegar el plato de mazamorra a la mesa, acompañado por un banano, eligió la fruta para dejarme a mí el plato principal, pero se la pedí y sin decir más me la entregó y se quedó viendo como su pequeña devoraba su alimento. Yo tendría tres o cuatro años, pero esa escena es de las primeras que conservo, más me enternece y me hace sentir tristeza por ella. Sé que no me adoraba, pero se esmeraba por suplir mis necesidades básicas. Literalmente se sacaba el pan de la boca para complacer el hambre de su hija.

La recuerdo sentada en la escalera de la casa donde vivíamos, un lugar oscuro y frío. Tenía la mirada perdida. Creo que fué después de la muerte de mi abuela, una mañana del 8 de diciembre de 1973.

Yo dormía plácidamente con mi abuelita Leonor, lo que al parecer era costumbre. Mamá, que había madrugado a hacer tamales para el día festivo la llamó, pero no despertaba. Había muerto silenciosamente de un paro cardiaco. Fue un fin bonito, no nos dimos cuenta, no se quejó, solo se fue. Supongo que así mueren las personas buenas y dulces y a mis tres años era y es todo lo que sé de ella, que amaba a su hija, su nieta y era nuestro ángel. Nos protegía y desde el momento en que ella murió a sus cincuenta y tantos años, mamá y yo empezamos a vagar en Bogotá porque no eramos aceptadas ni por mi abuelo, ni por nadie. En esa época, aún cuando el movimiento hippie y su libertinaje se había extendido, en Bogotá ser madre soltera era un estigma. Nosotras supimos de eso.

Cuando mi abuela nos dejó, se llevó toda el amparo que teníamos. Mi abuelo era un hombre muy

drástico y jamás le perdonó a mi mamá haberme tenido sin estar casada. El amaba por sobre todas las cosas a su nuera Blanca y al enviudar se fue a vivir con mi tío Julio, su esposa y mis dos amados primos.

La relación de mis tíos no era la mejor. Terminaron separándose pero mi abuelo continuó viviendo con mi tía Blanca y mis dos primos. Entre los dos, mi tía y mi abuelo, humildemente se hacían cargo de los niños, por lo que mi mamá no tenía cabida en esa casa, en ninguna, la verdad.

La situación cada día era más difícil. No sé cuanto tiempo pasó, ni cuantos años tenía exactamente, pero terminamos en Bucaramanga, una ciudad intermedia en Colombia, tranquila, calurosa y bonita, recibiendo ayuda de la hermana de mi mamá. Fuimos a vivir a su casa.

Mi tía le consiguió trabajo a mamá y nos trasladamos a una pieza de inquilinato. Al principio vivíamos en casas de familia bien ubicadas, pero después las cosas empezaron a complicarse por el temperamento de mi madre y terminamos en barrios peligrosos, llenos de cantinas y burdeles.

Cuando yo tenía siete años, mamá conoció a Franklin, un hombre cariñoso, gentil, quien tenía esposa y varios hijos mayores, lo cual no impidió que se enamoraran, que vivieran su aventura apasionada y romántica y que me dieran mi primer gran amigo y tierno amor, mi hermanito Geovanny.

Mi negrito era precioso. Heredó la nariz y los ojos de mi madre. Parecía un muñequito. Lo amé desde que lo ví. Era mi pequeño amor y nos teníamos el uno al otro.

Mamá no sabía mucho de cariño y Franklin se lo daba. Así que Geovanny y yo, pasamos a un segundo plano, pero mi hermanito me tenía a mí. A mis ocho años me convertí en su mamá pequeña.

Teníamos nuestra rutina. Al salir del colegio, lo recogía de la guardería y lo llevaba a casa en bus. Le daba su biberón, almorzaba lo que mamá dejaba de comer para mí y me ponía a hacer tareas.

Mi madre solo estaba contenta si estaba con Franklin. Vivía tan furiosa con las personas, con sus hijos, pero conmigo especialmente. Por cualquier motivo me golpeaba e insultaba. Sus palizas eran épicas. No recuerdo haberlas merecido. Trataba de ganar su cariño de todas las maneras: siendo la mejor estudiante, la más juiciosa con sus deberes, la reemplazaba en todo lo que ella debía ser para mi hermano, pero cada vez que podía, mamá se desahogaba emocionalmente conmigo, me decía que por mi culpa papá la había abandonado.

Cuando Geovanny tenía dos o tres años, con la precaria situación económica de mi madre, su relación clandestina y los constantes maltratos de todo tipo por los que pasábamos sus hijos, mi tía Cecilia decidió que debía vivir con ella. Solo yo, mi hermano era muy pequeño, morenito y el esposo de mi tía es racista y clasista, aunque nunca entendí el por qué de su sentido de superioridad. Seguramente no éramos muy bien aceptados por él porque somos hijos de padres costeños. Es cultural en Colombia la rivalidad entre las personas del interior, especialmente los cachacos, y los de la costa.

La vida con mi tia

Mi tía siempre ha sido una mujer bonita, femenina y sabía ganarse el cariño de todos con su forma de ser melosa y complaciente. Era juiciosa, buena estudiante y con el don de las buenas maneras y el lenguaje agradable. Elegante hasta para dormir. Siempre estaba impecable.

Mi abuelo pensaba que ella si tenía opción de encontrar una pareja y ser el orgullo de la familia, así que por el amor a su hermana, mi madre que era la mayor, empezó a trabajar siendo muy joven y ayudó a pagar su estudio.

Mi tía Cecilia se casó a los diecinueve años con el hombre que más adelante le presentaría a mi padre a mi mamá. Desde siempre, indirectamente, el fue caos en mi vida.

Cuando nací, mi madre se refugió en la casa de su hermana y prácticamente desde ese momento mi tía fue mi principal figura materna. La ternura que recuerdo viene de sus manos. Las normas de comportamiento apropiado y buenas maneras, son su mejor regalo.

En diferentes etapas, mamá y yo vivimos en su casa. Ella tiene dos hijos Luis Miguel y José Luis.

Luis Miguel es mayor que José Luis y yo, diez años . De él recuerdo la caja de música de Los Beatles, Let it be, Whit a little help for my friends, tantas canciones que no entendía pero me hacían vibrar. Miguelito era el guapo del barrio donde viviamos. Alto, delgado, con ojos verde claro y sonrisa franca y amplia. Lo veía tan bello como John Travolta, pero además de su buen aspecto era gentil, muy buen estudiante, inteligente y noble. Es un hombre luchador. Lo quiero mucho. Aparte de sus comentarios ácidos, nada personales (defecto de su familia), acerca de mi físico o mi manera de ser, es una persona amable. Por la diferencia de edad no compartimos mucho, pero siento mucho cariño por él.

José Luis nació nueve meses después de mi llegada al mundo. Era un bebé del que todos tenían algo bonito que decir. Supongo que tanta atención lo volvió introvertido. No a todos les gusta destacar, pero José Luis nació con una bella estrella y todos lo amamos solo por existir. En su vida hizo justicia a la admiración que inspiraba. Era organizado, comprometido, pulcro, de buen gusto y de inteligencia sobresaliente. Usó muy bien los recursos económicos y emocionales que recibió de sus padres. Es un gran arquitecto y de todos nosotros ha sido el primero en lograr por sí mismo una mejor posición social y económica. Sospecho que su disciplina lo convirtió en una persona intolerante con los defectos de los demás.

Físicamente también era muy bello. Cabello claro ensortijado, ojos claros, hermosísima sonrisa, nariz más bien chata. Se parece mucho a mi tía, con su boca pequeña y bonita en forma de corazón. Resultó ser el más alto de todos.

Respecto a nuestra relación, tengo mi niñez llena de recuerdos amados con José Luis. En mis momentos más difíciles, a su manera me acompañó, me apoyó y algunas veces fui refugio en sus tormentas, algo que me acercó de manera especial a ese muchacho fuerte y rudo por fuera, pero lleno de ternura por dentro.

Me gustaba salir con mi primo.

Una pequeña anécdota: Un día lo obligué a llevarme a cine. Vimos una película de Chayane. Pobre. Cuando salimos del teatro le dije que fueramos a bailar salsa en un establecimiento que inauguraban esa noche; yo pagaba con tal de que me acompañara. Se había ido la luz en el sector, por supuesto, él estaba feliz de su buena suerte pero no le duró mucho. Entramos, esperando que se solucionara pronto el problema eléctrico. En tanto hicieron sorteos de cd's. Me gané uno y nos obligaron a bailar con el sonido de una grabadora. El exigió que sonara «Que pena», por obvias razones. No paré de reir hasta que me dejó en mi casa, lista para mi tortura del fin de semana, pero esta es otra historia.

Cuando mi tía me acogió yo tenía diez años . Es extraño como algunos momentos de la infancia, quedan en tu mente definiendo tus sentimientos, metas y la forma en que percibes la vida. Es el caso de la primera instrucción de mi tía al recibirme en su casa: «Mamita en la vida todos debemos ganarnos el pan y yo soy pobre, así que debes ayudarme con las labores domésticas». Eso marcó mi actitud ante todo y me hizo dudar de ese artículo de la constitución colombiana que dice que los niños merecen cuidado, atención y no deben trabajar. Al parecer ese derecho no aplica a los bastardos ni a los recogidos.

Mi tía Cecilia siempre había tenido empleada de servicio y desde ese momento ese fue mi cargo. Me decían que yo era la hija que no habían tenido, pero el trato no era tal cuando llegaba el momento de los regalos de navidad, cumpleaños o simplemente el hecho de que al parecer entre mis primos menores de edad también, solo a mí aplicaba la norma de tener que justificar comida y habitación.

Mi madre era muy orgullosa y de alguna manera esa dignidad que ella profesaba la hice mía y aprendí que hay personas que no merecemos por derecho propio las cosas básicas, debemos ganarlas y autocuidarnos.

Mi madre me enviaba cartas. En una de ellas me escribió algo que solo más adelante entendería y viviría en carne propia: «Hija, tú y tu hermano son mis brazos y sin ti me siento sin uno de ellos, incompleta». En mi cabeza y mi corazón no aceptaba ni entendía que de esa persona, que cuando me tuvo a su lado, solo me hizo sentir que me odiaba y le estorbaba, salieran esas palabras. Aún así me sentía culpable por ser una vez más y de todas las maneras, la razón de su tristeza.

Me vestía con la ropa que le sobraba a mi tía y a una de sus cuñadas. Era una niña con ropa de mujer de cuarenta años. Cuanto añoraba vestirme acorde a mi edad y con prendas nuevas. Creo que hoy día mi obsesión con la ropa y tomarme fotos para exhibirla, se originó en esta época de mi vida. Me perdono por eso.

Tampoco podía salir mucho a jugar con los muchachos del barrio, porque mi tía sentía que tenía la responsabilidad con mi mamá, de que yo no cometiera ciertos errores. Se preocupaba inútilmente, porque siempre fui la típica chica que iba a los bailes durante la jornada escolar, con la ilusión de ser invitada a bailar pero después de un buen rato de hacer la figura de la pobrecita, a quien ningún chico invitaba a bailar, me iba llena de vergüenza y frustración.

Crecer

Al momento de mi desarrollo, era una niña de facciones grandes, alta, delgada, relativamente normal, pero mi cuerpo empezó a odiarme y mientras las otras chicas comenzaban a tomar formas hermosas, suaves y atractivas, mi pecho se quedó con todo el protagonismo. Me convertí en una adolescente demasiado exhuberante y totalmente desproporcionada. Inicié mi larga carrera en la bulimia, situación de la que nadie nunca se dió cuenta. Vomitaba todas las veces que comía, pero aún así mi cuerpo nunca fué mi amigo, no lograba controlar mis medidas.

Enfrenté mi fealdad y diferencia refugiándome en mi estudio, escuchando música y devorando los libros que mi tía tenía en casa. La biblioteca era un lujo que ni conocían pero para mi era un tesoro. Recuerdo que mi tía me regaló mi primer libro, El pájaro espino, cuando terminamos de ver la serie, la cual está muy bien hecha, pero el libro es fantástico. Debido a ello y cuando pude comprar mis libros, empecé a preferirlos a las películas.

Viviamos en un conjunto popular, en el tercer piso de un edificio. En el apartamento del quinto piso vivía una familia donde todos físicamente eran muy bellos. Cuatro hijos, con padres bondadosos y dulces; me enamoré del chico menor de los dos varones. Eramos amigos. El me visitaba cuando llegaba del colegio en la puerta del apartamento. Lo quería pero él me veia solo como amiga y seguramente mi evidente admiración le llenaba el ego, por lo que pasaba mucho tiempo conmigo, o así me lo parecía. Tenía aventuritas con todas las chicas que podía solo por divertirse; yo no era una de esas afortunadas. En fin, este chico fue el primero de los que me enamoré y tuve que considerar solo como mi mejor amigo.

De lo poco que pude compartir con los muchachos y muchachas del barrio tengo bonitos recuerdos. Por supuesto no faltaba la chica llamativa que se burlaba de mi aspecto, pero en resumen, hubo momentos muy agradables. Cantaba, igual que lo hacía mi madre. Hasta alguna vez fui una “rock star” de música colombiana.

El tema del canto es herencia familiar. Mi mamá y mi tía eran muy entonadas, gran oído musical y una voz preciosa. Cantaban en la coral de Bogotá. Existe una foto de todos los miembros del coro con su uniforme y se ven mi madre y mi tía, hermosas y como todas unas artistas.

Adoraba las reuniones donde el tío Alfonso (un primo de mi madre), quien era un maestro con el tiple y la guitarra; un cachaco puro, amante de los bambucos y guabinas que son la música por excelencia de la región andina colombiana, donde los campesinos narran su día a día, sus vivencias y amores, al son de hermosos versos con compases melodiosos y románticos.

Eramos una multitud cuando se reunían las familias. Todos, en especial los jóvenes, teníamos que

salir a escena a hacer lo que mejor pudiéramos. La mayoría teníamos algún talento artístico, incluso Osquitar que se defendía contando chistes.

En primaria, en el glorioso Liceo Patria, tenía profesoras que consideraron que tenía buena voz (no potente, pero agradable al oído), buena medida y era bastante entonada, por lo que participé representando al colegio en varios concursos que gané, cantando dos canciones de José A. Morales, gloria de la música típica colombiana, Cenizas al viento y María Antonia.

A nivel departamental canté en el estadio de fútbol Alfonso López de Bucaramanga, fue una de las ocasiones más emocionantes de mi vida ahora que la revivo, porque en su momento la sufrí. Era bastante tímida e insegura.

Debido a mi pequeño éxito musical en el colegio, canté varias veces en la emisora Radio Bucaramanga con los chicos del grupo Exodo, un grupo de niños y adolescentes que ya tenían sus propios discos grabados. Eran fabulosos. Por estas actuaciones me invitaron a cantar en el Parque Recreacional Los Lagos, en las fiestas de navidad que se hacían. Es la presentación mas «pop» que hice. Canté la canción de moda de Yuri, Quererte a ti.

Hay personas de esa época que me recuerdan por mi apellido, el lunar rojo del lado izquierdo de mi cara y mi voz, aún cuando físicamente sea totalmente diferente a la niña introvertida, delgada y patiflaca que cantaba.

Esta larga interrupción de la historia de mi vida en Bucarica, era para ambientarlos en las pocas actividades que tuve la oportunidad de compartir con los muchachos de Bucarica. Jugaban beisbol en los parqueaderos. Si yo estaba presente, era el castigo del equipo perdedor. No, el deporte o los juegos de equipo no eran para mí, así que las actividades grupales estaban excluídas de las experiencias compartidas.

Había un chico pocos años mayor, que tenía guitarra eléctrica y amplificador. Era la época en que la mayoría de las niñas cumplía quince años y él le daba serenatas improvisadas a sus amigas. Alguna vez me invitó a cantar cerca a casa, ya que mi tía debía tenerme bajo control.

A los chicos del barrio los tengo muy presentes y solo tuve malos momentos con una chica muy hermosa que me llamaba “Lechesan” (como la industria pasteurizadora de leche santandereana), por mi inocultable y descomunal pecho. A excepción de ella, los demás me trataban bien o con indiferencia, que es mucho mejor a ser objeto de burla o acoso.

Hice mis primeros cinco años de bachillerato en el colegio público Vicente Azuero. Repetí el primero porque lo cursé en el Liceo Patria, donde estudiaba desde tercero primaria, pero al momento de hacer el primer año de secundaria, ese curso no estaba aprobado en el plantel y aunque mi promedio y notas eran excelentes, solo los validaban en algún colegio privado demasiado costoso.

Mis cinco años en el Colvia, me permitieron compartir con amigos que aún hoy conservo. No podría olvidar a Nelly la Pitu, que amaba bailar y preparar conmigo dulce de leche cortada. O Iris la niña dulce que me visitaba y que se robaba todas las miradas. Cesitar, pequeño y vivaz, era como nuestro protegido. En esa época se parecía a Luis Miguel, el cantante. Yanixa con sus ojazos verdes lindos, uñas siempre perfectas y un carisma especial. Era altísima y jugaba basquetbol.

A propósito del basquet, intenté jugar una vez porque el entrenador del equipo del colegio insistía en que por mi altura podría ser una buena jugadora, pero como en las películas gringas tuve mis cinco segundos de gloria y fracaso. Sucedió así: Tuve la pelota en mis manos, la recibí, estaba sola, atravesé la cancha, era imparable y lancé. La pelota pasó a un metro de distancia de la cesta. Jamás olvidaré los gritos de emoción seguidos por carcajadas y burla. Siempre fui solo una nerd, no sé que esperaban.

En esa época mamá pudo empezar a enviarme plata para que viajara a Bogotá en vacaciones y compartir con ella. Esfuerzo que agradezco infinitamente porque debía descansar de ser empleada doméstica de mi tía, estudiante y adolescente frustrada, al menos por dos meses al año.

No les contaré de mi fiesta, ni de mi vestido de quinceañera porque no los tuve.

Bogotá otra vez

La primera vez que vi a mi mamá después de seis años, fue para el diciembre en que cumplía quince años.

Necesitaba desesperadamente escapar de mis obligaciones en la casa de mi tía. Tenía dermatitis aguda por el oficio de limpieza y la cocina. La única manera de recuperarme era dejar de tener contacto con detergentes y las cáscaras de los alimentos; no podía escribir, se me habrían grietas muy dolorosas en las dos manos; mi tía no podía hacer mucho por mí con esa situación, así que le supliqué a mi mamá ayuda. Al finalizar el año escolar me envió la plata para el pasaje y en un bus Copetrán llegué a Bogotá.

En el terminal, a las seis de la mañana, con su temperatura gélida, mi amada ciudad me dio la bienvenida con los besos y abrazos de mi prima Sandra, mi primo Juan Carlos y mi mamá, quien sentía que un pedacito de su alma estaba otra vez con ella.

Desde ese primer viaje de vacaciones todas las despedidas de mi mamá, mi hermanito, mis primos y la ciudad eran muertes chiquitas. Lloraba todo el camino de regreso a casa de mi tía y rogaba al cielo que el tiempo volara para volver a estar con ellos.

En Bogotá encontré mis "Cuatro fabulosos del Eduardo Frey", eran chicos que todos los días me visitaban, Daniel, Toño, Julito y Rolando. Con mis primos, mi hermanito y mis cuatro amigos, los días eran maravillosos. Bailábamos, escuchábamos música, jugábamos, son los días que más añoro. No estaba sola, no era diferente, era parte de un grupo de rolitos como yo. Entre el cassette de melodías románticas de Los Beatles, Billie Jean, Bon Jovi, Madona, Journey, Pink Floyd, El Gran Combo de Puerto Rico y Wilfrido Vargas pasábamos nuestras tardes y noches. Escuchábamos 88.9 y Todelar Stereo y compartiamos las traducciones de las canciones.

No exagero, era inmensamente feliz.

Por supuesto sufría por amor porque de estar enamorada del muchacho de Bucaramanga, pasé a enamorarme de Rolando, uno de mis amigos rolos, de quien sí fui noviecita una corta temporada pero para variar, solo me veía como una buena amiga. También Roly tenía aventuritas por todos lados, pero pasaba mucho tiempo en nuestra casa. Mamá lo adoraba, cuidaba y consentía.

Mi prima Sandrita era mi compinche. Una muchacha de temperamento fuerte y niñez triste como yo. Muy consentidora conmigo y demasiado madura para su edad. Solo es mayor que yo dos años, pero era la que me enseñaba como desenvolverme en el barrio y las calles de Bogotá. Me daba consejos. Era mi preciosa hermana en vacaciones. Físicamente eramos muy diferentes y su fisonomía me deslumbraba, como a todos. Alta, 1.80 metros o más, delgadísima, pero con caderas y piernas bellas. Su

rostro perfecto de ojos verdes y achinados, su nariz pequeña y respingada y una boca de labios rojos, grandes y carnosos, rodeado por su melena rubia ondulada, era una diosa. Por supuesto cuando íbamos por el barrio de gancho yo resaltaba más su belleza. La Africana, así le decían irónicamente por sus rasgos nórdicos. No era solo bella, era una talentosa bailarina de salsa, lo hacía espectacular. Perfeccionista con las tareas de la casa y buena estudiante. Fue mi primera mejor amiga y hermana.

Juan Carlos, mi amado primo Juancho, usaba el cabello a lo Slash, el guitarrista de Guns and Roses. Dibujaba muy bien y le gustaba bailar breakdance. Tenía desafios con los chicos del Barrio Quiroga. Era toda una época. Siempre lo recuerdo como un muchacho dulce, tímido, reservado. Resultó ser el protector y guardián de los suyos. Lo admiro.

Mis días en Bogotá fueron los mejores que pude vivir.

Mi mamá trabajaba como empleada de servicio de la suegra de mi tío Alfonso. Para que no se sintiera mal, la señora Elvira decía que era su dama de compañía, le daba permiso de tenernos a mi hermano y a mi en su casa y así mi mamá vivió unos años con trabajo y protección.

Cada vez era más difícil abandonar Bogotá. Después de estar en una ciudad grande, llena de opciones, diversidad y de sentirme como pez en el agua, resultaba doloroso volver a la pequeña ciudad, donde no era aceptada y me sentía tan fuera de lugar, así que metí en problemas a mi mamá pidiéndole que me dejara vivir con ella. A su lado estaba toda mi dicha, no tenía que trabajar para poder comer, estudiar y tener un techo.

Gracias al esfuerzo de mi madre y estando en la ciudad de mis amores, terminé el bachillerato en el Colegio La Merced Distrital, en la jornada pública.

Encontré paz y viví un corto periodo como adolescente feliz.

Amaba mi colegio, mi uniforme, mi nueva vida, el chocolate caliente sin leche y el calado; amaba los amigos que hice en el bus que nos llevaba al colegio a los chicos del Agustiniano y a las chicas de La Merced. El colegio quedaba cerca a una fábrica de aceite y yo asimilaba ese olor particular con el de los patacones de bolsita, patacón pobre le decíamos, el mejor.

Ese año estaba muy emocionada porque en ese colegio, en quinto y sexto bachillerato se estudiaba francés. Era otro mundo. En mi cabeza nunca existió la posibilidad de viajar a otro país, de conocer otra cultura, pero siempre estuve hambrienta de saber de todo, de conocer varios idiomas y vivir otras vidas así fuera por libros o películas.

Como era propio de la asignatura de español, leí muchos de los clásicos literarios y estreché mi amistad con los libros. Ese último año de bachillerato fue maravilloso.

Mi rendimiento escolar siempre fue muy bueno, me encantaba estudiar. Los logros académicos eran mi pequeña gloria personal. De hecho en las pruebas de estado tuve un puntaje sobresaliente y en mi mundo de fantasía soñaba que podía entrar a la universidad.

Supongo que debido a que mi mamá no se sentía capaz de fallarme otra vez, sin saber como lo íbamos a pagar, armadas de ilusión y con mi puntaje del ICFES, solicitamos un crédito al ICETEX para estudiar Economía en la Universidad Distrital. Me lo otorgaron pero nunca lo tomamos por diversas razones, por miedo sobretodo. Cuando recibimos la respuesta mamá se quedó sin trabajo y no podíamos intentarlo, pero estuve tan cerca de una posibilidad que jamás creí tener, que hoy le doy gracias a mi madre por dejarme soñar.

Pablo

A mitad del año Rolando me presentó un amigo, un poco mayor que nosotros, con quien trabajaba. Al parecer, el chico tenía el corazón hecho pedazos por una chica de Medellín y en vista de que el mío estaba en iguales circunstancias, Roly pensó que los dos podríamos ayudarnos, por lo que nos presentó en una fría noche en nuestro barrio.

Al día siguiente recibí mi primer ramo de rosas con una tarjeta que decía: «Oye, me prestas una ilusión? PHTM». Tardé todo el día en descubrir quien me había enviado flores, era todo un suceso. Mi mamá saltaba de felicidad y fue Rolando quien me explicó qué significaban las iniciales de la firma: Pablo Hernando Torres Maldonado. Así, a mis diecisiete años decidí que él sería el padre de mis hijos.

Acepté ser la novia de ese chico alto, delgado, de cabello y ojos negros, que desde que me vió no puso reparos en mi físico.

Pablo resultó ser todo un galán. Se las arreglaba con el trabajo, para de cuando en cuando, esperarme a la salida del colegio. En una ocasión estaba ahí con una rosa roja en una bola de cristal, era la flor mas hermosa que había visto. Comenzó a llenarme de primicias y me sentía respaldada. Convertí a mi novio en la figura paterna que no había conocido.

Nos encantaba el cine, así que el fin de semana veíamos hasta seis películas. Frecuentábamos los cinemas de Chapinero. Almorzábamos pollo asado y estábamos listos para las tres funciones del sábado y las tres del domingo. Eramos maniáticos y felices.

Un día me dijo, «Nana te voy a llevar a comer papa rellena». Eso me ofendió porque me imaginaba en una esquina en la calle, comiendo algo nada elegante. Siempre me han gustado las cosas y los sitios con algo de clase, era pobre pero inspirada. Insistió y acepté la invitación, pero no entendía por que tanto protocolo para ir a comer semejante manjar.

Desde mi casa hasta la calle 76 con Séptima, me pareció demasiado largo el trayecto y al avecinarnos a los sectores elegantes de la ciudad, me empecé a llenar de curiosidad. Nos bajamos de la buseta, atravesamos la avenida y nos encontramos frente a una casa colonial, pequeña, muy acogedora, con un lindo letrero «La Papa Rellena».

Era el restaurante más bonito, cálido y elegante que yo jamás hubiera pensado visitar. Su nombre se debía a que preparaban unas papas españolas del tamaño de una piña mediana, les quitaban el interior y las rellenaban de diferentes maneras (pollo, champiñones, carne, verduras, etc.). Las cocinaban al gratín. Exquisitas, incluso la cáscara, la cual no se consume, por lo que el mesero disgustado me retiró el plato antes de que la terminara. Que figurón el que hice. Amé mi primera papa rellena con metida de pata y todo.

Nos encantaba ir a comer pizza al Centro Comercial Granahorrar en Jeno's Pizza, porque aparte de que era buenísima, todos los fines de semana había jazz en vivo. No entendíamos nada de esa música, pero nos encantaba sentirnos cosmopolitas.

Pablo descubrió mi bulimia. Lo hacía desde los doce años y ninguno se había dado cuenta, pero yo le importaba a mi novio y el estaba atento a todos mis movimientos; me ayudó a controlar mis malos hábitos, mi ansiedad al comer y empezó a trabajar en mi inseguridad.

Para celebrar nuestro primer mes de noviazgo, me regaló una olla a presión. Todos los meses me daba detalles para nuestro futuro hogar, pero yo era menor de edad y debíamos esperar.

No recuerdo el momento en que Pablo me pidió matrimonio, no estoy segura de que lo haya hecho, pero sabía que en algún momento formaríamos una familia, porque los principios religiosos de su madre no le permitirían que decidiera vivir en unión libre conmigo y yo tenía como meta en la vida ser la esposa de alguien. No quería ser como mi mamá, ni darle a mis hijos el dolor de crecer sin un padre.

Como ya les había mencionado, mamá perdió su empleo con la señora Elvira, no sé si por mi noviazgo o porque mamá estaba muy cansada de ser una empleada de servicio. En vista de que apenas terminara el bachillerato, la dejaría para vivir con Pablo, buscamos una habitación en un inquilinato, algo que mi madre, con sus escasos ingresos como costurera pudiera pagar.

Encontramos una pieza grande, oscura y fría en el barrio Libertador. Mamá consiguió una estufa de gas de dos puestos y no sé de donde, las dos camas. Teníamos un televisor viejo y grande. Allí empezamos a vivir con otro estatus.

Nuestra vida en esa cuarto helado, era triste. Los ratones se subían a la cama mientras dormíamos. A veces mamá dejaba sopa hecha para el día siguiente, pero no teníamos nevera y en la mañana encontrábamos ratas ahogadas en la olla. Lo único positivo de esta experiencia es que juré que un hijo mío jamás viviría así, que haría lo que fuera por darle una vida digna y lejos de la miseria, el hambre, el frío y la desesperanza. Aclaro que no estoy juzgando a mi madre, ella hizo lo mejor que pudo. Soy consciente de su dolor y angustia por lo que pasábamos y no me arrepiento de estar con ella y con mi hermanito al final.

El matrimonio

El 1 de Julio de 1988, a los dieciocho años y con dos meses de embarazo (todo un escándalo), nos casamos por lo civil.

Usé un vestido sencillo, muy lindo, formal y elegante que me regaló mi tía Cecilia, quien vino de Bucaramanga para mi matrimonio y el del primo Alberto, quien se casaba por la iglesia el mismo día.

Cuando se acabó la ceremonia, mi tía y los suyos tomaron un taxi para ir al otro matrimonio. Mi abuelo, mi tío Julio y mis primos partieron con mi mamá y mi hermanito a sus casas. Mis suegros, cuñadas, Pablo y yo, con nuestros vestidos para la ocasión, incluído mi humilde ramo de novia, tomamos una buseta abarrotada de gente y nos ubicamos en el último puesto.

Sentía tanta vergüenza, humillación y rabia, porque no hubiera estado mal haber ahorrado para un taxi. Bueno, al menos fuimos la anécdota de la semana para todos los que miraban con gracia a esa pintoresca pareja de recién casados, que partían en tan particular medio de transporte para su primera noche como esposos.

No hubo reunión de celebración ese mismo día. Se pospuso para el día siguiente en el garaje de la casa del barrio Rionegro, donde habíamos tomado en arriendo un pequeño apartamento independiente, el cual tenía lo necesario, incluso una alfombra que hacía que la habitación fuera más cálida.

Pablo sentía mucha necesidad de poner tierra de por medio, entre la pobreza, la clase popular y baja a la que pertenecíamos. En Bogotá, la zona en la que vivieras te convertía en rolo o cachaco. Mi esposo quería parecer cachaco, por lo que escogimos un barrio humilde, rodeado de los sitios exclusivos y lujosos del norte de la ciudad.

Hay momentos que quedan estampados en tu cerebro, en tu corazón, en tu alma y duelen siempre. Uno de ellos sucedió cuando fuimos a recoger las cosas que Pablo había comprado antes de casarnos y a despedirnos de mi mamá y mi hermanito. Recogimos todo y cuando el camión empezó a alejarse vi en la puerta de la que fue mi casa, dos pedazos de mi vida con mirada triste y desesperanzada. Sentí que quería sacarlos de ahí, llevármelos conmigo, pero los abandoné. Los dejé solos nuevamente. Mi hermanito y mi mamá seguirían durmiendo entre ratones. No me lo he perdonado.

Nos instalamos en el nuevo apartamento. Pablo no ganaba mucho y me dejaba mil pesos para hacer algo de comer. Iba a la tienda en la mañana y empezaba a preguntar cuanto costaba un cuarto o pesa de cada cosa. No sé si a mis dieciocho años me veía muy inexperta o demasiado joven para estar casada, pero le generaba algo parecido a la ternura al matrimonio dueño de la tienda, porque me daban

pequeñas cantidades de todo lo que se me antojaba y con mil pesos hacía almuerzo con sopa, seco y jugo. Pablo se sentía orgulloso de mí.

Nos casamos en julio y en agosto se iniciaba semestre en las universidades. Pablo sabía de mi ilusión por estudiar y me apoyaba, así que fuimos a buscar un instituto de formación profesional intermedio para ser programadora de sistemas, ya que ese nivel de estudio, económicamente podíamos permitirnoslo.

Se hacía un examen y entrevista para obtener un cupo. Pasé los dos, aunque no sentí que fuera tan satisfactorio como superar un examen de admisión en una universidad pública, según decían, pero fue mi primer paso hacia todo eso que me parecía imposible. Yo podría estudiar una carrera gracias a mi esposo.

Fueron años llenos de ilusión y alegría. Mi embarazo iba adelante perfectamente. Mis días estaban llenos de emociones positivas.

Tenía dos amigas especiales en el curso, Alba y Alexandra. Compartía más con ellas pero no tenía ninguna diferencia con los demás compañeros de clase. Me gustaba el ambiente que generaba el grupo. Mi materia preferida era álgebra lineal. Me encantaba. Adoraba las integrales, aunque hoy no me atrevería a resolver un problema.

Cuando terminaba la jornada de clases soliamos ir a la casa de Alba o Alexandra a almorzar y hacer las tareas de la universidad. Procuraba llegar a casa antes de las seis de la tarde, para hacer la comida y compartir con mi esposo.

Con Pablo, una o dos veces a la semana, para hacer ejercicio y prepararnos para el parto, caminábamos en la noche al centro comercial más cercano a comer pizza, creo que por eso mi embarazo fue perfecto.

Terminé mi primer semestre con buenos amigos en la universidad, las mejores notas (por lo que me becaron para el siguiente semestre), un embarazo avanzado y un buen matrimonio. Era feliz.

Visitaba cada vez que podía a mi mamá, que había encontrado trabajo en una fábrica de maquila y estaban viviendo con mi hermanito en una pieza mucho más bonita y cómoda en el barrio Eduardo Frey. Me daba mucha paz sentir que los míos ya no estaban en un sitio horrible.

Debido a que la hora del nacimiento de mi bebé se acercaba y para poder continuar con mi estudio sin problemas, decidimos vivir cerca a la casa de mi mamá para que se encargara de mi bebé y así tendría un trabajo más satisfactorio. Mamá estaba ilusionada. Todos, la verdad.

El día que conocí a mi hija

Un día, al atardecer empecé a sentir molestias en el estómago. No muchas, pero tenía ocho meses y medio de embarazo y era mejor ir al hospital para no correr riesgos. Vestida con una sudadera, tenis y una carterita con mi cédula y carné de salud, llegamos al Hospital Pediátrico Lorencita Villegas de Santos.

Ingresé por urgencias pues ya eran las ocho de la noche. Era un cuadro un poco angustiante: Señoras en trabajo de parto, que se veía que estaban sufriendo mucho. Pensé que en unas semanas, sería yo quien estaría en su lugar, pero que equivocada estaba, también era mi momento y no estaba ni remotamente preparada.

Le informé a Pablo para que consiguiera el primer vestido de nuestro bebé en los negocios vecinos al hospital, situados estratégicamente para estas situaciones, ya que la primera ropita de nuestro bebé era algo que compraríamos en las próximas semanas.

Me llevaron a la sala donde se preparan las madres para el momento, pero en realidad yo no tenía idea de qué debía hacer. Parece mentira pero nadie me habló de este momento, como sería, como se siente, nada. Así que me senté a esperar y a sufrir el dolor de mis compañeras. Seguía pensando que era un error, que no era el tiempo, pero no está en mi naturaleza rebelarme, ni opinar en contra. Ya se darían cuenta del equívoco.

A las diez de la noche nos llevaron al piso donde estaban las salas para el nacimiento. Lo que sabía de un parto era lo que veía en las series de televisión, donde a la próxima madre la llevaban a un cuarto muy lindo, lleno de flores, en silla de ruedas. Pero lo que pasó es que casi veinte mujeres descompuestas y sufriendo, nos dirigimos a pie al ascensor.

No sé si por mi juventud, mi silencio o mi cara de inexperta, le caí bien a las enfermeras encargadas. La jefe me preguntó si estaba bien, porque entre tanto grito y lamento yo no emitía ni un sonido. Le comenté que estaba triste y le confesé que había soñado todo lo relacionado con ese momento, un poco más glamouroso; ella, sin pedírselo, me cumplió el deseo: Llegué al lugar donde nacería mi bebé en silla de ruedas y muerta de la vergüenza, porque realmente no la necesitaba, pero el personal asistencial, de ahí en adelante me cuidó como si mi caso fuera el más delicado. Tuve muchas almas bondadosas alrededor.

Tenía mucho sueño y parecía que nada me sucedía, hasta que finalmente empecé a sentir las famosas contracciones. Eran muy fuertes pero nada que no pudiera controlar, sobre todo porque escuchaba los comentarios rabiosos y despectivos de las enfermeras para con las señoras que lloraban y gritaban mucho. Me daba cuenta de que entre más pidieran ayuda las ignoraban. Por eso decidí sufrir en

silencio y dormir entre cada dolor. En consecuencia, se enternecieron aún más conmigo, me vigilaban y prestaban más atención que a las otras.

A eso de las tres de la mañana, una enfermera me despertó, preocupada por mi adormecimiento. Controló y al parecer ya estaba lista para tener a mi bebé, así que me llevaron velozmente a la sala de parto.

Recuerdo el dolor, el alivio y la mano de un doctor joven sacudiéndome la cara para despertarme. Parecía un sueño. Me dijo: «No quiere saber que tuvo?». En ese momento recordé que no había sentido llanto, ni la clásica palmada para hacer reaccionar al bebé (como en las películas) y sentí mucha angustia. Le pregunté al doctor, donde y como estaba mi bebé. Sonrió y me dijo: «Su niña es muy grande, está muy bien y tan dormida como la mamá». En seguida pusieron a mi bebé sobre mi pecho y con una paz infinita seguimos durmiendo. En unos minutos se llevaron a mi pequeña y el doctor empezó a oprimirme el vientre. Me dolía y no me dejaba dormir. Le pedí que por favor no me molestara, pero me dijo que el parto debía terminar, no había expulsado la placenta y el me estaba ayudando. Se rió mucho cuando le dije que dejáramos esa parte para el otro día para poder dormir y por supuesto no me hizo caso.

Mi preciosa hija nació el 19 de enero de 1989 a las 3:40 de la madrugada. Pesó tres mil seiscientos gramos y tenía veinte deditos. Era un bultito de carne suave y tierno hasta para alimentarse. Totalmente perfecta. Nuestra primera vez fue como un sueño, literalmente.

Pablo pudo entrar a vernos a las ocho de la mañana. Fué la primera vez que me lastimó al expresar su desilusión porque nuestro bebé era una niña; él esperaba un varón al que llamaríamos Daniel. Siempre pensé en la opción de mi niña y la llamaría Ivón. Le pedí que la saludara y le pregunté si le parecía linda. No la miró, solo dijo despectivamente: «Para qué la miro? Todos cuando nacen parecen renacuajos».

En ese momento sentí que me quebraba, que mi hija al igual que yo, no iba a ser amada por su padre, igual que mi abuelo no quiso a mi madre y la historia se repetiría. Desde ese instante empecé a alejarme emocionalmente de mi esposo. Fue el principio de nuestro fin.

Pablo salió de la habitación sin decirme adonde. Cuando volvió portaba en la mano el registro civil de nacimiento de Danny Alexandra. Le puso ese nombre porque pensaba en el Daniel que esperaba y Alexandra por ser mi segundo nombre y darle un toque femenino. No me consultó, no pidió mi opinión y yo no tenía la fuerza, ni la autoestima para exigirle nada a nadie y al fin y al cabo la niña era suya.

En cambio, las hermanas y los abuelos paternos de mi hija, la recibieron como un tesoro. Se parecía tanto a ellos. Danny recibió el amor de todos sus parientes. Se convirtió en nuestro rayo de luz.

Por supuesto mi madre estaba fascinada con su nieta, mi hermanito la adoró a primera vista y yo, desde mi cama de hospital, viví la dicha y aceptación de mi hija como si así hubiera sucedido el día de

mi nacimiento. Pablo y su reacción, no lograron opacar del todo el primer día más feliz de mi vida, pero desde ese momento muchas cosas empezaron a cambiar en nuestra dinámica familiar.

A los pocos días de nacida mi hija, iniciaba mi segundo semestre en la universidad. Las mujeres de antes hacían cuarentena después del parto, pero yo no podía perder la beca que había ganado y, acá entre nos, creo que esa era una usanza ya muy pasada de moda. Así que inicié mis clases normalmente, mientras mamá cuidaba a Danny.

Los sábados, cuando las clases iniciaban un poco más tarde, armaba maleta y me iba a estudiar con mi pequeña. Siempre ha sido muy tranquila y suave, por eso nunca causamos molestias durante las clases. Recuerdo con ternura a todos mis compañeros turnándose para tenerla en brazos, lo que incluía a mi profesor de álgebra lineal. El me ponía a desarrollar el tema previsto y mientras, controlaba el desarrollo de mis exposiciones con la niña en su regazo. Era una escena que me llenaba de alegría y agradecimiento con ese pequeño grupo de futuros programadores de sistemas. Era un grupo especial y creo que nosotras teníamos mucho que ver con eso.

Poco a poco se fue normalizando nuestra vida con la niña en ella. Todo era tranquilo hasta que inició la época de los atentados terroristas de Pablo Escobar en las principales ciudades del país, por lo que ya no podíamos salir tranquilos, ni visitar centros comerciales.

Solía suceder que estuviéramos en clases y las paredes vibraran como si estuviera temblando, seguido del sonido de una explosión. Llegamos al punto de convivir con eso. Estando concentrados en lo nuestro, al escuchar los estruendos, sin levantar la mirada de los libros alguno decía «ah, otra bomba».

Para mí dejó de ser normal, cuando el 6 de diciembre de 1989, el bus en el que iban mi hermano y mi mamá se accidentó debido a la onda explosiva que la bomba del DAS emitió. Afortunadamente los mios resultaron ilesos, pero desde ese momento Pablo arrendó un apartamento para que mi mamá y mi hermano vivieran con nosotros. Era lo mejor para todos, aparte que mi madre cada día sufría más al desplazarse de un lugar a otro, porque la enfermedad que terminaría con su vida avanzaba rápidamente.

Los últimos años con mi madre

Durante los primeros meses de matrimonio vivimos en el barrio Rionegro. Lo amábamos porque ahí comenzamos a vivir como pareja, así que para establecernos con mi madre y mi hermanito, conseguimos allí un apartamento independiente en una casa grande y con muy buena distribución. Tenía dos alcobas cómodas comunicadas, cocina grande, baño y un pequeño patio con lavadero. Era una construcción vieja, pero cómoda e íntima. Ahí los cinco podríamos ser felices.

Le dimos un televisor pequeño pero moderno a mi mamá y mi hermanito, para que lo tuvieran en su cuarto. Conseguimos cupo en el colegio público de la zona para Geovanny, quien ya entraba a primero bachillerato y empezamos a vivir una etapa en la que disfrutábamos con nuestro regalo del cielo, Danny, bajo la seguridad y protección de Pablo, a quien creo, nunca le agradecí suficiente el ayudarnos y que yo pudiera gozar de la compañía de los míos en esos momentos. Mi esposo era el proveedor de la casa. Yo solo estudiaba. El se encargaba de todos y de todo.

Mamá era feliz con su nieta. No la llevaba muy bien con el yerno pero creo que es típico. Pablo empezó a practicar Shaolín y como consecuencia se volvió vegano. Me obligaba a darle leche de soya a Danny en lugar de la normal para infantes. Mi bebé lo soporto un poco, pero al final, Pablo tuvo que aceptar que la niña se estaba desnutriendo porque no le gustaba esa leche. Por supuesto mi mamá se arrabiaba y procuraba hacer muy poco contacto con Pablo. Lo de la leche no era la única idea particular que tenía.

Yo estudiaba, me encargaba de la niña y la casa a mi retorno, pero vi la oportunidad de conseguir una entrada de dinero de manera cómoda, en una papelería que quedaba a una cuadra de nuestro apartamento y que publicitaba que se hacían trabajos en computador.

Pablo había comprado un PC. Yo manejaba muy bien el wordperfect, las normas Icontec para presentación de trabajos y era muy veloz como mecanógrafa. En esa época pocos tenían un aparato de esos en casa, así que podía ir a la papelería, recibir encargos para digitar tesis de grado, trabajos de universidad y ayudar un poco desde la casa, a Pablo y la carga económica del hogar. Desde ahí empecé a ser como un imán para atraer trabajo extra.

Muy rápidamente mamá empezo a deteriorarse. Cada día le era más difícil caminar o usar sus manos sin que le dolieran. Desde que iniciaron sus dolores, que creíamos articulares, bautizamos su enfermedad como artritis. Lo atribuimos a su mala alimentación y hábitos, por eso los tratamientos que le sugeriamos eran para tratar un problema reumático.

Sospecho que mamá se sentía peor de lo que expresaba, pero ella siempre fue así, se las arreglaba sola, nunca quiso molestar a nadie. Cargaba con sus penas y las sufría sin involucrar a nadie.

Mi madre amaba caminar, bailar y lucir su sensualidad, por eso cuando el dolor en sus extremidades inferiores le impidió hacer todo esto, empezó a deprimirse aún más que en sus estados normales.

Un día salieron con mi hermanito a visitar un familiar. Al volver mamá lloraba, no sé si de rabia, dolor, verguenza o todo junto. Tenía una pierna herida porque al tratar de subir al bus, el dolor y la falta de fuerza en los brazos la hicieron caer torpemente y se lastimó mucho. No volvió a salir de casa. Se refugió en su cuarto, en su cama. Ya no podía comer bien, porque dejó de producir saliva, así que comenzó a perder mucho peso. Solo se levantaba con mucha dificultad para ir al baño y volvía a acostarse.

La relación con su nieta era muy especial. A veces mientras mi niña jugaba en el cuarto, al lado de la cama de mamá, la oia cantar a media lengua con la música de la canción La Cucaracha: «mi abuelita, mi abuelita, ya no puede caminar, porque no tiene, porque le duele, una pata para andar». La escuchaba y sonreía tristemente mientras lavaba sus pañales en el patio.

De vez en cuando veia a mi chiquilina salir corriendo de la habitación de la abuela hacia el baño. Cogía la crema dental y volvía velozmente a la cámara de mamá. Yo la seguía y la escuchaba preguntándole a mi madre: «Donde te duele abuelita», ella le señalaba y mi pequeña le aplicaba la crema de dientes en el sitio que le había indicado. Para mi hija, la crema de dientes era una pomada seguramente o algo que había aprendido viendo televisión. Tenía todo tan claro. Danny siempre fué muy especial.

Mi hermanito, siendo un niño, aprendió a cocinar con la dirección de mamá. Cuando llegaba de la universidad a medio día, encontraba los pañales de mi hija lavados, el almuerzo listo, la casa limpia y a mis dos chicas juntas viendo television. Geovanny se había encargado de la casa y estaba en el colegio.

Era tanto el deterioro físico de mamá, que mi tía Cecilia decidió llevársela a Bucaramanga para que médicos especializados la trataran. Yo no lo había llevado nunca al doctor, no tenía plata, seguro médico. Ya era bastante con lo que Pablo hacia por nosotros.

Mi tía toda su vida trabajó en empresas de salud, por lo que conocía muchos médicos y se desenvolvía bien en el sector. Empezaron a hacerle exámenes a mi madre, para aplicarle el tratamiento apropiado. Le diagnosticaron esclerodermia, una enfermedad autoinmune que no deja que el cuerpo produzca ni asimile el colágeno, que es el que mantiene los músculos flexibles y por donde el sistema circulatorio tiene sus vías de irrigación. Sin colágeno los músculos se acartonan y se consumen, aplastando las arterias y venas e impidiendo que la sangre circule. Es un proceso lento y no sucede de manera crítica en todo el cuerpo al mismo tiempo, pero por donde se va perdiendo el flujo sanguíneo, esa zona muere.

La primera parte del cuerpo en la que mamá sufrió este daño fue la lengua. Al perder su funcionalidad, no salivaba y en resumen no podía comer; la desnutrición fue la causa principal de su fallecimiento.

Ya sabiamos que cuando mamá sentia un dolor agudo en alguna parte, esta no le funcionaría más.

Mi tía intentó con todo tipo de tratamientos: Homeopatía, medicina normal, psicología, psiquiatría, exámenes y más exámenes, pero no había nada que hacer. Ella no tenía el tiempo, ni los recursos para ayudarla, porque el control de su enfermedad no estaba en manos de nadie. Nada pudo hacer para salvarla. Mamá desaparecia rápidamente.

Mi tía sufría mucho por esto. Se amaban demasiado, con todas sus diferencias, eran un par de hermanas que siempre velaron la una por la otra, cada cual a su manera.

Mamá llevaba varios meses de estar en Bucaramanga con su hermana, pero llegó el momento en que un médico amigo de mi tía, le dijo que aceptara que nada se podía hacer por mi madre y que lo mejor era que ella estuviera con sus hijos en Bogotá, porque vivía sus últimos días.

Mi tía la llevó en avión a Bogotá. Saludé a un saquito de huesos de menos de cuarenta kilos.

En los meses en que mamá estuvo con mi tía, nos habíamos pasado a un apartamento nuevo en el segundo piso de la casa donde ya vivíamos. Era mucho más amplio, con mucha luz y tres alcobas. Me encantaba. Pensábamos que tal vez el frío del apartamento de abajo tenía a mamá tan mal. No sabíamos o no entendíamos lo que habia descubierto mi tía en Bucaramanga, por eso cuando la recibimos, quisimos darle una mejor vida y creiamos que estando en un apartamento bonito y más cálido, seguramente se recuperaría.

Mamá volvió con nosotros un 23 de abril y murió el 30 de abril. Supongo que quería estar con sus hijos y su adorada nieta al final, pero solo lo supimos cuando mi tía la dejó en casa y volvió a Bucaramanga.

Los últimos ocho días de mamá fueron realmente difíciles. Los dolores no la dejaban dormir. Una noche viendo un partido de la Copa Libertadores sintió una picada en su ojo izquierdo, no volvió servirle. Una tarde sintió un dolor fuerte en la cadera y no pudo volver a caminar, ni siquiera lentamente. Ese día Pablo la llevo al baño alzada. Sospecho que fue el momento en que decidió partir.

Era un miércoles. Mamá se había quejado toda la tarde de dolor de espalda y me pidió que le diera algo que la ayudara a dormir, a descansar. Tal vez creía que así podría controlar el dolor. Cuando Pablo llegó del trabajo le comenté y fuimos a la droguería del barrio. Le pedimos consejo al farmacista sobre qué pastilla podría tomar una persona muy débil y frágil. Nos vendió algo que dijo, la ayudaría un poco a conciliar el sueño.

La cama de mi hermanito era la parte superior de un camarote que compartía con mamá, pero esa noche le pedí que durmiera en la alcoba de la niña para que pudiera descansar. Yo estaría pendiente de nuestra madre, porque mi niño llevaba ya varios días sin poder dormir.

No sé si les había contado pero siempre fui obsesiva con el orden y la limpieza. Era imperativo para mí que el piso estuviera perfecto, por eso programé que esa noche haría aseo, lavaría ropa y controlaría

el sueño de mamá.

Cuando todos dormían, mamá me dijo que quería decirme algo importante. Hablaba como podía, era muy complicado entenderle por su lengua atrofiada. Me acerqué mucho para escucharla y entender. Me dijo: «Adriana, estoy muy cansada. Ya quiero irme pero me preocupa mucho su hermano. Prométame que no lo va a dejar solo. Júreme que lo va a cuidar. El no la tiene sino a usted en este mundo». Se lo juré. Le prometí tener para mí a ese niño que se iba a quedar huérfano como yo en cualquier momento. Y después de esto se dejó llevar por su agonía.

Fué una noche horrible.

Mamá sentía mucho dolor. Frecuentemente me pedía que la sentara, que la acostara, que la volviera a sentar, que la volviera a acostar. En eso pasamos horas y horas. Llegó un momento que cuando la sentaba, ya no tenía ni fuerzas para pedirme que la acostara y se dejaba caer de lado. Hoy, muchos años después, creo que mamá estaba teniendo un paro cardiaco doloroso, lento, cruel.

A eso de las tres de la mañana, mamá empezo a delirar. Me decía que no quería irse en el avión con mi tía, que quería quedarse conmigo. Miraba con horror la puerta y me pedía que le dijera al hombre asqueroso de negro que se fuera, que ella no se iba con él. Lloraba de angustia, me imploraba: «Dígale que se vaya, dígale que se vaya». Yo sentía pánico, desespero, no tenía ni idea que hacer.

Muy temprano en la madrugada la tía Doris Tamí llamó a preguntar por mamá. Le comenté sobre el dolor de la espalda y mi prima Zayrita que es fisioterapeuta dijo que iría para ver como mitigarlo. Se demorarían en llegar a nuestra casa unas dos horas ya que vivíamos al otro extremo y el transporte público era muy lento.

A las siete de la mañana, mamá dijo que tenía mucha hambre, que quería tomar changua con cilantro. Pero eso era imposible. Su garganta no resistía nada sólido. Solo soportaba líquidos muy ligeros, pero era tanta su ansiedad que le preparé lo que me pedía (agua con leche, sal y cilantro fino). Le dí una cucharada y casi se me ahoga. Nada la aliviaba.

Mi hermanito tuvo que irse al colegio. Estudiaba en la jornada de la tarde.
Mientras tanto Pablo consiguió la ayuda de un médico amigo, para revisar a mamá, teníamos que hacer cualquier cosa.

Llegaron a casa mi abuelo y mi tío Julio quienes entraban a la habitación, la saludaban y salían al pasillo a llorar sin que ella los viera.

Llegó el médico, quien pidió examinarla a solas con Pablo en nuestra habitación, que era mas cómoda. Cuando la alzaron para llevarla a la otra cámara recuerdo mucho que le dieron un golpe en la cabeza, no fué fuerte, pero suficiente para que mamá se quejara, pero ni siquiera lo hizo.

No me dejaron estar con ella. Solo entraron a la habitación, mi abuelo, mi tío, Pablo y el médico. Después de un buen tiempo salió Pablo, me abrazó y me dijo que no había nada que hacer, que aún el

doctor podría tratar de hacerla resistir unas cuantas horas más o llevarla a un hospital, pero que era inútil. Mamá estaba sufriendo demasiado y lo más compasivo que podíamos hacer por ella era dejar que se fuera. Su cuerpo ya no podía mas.

Como autómata fuí con Pablo al colegio de Geovanny para darle la noticia y traerlo a casa. Desde ese momento, todo transcurrió como en un sueño en el que yo era solo una espectadora. No hice nada. No se que sucedió en las horas siguientes. Solo sé que Pablo, mi abuelo y mi tío se encargaron del funeral, de avisarle a mi tía Cecilia... se hicieron cargo de todo.

Sé que hubo muchas personas que la acompañaron. Pero no sé por qué esperé especialmente la compañía de mi amigo Rolando, a quien ella había querido tanto y no apareció. Aún no justifico su ausencia, pero hoy comprendo que no todos los afectos son correspondidos y así fue la vida de mi mamá, un continuo de amor entregado, no recíproco.

Fuí consciente de que jamás volvería a sentirla, cuando el cura en la cámara crematoria pidió que los hijos nos acercáramos a verla por última vez. En la funeraria iba, la tocaba, le arreglaba el cabello, era natural verla en el ataud, pero cuando me enfrenté al momento en que de verdad ella ya no iba a ser una presencia concreta, sentí que no estaba preparada, comprendí que no la había disfrutado suficiente, me dí cuenta que la vida se me fué sin tratar de cerrar nuestras brechas, que a esa mujer que mala o buena, era mi madre, no le di ninguna oportunidad, no le dije que le perdonaba todo el dolor que me habia causado, no le dije que en medio de todo era lo único que teníamos mi hermano y yo, no le dí las gracias por haberme cuidado los últimos cinco años, no le agradecí amar tanto a mi hija, no hice nada por ella. Y ahí, a mis veintidos años, con mi hermanito siendo un niño aún y mi pequeña hija, me volví a sentir sola, abandonada y vacía.

Clara Inés Sánchez Sánchez murió el 30 de abril de 1992 a las dos de la tarde. Era una trigueña de nariz perfecta, con carácter fuerte y mirada triste. Una mujer rebelde, incomprendida y que a mis ojos nunca encontró su lugar en el mundo, la felicidad, ni la paz. Creo que nunca los buscó.

Conocí a mi padre

Días después de la muerte de mi madre, una mañana, viendo un capítulo de un novelón mexicano en el que la humilde Guadalupe (así se llamaba la protagonista y la novela), acabando de perder a su madre, es informada de que su padre (a quien no conocía), es un poderoso hombre que vive en Estados Unidos y que ella es su única heredera, mi mente recibió la información suficiente para iniciar la búsqueda de mi padre.

Al morir mamá, su vacío me hacía sentir que ya nada me conectaba, que no pertenecía a un lugar y pensaba mucho en como sería ese hombre que me procreó, si estaría vivo, si me parecía a el. Quería conocer la otra parte de mis raices y siendo honesta, con todas las necesidades económicas que había tenido hasta entonces, sentía curiosidad por saber si tendría medios para ayudarme.

Con los pocos datos que me dió mamá sobre él y su familia, supuse que no sería difícil encontrarlo. Sabía que mi nacimiento había sido asistido por un hermano suyo, por lo tanto debía ser un médico que vivía en Bogotá y mi padre tenía sus dos apellidos idénticos. En mi ciudad nuestro apellido es muy particular, mi labor de inspectora estaba destinada al éxito... pero no pensé que fuera tan fácil.

Veintidós años de ausencia y falta de interés en contraste con diez minutos en los que lo encontré. Mi rabia y desilusión fueron enormes.

En la guía telefónica figuraban al menos tres hombres con el apellido idéntico, uno era arquitecto, el otro no recuerdo y el que decidí que llamaría, era un médico. Aparecía el teléfono de una clínica y el de la residencia. Eran las diez de la mañana, debería estar en el trabajo, siendo doctor no sería fácil que me lo comunicaran, así que llamé a la casa. No quería conversar con nadie, solo quería información sobre Federico, mi padre.

Contestó quién parecía una empleada doméstica:

—*Residencia de la familia De La Hoz, en que puedo servirle?*
—Buenos días, quisiera hablar con el señor Jaime
—*El doctor se encuentra en la clínica, pero puedo comunicarla con su esposa. Quien lo solicita?*
—Adriana Alexandra De La Hoz Sánchez

En breves segundos una señora atendió mi llamada. Tenía una voz muy amable y cálida.

—*Hola Adriana, soy Mercedes, la esposa de Jaime. Es una alegría escucharte y saber que estás viva.*

Desconcierto total. Ella sabía de mi existencia.

—Señora Mercedes disculpe la interrupción, yo solo quiero saber si su esposo es hermano de Federico De La Hoz y si él está vivo.

—Por supuesto, Jaime es tu tío y tu papá está vivo. Vive en Estados Unidos hace más de veinte años, está muy bien y estoy segura de que se pondrá muy feliz de saber de ti.

—Señora, seguramente no lo estará porque es obvio que nunca le interesó saber de mí. Es solo que mi mamá acaba de morir y quería saber algo más de mi pasado. Ahora ya se que está bien y me duele saber que era tan fácil encontrarnos y jamás lo intentó.

—No digas eso. El es un hombre bueno y aunque no sé que pasó entre tus padres, estoy segura que se sentirá muy contento de estar en contacto contigo. Seguramente para el no era fácil ubicar a tu mamá. Siento mucho tu pérdida. Dame tu número de teléfono y nos comunicamos con él, para que esta noche te llame.

—Creo que darle mi número no tiene sentido. Si usted cree que el acepte mejor lo llamo yo, cuando me diga.

—Está bien Adriana, yo hablo con él. Llámame en media hora para darte los datos y la hora en la que lo puedes llamar.

Mi corazón lloraba de tristeza y de rabia al evidenciar la indiferencia de mi padre y su familia hacía mí. Por otra parte, hacer una llamada a Estados Unidos desde un número fijo en el año 1992 era muy costoso, pero Pablo que era el único proveedor de la casa, me dió el permiso. Esa noche llamaría a mi padre a las siete de la noche y al menos conocería su voz. Ya no sabía que propósito tendría este acercamiento, solo sé que por las razones que fuera, era uno de los momentos más importantes de mi vida.

—Hola mija. Soy su papá

—Hola. Como está.

—Muy bien. Siento mucho lo de Clarita. Yo la quise mucho y es importante que sepa que usted fue fruto del amor, pero su mamá era una persona muy difícil, tenía un temperamento muy fuerte y las cosas entre nosotros no terminaron bien. Ella fue una mujer muy importante en mi vida.

Era un discurso como para una niña de seis años, sin capacidad de pensar, sin recuerdos, sin toda la soledad y tristeza que pasó. Era un discurso estúpido que no necesitaba oir. Me ofendía que creyera que había tenido una hija imbécil. Odiaba que no supiera nada de mí como para insultarme con palabras tan vacías. Supongo que era más para escucharse a sí mismo y justificarse. Toda la vida supe que yo fuí un accidente entre una pareja de amantes, algo que no tenía que haber sucedido, como para que ahora me dijera que me hicieron con amor. Palabras, solo palabras.

—No quería molestarlo. Solo sentí necesidad de saber de usted. Ahora ya sé que está bien.

—Mija cuénteme de usted.

—Estoy casada, tengo una hija pequeña. Estoy terminando una carrera intermedia en programación de sistemas. Vivo con mi esposo, mi hija y mi hermanito.

—Hagamos una cosa. Deme su número de teléfono y yo la estaré llamando. Tengo planeado ir a Colombia para una cirugía de los ojos que tengo pendiente y así aprovechamos y nos vemos.

—Está bien.

No recuerdo si hablamos más, creo que primero había contestado Miriam su esposa y me había saludado, solo sé que hablé con mi papá. Me gustó su voz, su tono, su elocuencia y quise pensar que al menos mi mamá habría visto en él cosas interesantes para enamorarse. Parecía un hombre enigmático, interesante, atractivo (los que lo conocían en la familia me decían que mi papá era un hombre muy bello), aunque no tuviera valores y fuera un ser vacío e irresponsable.

No sé si pasaron muchos meses, un año, poco tiempo, no lo recuerdo, hasta el día que nos encontramos, porque mi vida era un carrusel de emociones en ese entonces: Estar con mis hijos (mi hermanito y mi pequeña), cuidar mi casa, estudiar, atender a mi esposo, superar a mi mamá y sus últimos horribles momentos.

Mi padre me dió una dirección al norte de Bogotá, donde nos reuniriamos. Usé mi mejor vestido. Era azul eléctrico, un poco para clima caliente, pero era lo más bonito que tenía y quería causarle una buena impresión a Federico.

El taxi se estacionó frente a una casa donde habían varios hombres esperándome. No tenía idea de como era el rostro de mi padre, pero pedía a Dios que ya que no era buena persona, por lo menos fuera simpático.

De los que me esperaban, el más alto y apuesto dió un paso hacia mi y supe que era él. Era el más bello, imponente y hermoso. Mi padre parecía un gran señor italiano. Me abrazó fuerte y no dije nada. Solo sentí su abrazo cálido y por un instante me pareció sincero y amoroso ese contacto físico.

Entramos a la casa. Empecé a sentirme inapropiada y fuera de lugar al ver a tanto lujo. Varios carros muy finos y elegantes. Llegamos a una estancia donde había al menos otras diez personas. Vi instrumentos musicales, un chelo, un piano de cola negro, un saxofón. Era un ambiente deslumbrante, fascinante.

Una prima me invitó a conocer la biblioteca del tío Jaime (era su casa) y me mostró todos los libros que había escrito. Era una biblioteca preciosa. Había tantos libros que llegaban hasta el techo en sus cuatro paredes. Yo no tenía nada que decir. Todo lo que veía me hacía sentir pequeña e insignificante.

Volvimos al lado de mi padre. El me pasó el brazo por los hombros y así estuvo conmigo, mientras conversaba con dos de sus hermanos e interactuaba con las otras personas de la sala. Escuchaba... “Donde está Alexandra?”: “Tomando unas vacaciones en Hawai”; “Y donde está fulano?”: “Está en Rusia haciendo una especialización en no se qué”.... “Mija usted que fué lo que estudió?”.... entre tantos doctores, psicólogos, abogados, odontólogos, artistas, me sentí ridícula diciendo que era solo una tecnóloga de sistemas... “Ah, que bueno”.

Cada minuto que pasaba me sentía más agobiada y con ganas de salir corriendo. Me dolía saber que yo podía haber sido uno de ellos, haber estudiado una gran carrera, vestirme tan bien, tener al menos un poco de roce social, pero parecía una mendiga entre tanta opulencia.

Para completar la escena, un joven contratado para atender la reunión, supongo, se acercó a nosotros y viendo que yo no bebía nada, me preguntó si quería tomar algo.

—*Si mija, tome algo. Que le provoca, un coctel?*

Nunca en mi vida había tomado un coctel, así que no sabía que era, ni qué pedir, pero en mis paseos en el bus por la carrera treinta, había un puesto en la calle con un vistoso letrero: "Coctel de camarones". Así que por no dejar pedí uno... hasta el mesero estalló en carcajadas... todos en la sala.

Mi tío le dijo al muchacho que si me lo podían preparar y el dijo que con mucho gusto.

No supe que había dicho que fuera tan gracioso hasta que el camarero volvió con mi coctel. No sabía ni como comerlo. Intenté probarlo pero me sabía a cianuro de la verguenza. Lo dejé sobre una mesa y pedí permiso para ir al baño.

Lloré tanto, tanto, tanto. No quería salir de ahí. No sé cuanto tiempo pasó cuando la señora Mercedes llamó a la puerta y me dijo que no me preocupara, que eso le podía suceder a cualquiera, pero con su complicidad salí de la casa sin despedirme de nadie, ni de mi papá.

Hoy mucha gente rie conmigo al contarles la anécdota, pero es uno de los momentos más vergonzosos de mi vida.

Del segundo y último día que estuve con mi papá recuerdo que fuimos a un centro comercial de Chía. Me dijo que si quería algo en especial. Por esos días andaba loca por Eros Ramazotti quien iba a ir por primera vez a Colombia, así que me regaló los tres discos compactos que tenía hasta el momento y la boleta VIP para asistir al concierto. Todo el tiempo insistió en que era mejor Jon Secada, pero yo no cabía de la dicha por mi super regalo.

No lo volví a ver nunca más.

A propósito del concierto. Cuando estaba a punto de realizarse, un vecino del estadio donde se celebraría, ganó una tutela, porque el escenario deportivo no estaba hecho para este tipo de eventos. Por la situación que les contaré más adelante, yo tuve que desplazarme desde Bucaramanga a Bogotá para asistir. Tenía solo la plata de los pasajes. Se imaginarán como me sentí, cuando lo anularon media hora antes de permitir la entrada. La única cosa que me regala mi papá en la vida, la mejor boleta y cancelan el espectáculo. Créanme, hay cosas que solo me pasan a mí.

En ese tiempo Pablo se dedicó al Shaolín. Sus creencias y sus nuevas compañías le hicieron creer que el trabajo normal interfería con su vida espiritual y que el tenía potencial para ser independiente laboralmente (no dudaba de eso), para poder dedicarse a meditar y hacer lo que le apasionaba. Así que

renunció a su empleo y se dedicó a producir, con el apoyo emocional de un señor de Puerto Rico, máquinas para rejuvenecer la piel.

Pablo era brillante, siempre ha sido muy inteligente, pero las cosas al principio de una empresa requieren esfuerzo, dinero y sacrificio. Así que para liberarse de cargas económicas nos trasladamos a Bucaramanga. El pretendía que mi tía se hiciera cargo de mi hermano, de mi hija y de mi. Esto fue obvio cuando un día le dije que me diera plata para comprar un huevo, para darle algo de comer a nuestra hija y me dijo que fuera y le pidiera a mi tía.

Mi hermanito ya había cumplido catorce años y empezó a trabajar en el negocio del esposo de mi tía. Se fué a vivir a su casa. Mi tía me consiguió trabajo en el Isabú.

De vez en cuando hablábamos con mi papá por teléfono. Creo que no fueron más de tres veces. Lo llamaba y le pedía dinero. Me envió dos veces. En la última llamada me dijo:

—Mija consígase un trabajo, pídale ayuda a sus tíos en Bogotá pero a mi no me llame más solo para pedirme plata.

Y así terminó nuestra corta relación. No me interesaba para otra cosa que no fuera recibir su ayuda, ya que nunca lo había hecho. Pensaba que de alguna manera me lo debía, pero es claro que el nunca sintió ningún tipo de obligación moral, ni de otro tipo respecto a mi.

Ya mi vida estaba demasiado enredada como para que yo, llena de nada hacia ese señor, iniciara el juego de la hija que ama o persigue a alguien que desde que nació le dió una patada. Mucho menos iba a pedirle ayuda a sus hermanos, que conociendo mi existencia no estaban interesados, ni tenían la obligación de tener el tipo de relación que me servía en ese momento.

Yo sola lo busqué. Yo sola lo encontré. Yo sola me retiré.

Me compliqué sola

Las cosas con Pablo no funcionaron más. No soportaba su estilo de vida irresponsable respecto a nosotras. No quiero juzgar sus razones. Seguramente él, como todos los seres humanos luchamos por ser felices y no veia nuestro hogar como algo que lo llenara. Creo que mucho de eso es mi culpa. Me dediqué por completo a amar a mi hija, a mi trabajo y el pasó a un plano muy secundario en mi vida. Así que buscó lo que lo hacía sentir completo.

Mi hermanito no pudo vivir en Bucaramanga lejos de su primera y única novia. A sus quince años se fué para Bogotá a vivir en una pieza con la ayuda de la familia de Marcela, quienes le dieron trabajo en una de sus empresas y lo motivaron para que terminara el bachillerato en la jornada nocturna. Más adelante se casaría con ella. Mi hermanito maduró demasiado pronto, pero lo hizo bien.

Lo que no soporté más, es que Pablo decidió apadrinar a una pareja joven como nosotros, con un bebé, para que viniera a vivir con nosotros. Se hacía cargo de ellos, pero no de su hija ni de su esposa. Decidí que mi vida era muy corta, que no era feliz y que podía seguir adelante sola. No comprendía sus ideas extrañas, su mundo loco.

Hoy pienso que fuí muy egoista e inmadura. Pude haberlo soportado por mi hija, pero tomé una decisión que me enfrentaría al verdadero caos. Una decisión en la que, como en muchas que tomé mas adelante, no tuve en cuenta lo mejor para mi bebé. Solo pensé en mí y eso me costaría muy caro respecto a mi pequeña.

Le pedí el divorcio a Pablo. Yo me quedaría en la casa que teníamos en arriendo cerca a mi tía y el buscaría donde irse. Me sentí libre. Pablo no lo tomó tan bien, pero las cosas pasan por buenas razones en el caso de los que llevan la peor parte. Hoy día Pablo tiene una segunda esposa, con la cual han formado un bello hogar con cuatro hijas. Hasta donde sé, son una pareja muy compatible y con los mismos propósitos en la vida. Me alegro por ellos.

Mi segunda vez en cambio fué un castigo.

Unos meses después entregué la casa y me fui a vivir a una pieza donde de mi tía.

En el tiempo en que trabajé en el Isabú conocí muchas personas especiales. Mi primera jefe, una ingeniera de sistemas muy bella pero complicada. Un muchacho de buena familia que trabajaba como chofer producto de una cuota política, era muy divertido. Mi dulce y hermosa compañera de trabajo Zayrita, una chica con la sonrisa más linda que he visto en mi vida, mi segundo jefe, el encargado de almacén. Recuerdo tantas bromas de René, tenía un humor inteligente, cruel, ágil. Era adorable aunque hacía todo lo posible para que lo odiaran.

En el Isabú conocí a Saul, un chico muy atractivo que hacía camisas y chaquetas; las vendía y así se hacía cargo de su pequeña hermanita y su mamá. Esto me hacía verlo más profundo de lo que él quería parecer. Sabía que era simpático y se proyectaba como todo un don Juan, pero yo sabía el corazón de azúcar que tenía. Le gustaba salir con chicas bonitas y por supuesto yo no entraba en la categoría, pero cualquier sábado en la noche, cuando se sentía solo o no tenía con qué invitar a sus modelos a bailar, me llamaba para ver si podía estar en casa de mi tía, con mi hija y conmigo pegando botones.

Lo que más amaba de mi trabajo en el Isabú, era que podía poner en práctica mi carrera. Hacía programas en cobol o foxbasic, que usaban para los inventarios del almacén. Hice algunos pequeños módulos para el programa de costos del departamento de contabilidad. Era muy satisfactorio. Me encantaba sentirme productiva y útil.

La sede de mi trabajo quedaba vecina a la Secretaría de Salud Departamental. Cuando salía a esperar a mi tía, que trabajaba allí, veía pasar a un chico muy alto y delgado. Parecía muy joven. Usaba bigote y barba en forma de candado, con una melena clara, larga y lisa. Siempre llevaba un cigarrillo en la mano. Lo observaba. Me gustaba mucho.

Un día en la oficina de sistemas de la Secretaría de Salud, hubo una vacante para un programador. Mi tía me propuso y así me dieron la oportunidad de trabajar en esta empresa, con mejor pago y a cargo de más personas, ya que sería la segunda después del ingeniero y jefe.

En esta oficina trabajaba como digitador el extraño del pelo largo que veia al salir de la jornada de trabajo. Era Victor Manuel. Trabajando con el, descubrí que no solo era atractivo físicamente. Era muy inteligente, proactivo, recursivo, ambicioso, buen trabajador y era un niño de diecisiete años. Para ese entonces yo tenía veinticinco.

Entre mis funciones, aparte de hacer los programas que se requerian para controlar los datos del Sisben, estaba asistir a todas las dependencias si algo fallaba con sus equipos de cómputo. Eran muchas situaciones de soporte que se presentaban al mismo tiempo y en la oficina yo estaba sola para todo ello. Victor Manuel se ofrecía para ayudarme cuando me veía en problemas, me pedía instrucciones y mientras yo solucionaba en alguna oficina, el iba a otra y nos comunicábamos por las extensiones para hacer el trabajo. Rápidamente fue aprendiendo y sabía como estudiar la situación para solucionar, con las herramientas que le había dado y con su propia inventiva. Se convirtió en mi mano derecha y obviamente las secretarias de las dependencias lo solicitaban a él. Sospecho que muchos de los problemas que se empezaron a presentar tenían como excusa que el muchachito de sistemas las fuera a visitar.

Cuando estábamos todos en la oficina escuchábamos Nirvana, aún cuando Jorgito que era un señor mayor no estuviera de acuerdo. Pero era una persona muy amable, dispuesta y quería como un hijo al “mechudo”. En la oficina se hacía lo que Victor Manuel quisiera.

Trabajaba horas extras porque estaba entrando en funcionamiento el Sisben en todos los municipios del departamento y muchas veces no daba abasto para hacer los conteos, las verificaciones, depurar las bases de datos. Victor Manuel, sin estar obligado, se quedaba para ayudarme. El era una esponja y aprendía rapidísimo. Le gustaba. A mi me gustaba él.

Victor tenía moto. Al terminar la jornada tarde en la noche, me llevaba a casa. Cuando llegaba, ya mi hija estaba dormida y como siempre, había hecho sus tareas solita. Le daba un beso y me acostaba a su lado.

Poco a poco me fui enamorando de ese muchacho encantador. Olvidé su edad, mi experiencia y un día estando solos en la oficina lo besé. Las veces que me había enamorado, esperaba a que el chico tomara la iniciativa, cosa que nunca sucedió. Esta vez estaba decidida a ser más atrevida, además sentía que yo le gustaba. Después me llevó a casa y nos besamos nuevamente al despedirnos.

Pasada media hora llegó a mi casa nuevamente y me dijo que no quería que las cosas fueran así. Que era un hombre tradicional y me pidió que fuéramos novios. Dentro de su pliego de peticiones, debía presentarlo oficialmente a mi tía y a todos mis amigos como su pareja y esperaba que con el tiempo mi hija le dijera papá.

Estaba verdaderamente asombrada, feliz, maravillada, enamorada. No podía creer que ese chico que podía tener en su mano a la muchachita que quisiera, deseara comprometerse conmigo, una mujer divorciada y con una hija. Iniciamos una relación formal.

Victor Manuel tomaba y fumaba mucho. Yo no hacía caso a esto. Hubiera debido. Empezó a dar muestras de inseguridad y celos, pero me sentía halagada.

Nuestro ritmo de trabajo era fuerte. Queriamos tener plata, pero sobre todo amábamos sentirnos capaces. Entre semana trabajábamos en la Secretaria y los fines de semana íbamos a una EPS en San Gil y hacíamos jornada de sábado y domingo. Volvíamos a Bucaramanga el domingo en la noche. Estábamos felices laborando juntos. Agotados pero contentos. Cada vez vi menos a mi pequeña hija.

Por supuesto había muchas personas que no estaban de acuerdo con la relación, más que por la diferencia de edad, por el hecho de que Víctor Manuel fuese tan joven. Varias veces le expresé que debiamos terminar porque no era justo que le quitara las vivencias propias de su edad con una relación tan formal, pero él me decía que fuera egoista, que no pensara en él, que disfrutara nuestra relación. Así lo hice.

Con los meses empezó a pedirme que tuviéramos un hijo. Yo siempre le dije que lo tendría solo si nos casábamos porque no era justo que le diera tan mal ejemplo a mi hija y porque no había dejado de ser la esposa de Pablo para ser la concubina de alguien más. Me decía que lo tuviéramos y después nos casábamos.

Hice todo lo posible por evitar quedar embarazada, sabía que era una locura, pero cada vez que me llegaba el periodo el se enfurecía y me decía que si lo amaba de verdad, debía darle un hijo.

Cierta vez estando en San Gil, en el parque principal, esperando para iniciar la jornada de trabajo del fin de semana, le comenté que ojalá abrieran pronto porque sentía que me había llegado el ciclo. Me miró con furia y me clavó las uñas en la pierna sin decirme nada. Me hizo mucho daño. Yo, enamorada, en lugar de leer el peligro, pensé que era un acto de amor. Decidí no cuidarme más y dejar que las cosas sucedieran.

La noche del 10 de diciembre de 1996 supe que había quedado embarazada, pero no se lo dije. Esperé.

En enero, me hice la prueba de embarazo. Positiva. Se la mostré llena de emoción y angustia. No fué la reacción que esperaba. En un segundo, el disfraz de hombre que había estado conmigo esos meses se cayó, para dejar ver al muchachito de diecinueve años que era y que ahora no sabía que hacer con esa situación.

De acuerdo a lo conversado, si yo quedaba embarazada era obvio que debíamos iniciar los preparativos para casarnos antes de que se notara mi estado. Pero no fue así. Yo solo le pedía que nos casáramos por lo civil. No quería una gran ceremonia, solo legalizar nuestro estado por mis hijos. Pero Victor Manuel no quería casarse. No era capaz de decírmelo pero evitaba el tema. Empezó mi calvario.

Por esos días era el momento de inscripciones en las universidades y quería que Victor Manuel estudiara. Hicimos los trámites. Pasó a la Manuela Beltrán para estudiar ingenieria de sistemas. Lo acompañé a su primer día en la universidad que era algo así como la presentación con sus compañeros. Vi una chica preciosa en el salón de clases y supe que ella sería mi pesadilla.

Victor Manuel inició su vida de universitario y empezaron a cambiar sus expectativas. La universidad era para el fiesta, trago, baile, amigos y “amigas”.

Pasaban los meses, veía con angustia crecer mi vientre y el papá de mi hijo no se manifestaba con nuestro matrimonio. Compraba vestidos para casarme, que iban de acuerdo al tamaño de mi cuerpo, esperando que en cualquier momento se realizara la ceremonia. Se los mostraba, el callaba y no decía nada o inventaba excusas estúpidas. En mi casa lloraba a mares.

Las personas empezaron a notar mi estado y a murmurar. A sus comentarios burlones de “estás un poco gordita, estás comiendo mucho”, les comentaba, “NO ESTOY GORDA. TENGO CINCO MESES DE EMBARAZO Y NO CREO QUE VICTOR MANUEL SE CASE CONMIGO”.

Empecé a decirle a todos que estaba embarazada, que seguramente no me iba a casar y aunque me moría de verguenza con mi hija, era algo que debía asumir, ya que Victor Manuel me decía que nos fueramos a vivir así no mas, a lo que le respondía: “Si no doy la talla para esposa no te preocupes, terminamos. Tu siempre serás el papá de mi hijo pero nunca más mi pareja”.

Victor Manuel se decidió a hacer los trámites del matrimonio una mañana que llegué a trabajar con el último vestido que había comprado para nuestra posible ceremonia y seguramente en mi cara se veia lo mal que la estaba pasando. Siempre se me ha notado tanto cuando lloro y últimamente lo hacía todo el tiempo.

Pidió permiso al jefe, salió de la oficina y al rato volvió con un papel donde decía que teníamos cita para casarnos un sábado 17 de mayo. El peor día de la vida de Victor Manuel, sin lugar a dudas.

Yo trabajaba en exceso. Desde la primera vez que conseguí empleo era adicta al trabajo y no sé si me buscaban por la calidad de mi trabajo, mis tarifas o por mi disponibilidad, pero siempre tenía que trabajar mucho tiempo extra en casa. Mis jornadas eran de más de 18 horas diarias. Dormía muy poco.

Como era habitual, la noche del viernes antes del esperado sábado del matrimonio, yo estaba tratando de terminar una tesis que debía entregar al otro día a primera hora.

Nubia llegó de visita donde mi tía. No era raro. Ella solía ir de vez en cuando a compartir con nosotros. Era tarde, casi las once de la noche y todos me decían que debía ir a descansar, ya que el día siguiente me casaría y además mi embarazo de cinco meses lo hacía necesario. Pero no podía, debía terminar.

Sobre las once de la noche sentí las trompetas de un mariachi. Estaban en la entrada de la casa de mi tía. Mi serenata prematrimonio, una tradición colombiana.

Estaba emocionada, feliz. Víctor Manuel demasiado borracho, parecía que lo estaba disfrutando. Intentaba darle whisky a los mariachis cuando estaban interpretando. Todo un circo, pero las canciones eran tan bellas que no me importaba su comportamiento, porque finalmente con esos mensajes me decía que estaba feliz de casarse conmigo y que yo era el amor de su vida. Bello momento efímero que el director de los mariachis sepultó, cuando me dijo:

Señora, está segura de casarse con él?. Ya veo que está embarazada pero puede salir adelante sola.

Estoy segura, no ve las canciones que me está dedicando?

Señora, el estaba escogiendo canciones de despecho y humillación para usted. Estas las escogimos nosotros, cuando vimos que estaba demasiado ebrio para razonar. Perdone que me meta en lo que no me importa, pero usted va a sufrir.

No hacía falta que una decena de personas me lo repitiera. Lo sabía pero ya estaba metida en este problema y yo amaba a ese hombre.

Al otro día nos encontramos en la Notaria 6ª de Bucaramanga. Mi hija, mi tía y su esposo, mis primos, algunas amigas mutuas de la Secretaría de Salud y Víctor Manuel con sus padres y su abuela, quienes parecía que asistieran al funeral de su hijo.

Más adelante en una de sus “amables” conversaciones conmigo, Víctor me contó que antes de salir de casa le rogaron de rodillas que nunca se casara conmigo por la iglesia. Que soportarían esta unión civil

porque al fin y al cabo no valía nada a los ojos de Dios, ni de nadie.

Así inició nuestra vida de esposos.

La tristeza

Fuimos a vivir a un apartaestudio que nos arrendó un amigo de la universidad de Victor. Era muy bonito, ubicado en un quinto piso. Como es propio de las construcciones de cinco niveles, no se requiere ascensor, lo cual fué bueno para mi embarazo ya que hacía mucho ejercicio.

Mientras Victor Manuel trabajaba y estudiaba, yo me hacía cargo de mi trabajo, mi pequeña Danny y mi bebé por nacer, con total ausencia emocional y física de un esposo que siguió viviendo sus diecinueve años, lleno de frustración, rabia, tristeza. Sospechaba que estaba enamorado de una compañera de clase. Encontraba en los recibos de pago del celular, la relación de infinidad de llamadas a un único número, todo el tiempo, todo el día, siempre.

Supe que iban a conciertos, a fiestas, pasaba todo el tiempo con ella. Me comentaban que lo veian con una rubia bonita en la moto y en bares divirtiéndose muy a menudo.

Mi estado de ánimo era de profunda melancolía, desilusión, desolación, rabia. Lloraba todo el tiempo y cada día mi pobre hija estaba más y más sola viendo a su mamá sufrir y no pensar en otra cosa que no fuera su nueva desastrosa vida. Ella poco a poco fue desapareciendo de mi panorama emocional. Mi función como su madre se limitó a darle de comer, llevarla al colegio y recogerla, pero no la cuidaba afectivamente, no estaba ahí para mi niña. Jamás me perdonaré mi error, ni ella lo hará.

Víctor y yo no hablábamos, porque nunca coincidiamos cuando él estaba en sano juicio.

A los ocho meses de embarazo empezó a golpearme. Varias veces lo hizo solo por verme. Tantas otras, yo le hacía reclamos, le gritaba y el reaccionaba con violencia física.

Manuel nació un sábado en la noche. Había ido a visitar a mi tía. Empecé a sentir dolor en el bajo vientre. Como cosa extraña, Victor estaba conmigo, sin un trago en la cabeza.

Ya sabía que no era de las que sufría de grandes contracciones o dolores de parto, por eso les dije que seguramente era el momento. Nos encaminamos a la clínica Comuneros y el médico de turno confirmó mis sospechas.

Pensé que me esperaba una larga noche pero a diferencia de mi niña, mi hijo tenía prisa por llegar al mundo y conocer a todas esas personas que expresaban dicha por su existencia.

Apenas me instalaron para el trabajo de parto, sentí que no iba a pasar mucho tiempo allí antes de que mi bebé naciera. De hecho a la tercera contracción le grité desesperada a la enfermera, quien me dijo secamente: “Señora, acaba de llegar. Por favor respete. Estas otras señoras llevan toda la tarde aquí”.

La entendí, pero gritando le pedí que controlara porque yo sentía que el niño no daba espera. De mala gana observó y la que gritaba ahora era ella. Pedía que llamaran al médico inmediatamente y con la ayuda de un enfermero me llevaron al sitio. Como pude me acomodé o me ayudaron. La enfermera me decía: "no puje, aguante, NO PUJE otra vez". Pero era algo que mi cuerpo ya hacía a su voluntad y mi bebé fué recibido por aquella gentil enfermera. Tuve un parto expulsivo.

En contraste con el temperamento de la enfermera, el doctor cálidamente me reprochó por no haberlo esperado y me sonrió. Yo no paraba de pedír disculpas por el desastre que había hecho. El médico solo me observó, verificó que mi hijo estuviera bien y me dijo: "Señora, en su caso ahora viene lo peor. Este bebé pidió mucho espacio para salir. Debo sistemar todo allí abajo. Voy a anestesiarla". Le pedí que no me durmiera. Me daba tanto miedo que me robaran o cambiaran al niño (por esos días estaba de moda robarse los neonatos en Colombia), pero el médico insistió en que no había otra manera de hacerlo, sin que fuera un martirio para mí. Estaba en mi súplica cuando todo se desvaneció.

Cuando abrí los ojos tenía mucho frío, estaba en una camilla y a mi lado estaba el bebé más lindo del mundo. Mi bebé. La espera había terminado. Las noches de pesadilla seguramente terminarían porque ya estaba aquí el hijo que tanto me había pedido el amor de mi vida, por quien yo había soportado tanto dolor. Seguramente se conmovería y sería un feliz padre y esposo. Cuando viera a su hijo me amaría por causa de él.

Estaba tan equivocada.

Los padres de Víctor Manuel no cabían de la dicha y el orgullo. Mi hijo era tan esperado por parte de su familia paterna, como lo fué mi hija. Es algo bueno. Es algo que yo no tuve y que he tenido la alegría de sentir y vivir en la piel de mis hijos.

Desde que llegamos a casa, prácticamente mi hijo fue secuestrado por sus abuelos y su padre. Yo no podía opinar en ningún asunto de mi bebé, ni siquiera en el nombre tuve chance.

Como trabajaba por prestación de servicios, no tenía derecho a disfrutar de licencia de maternidad. Me sentía bien y debía producir por mi hija de quien yo era el único sostén, por ello me reincorporé al trabajo a los ocho días de haber tenido a mi hijo. Mi suegra se encargaría de todo lo del bebé mientras yo estaba en el trabajo y en la noche sería mío.

En esos meses se presentó una oportunidad laboral, con contrato a termino indefinido en la Fundación Cardiovascular de Colombia. Como tenía experiencia con el manejo de la estadística epidemiológica del departamento, y el Sisben, porque yo procesaba esa información, la jefe de estadística de la Secretaria de Salud a quien le habían pedido información sobre alguien capaz, me propuso a mi. Ella confiaba en mi trabajo y la empresa en la que iría a trabajar tenía una proyección poderosa. Era mi oportunidad de un gran empleo estable.

Empecé a laborar en la FCV un 10 de octubre de 1997. Tenía un bebé de casi dos meses, una hija de ocho años, un esposo que me odiaba y un empleo digno como coordinadora de estadística en una de

las clínicas privadas más bellas de Colombia.

Mientras laboralmente iba afianzándome en mi rol, en casa las cosas iban peor. Cuando llegaba del trabajo a ver a mis hijos era un caos. Primero iba al apartamento para darle algo de comer a mi hija, que estaba sola toda la tarde después de la jornada escolar y luego iba corriendo por mi bebé para llevarlo a casa. Cuando intentaba lactarlo antes de ir a nuestro hogar, las abuelas no me lo permitían porque decían que mi leche no servía para nada, que le haría daño, por una serie de argumentos ridículos y retrógrados.

Creía que siendo dócil ganaría poco a poco su afecto, así que no decía nada y dejaba que ellas manejaran la alimentación de mi bebé, ya que al fin y al cabo eran quienes lo cuidaban todo el día y además lo amaban. No harían nada que lastimara a mi niño. Pero así fuí perdiendo mi papel como madre. Prácticamente para mi hijo yo era una presencia inútil.

Cuando ya balbuceaba, la mamá de Víctor Manuel le enseñó a decirle "mamita" a ella y le enseñó que yo era la "máma", un modo despectivo para referirse a mi. Eso me lastimaba tanto, pero una amiga psicóloga, que estaba muy pendiente de mi estado de ánimo, me decía que no me preocupara porque el niño no entendía el sentido déspota que esa familia quería darle a la palabra.

A la hora de registrarlo en notaría creí que habíamos decidido en conjunto el nombre del bebé, se llamaría Juan David. Cuando íbamos llegando al sitio Víctor Manuel me dijo que estuviera callada, que el era el papá y se encargaría de dar los datos. No tenía problema con eso. Al preguntar el nombre con el que registrarían al niño, mi esposo dijo: "Víctor Manuel". Quedé sorprendida y hasta me pareció divertido en ese momento. Siempre permití que otros decidieran por mis hijos, así fue con mi pequeña. Realmente no tenía fuerza, voz, no sé que tipo de persona o cosa era yo.

A grandes pasos el odio de Victor Manuel hacía mi crecía y me lo demostraba. Tantas veces me daba cuenta que me estaba observando en silencio y leía en su mirada rabia, odio, tristeza, decepción. Era como si estuviera viendo algo que para el representaba un castigo, algo muy desagradable, algo que no soportaba.

En casa de mis suegros, hasta a mi pequeña le impidieron ir a estar con su hermanito mientras yo trabajaba, porque decían que le dañaba los juguetes. Mi niña quedó aislada. A ella también la despreciaban en esa casa.

Muy rápidamente tuve que dejar de dormir con mi bebé, porque cuando llegaba del trabajo y lo llevaba a nuestra casa, a mitad de cuadra el niño empezaba a estornudar, toser, le daba fiebre, se resfriaba y casi siempre terminábamos en urgencias para hacerle nebulizaciones.

Después de muchos exámenes y controles, para mi desgracia el pediatra diagnosticó alergia respiratoria. Significa que los cambios bruscos de temperatura lo hacen entrar en crisis. Recomendó que no se expusiera al niño a cambios de ambiente después de las cuatro de la tarde. Yo salía del trabajo a las seis y llegaba a casa casi a las siete. Tuvimos que trasladar la cuna del bebé a la casa de los abuelos.

Yo solo sería una visita para mi hijo. Como para Víctor Manuel ya era una habitud emborracharse y golpearme los fines de semana, en parte fué positivo. Solo mi hija sufriría esa denigrante rutina hogareña.

Los domingos en la mañana cuando iba a casa de mis suegros a ver y cuidar a mi hijo, mis suegros y la abuela de Victor, fingian no notar lo golpeada que llegaba. Pero de vez en cuando había sido tan brutal la golpiza que mi suegra me decía: “Pobrecito mi hijo, lo habrá fastidiado tanto que la dejó así”.

No sé si fué por la depresión posparto, por la rutina que llevaba, por la agonía de saber que cada día podía ser el último al lado de ese hombre que representaba mi segunda oportunidad en la vida, por el cansancio físico y mental, por la lejanía de mi hijo, por el dolor de sentirme odiada por la familia de mi esposo o no sé por qué, pero desarrollé artritis reumatoidea y empecé a quedar inútil. Era muy doloroso físicamente. No podía valerme por mi misma. Era lo peor que me podía pasar en esos momentos. Tenía dos hijos pequeños que cuidar y un esposo que tratar de recuperar o quizás conquistar.

Vivíamos a seis cuadras de la calle donde tomaba el transporte para ir al trabajo. El dolor en mis extremidades era muy fuerte, pero debía ir a trabajar.

Al principio Victor Manuel no me creía o no le importaba, porque podía al menos acercarme en la moto a la parada del bus, pero si no me ignoraba al notarlo, al pedírselo expresamente, me decía que estaba muy cansado y que fuera caminando a la parada, que no era para tanto.

No sé como lograba llegar al sitio.

A los pocos días de presentarme así al trabajo, empezaron a devolverme a casa, a enviarme al médico porque me estaba deformando, mis manos estaban torcidas y mis codos estaban inflamadísimos, por no hablar de mis pies y mis rodillas.

Después de muchos exámenes, varios meses de incapacidad, jornadas en las que mi suegro me bajaba alzada del apartamento para llevarme al médico y estar a punto de ser pensionada por artritis reumatoidea a los veintisiete años, decidí que ese no podía ser mi destino. No podía dañarle más la vida a mis hijos y a mi esposo. Tenía que superarlo. La droga que me daban para los dolores contenía corticoides y todos me decían que me ayudaba con el dolor, pero me destruía por dentro y era muy joven, así que decidí resistir los dolores sin tomar las medicinas.

Empecé a mover los dedos sola, a obligarme a enderezar las manos. Era muy doloroso pero aún así no tomaba la medicina. Realmente no comía mucho, pero traté de alimentarme sin carnes rojas, ni cosas por el estilo. Me llené de motivos, entre esos cuidar a mi niña, lavarle la ropita, poder cocinarle algo, poder alzar a mi bebé, poder tocar a mi marido, poder bañarme sola.

En dos meses lo logré, estaba limpia, podía moverme, no tomaba corticoides, solo aspirina. Me reincorporé al trabajo que gracias a Dios pude conservar y todo continuó.

Hoy creo que fue un episodio psicológico que se manifestó físicamente en forma de artritis, vaya uno a saber.

El sueño terminó,
la pesadilla continuó

De los tres años que soportamos casados no tengo ningún recuerdo agradable. Solo están en mi mente el desprecio de Victor porque era fea y se avergonzaba si lo veian conmigo, los golpes, sus expresiones de fastidio por cualquier cosa que yo hiciera, la soledad, las noches de angustia.

Cada despertar recorría su cuerpo con mi mirada, de los pies a la cabeza lentamente y agradecía a Dios por un día más a su lado, porque en el fondo estaba segura que emocionalmente, él ya se había ido de nuestra casa, si se puede decir que alguna vez estuvo.

Los jueves antes de ir a dormir, veía pasar a mi hija con la escoba, el trapero, los cuchillos y tenedores. Habíamos reemplazado los vasos de vidrio por metálicos o de plástico para evitar que cuando Víctor llegara borracho a la casa usara alguna de esas herramientas para golpearme, porque una vez, al no encontrar algo con que agredirme, rompió el espejo del tocador de mi hija y tomó un pedazo de vidrio para cortarme. No lo consiguió porque me encerré en el cuarto a esperar que se durmiera en la sala. Esa noche estaba más ebrio que de costumbre.

Aprendí a ponerme la almohada en la cabeza para que solo me golpeara el estómago o las piernas, así no eran tan evidentes las golpizas de mi marido en el trabajo.

En junio de ese año y siendo consciente de que mi matrimonio no tenía futuro, decidí entrar a la universidad para estudiar una carrera profesional, ya que en la empresa no tenía muchas posibilidades de ascenso por mi formación a nivel técnico. Necesitaba tener un perfil más acorde al rol de jefe que desarrollaba.

Iba a estudiar a distancia por mis circunstancias familiares y económicas. Era difícil pero sería lo único que al final tendría para mí. El estudio siempre fue así en mi vida, mi respaldo, mi mejor momento. Amo estudiar.

Por supuesto Víctor con actitud machista me dijo que escogiera entre la carrera o él, porque no soportaba que intelectualmente yo siempre estuviera adelante. No había nada que decidir, él me dejaría más temprano que tarde y yo debía hacer algo por mí, por mis hijos. Entré a la Universidad Nacional Abierta y a Distancia a estudiar administración de empresas.

Así seguimos viviendo nuestra vida, él en lo suyo, yo con todo lo mío.

Un día de noviembre pasé por el trabajo de Victor Manuel, ya que estaba cerca. El trabajaba en la cooperativa de la universidad donde estudiaba. Allí tenía nuevas amigas, señoras mayores pero con muchos vicios y amantes de la parranda. Como era habitual que a Víctor le molestara que me vieran por mi aspecto, no me pareció extraño su nerviosismo cuando llegué. Me hizo salir de la oficina velozmente y me pidió que no lo volviera a interrumpir en su trabajo porque lo perjudicaba.

Un mes después y de la peor manera, supe que ahí trabajaba una muchacha que hacía las prácticas del colegio y con la que Víctor estaba saliendo.

El 30 de diciembre del año 2000 le rogué a Víctor que arregláramos las cosas. El estuvo de acuerdo. Acordamos intentarlo por nuestro hijo, porque yo lo amaba, porque nunca nos habíamos dado la oportunidad de tener un momento en paz como una pareja casada. Por eso para empezar bien el año nuevo, acordamos salir esa noche a tomar algo con sus amigas y celebrar de otra manera la llegada de una nueva oportunidad de hacer las cosas bien.

No llegó por mí. No contestaba el celular. No cumplió nuestra cita.

Lo trajeron a casa borrachísimo sus amigas mayores a la una de la mañana y delante de ellas me dijo: “Tu sabes que no te amo y también sabes que te voy a dejar. Estoy enamorado de otra”. Sus compañeras le dijeron: “Víctor Manuel no puedes dejarla por Luz Myriam, Adriana es tu esposa”.

El apartamento empezó a darme vueltas. Ellas sabían que el salía con otra persona, tenía una relación, pronunciaron su nombre en mi casa y a nadie le importó mi sufrimiento, mi humillación, mis ganas de morirme.

Víctor salió de la casa con sus acompañantes. Lo tomé por la camisa, como si pudiera impedir que se fuera. Bajó las escaleras. Corrí a la ventana. Se subió a la moto y me dedicó una última mirada que esta vez no mordía por el odio. Fué una mirada de compasión, de adiós, de solicitud de perdón y de liberación.

Me quedé sola con mi hija otra vez. Inició el peor periodo de mi vida.

Mi apocalipsis privado

Salió el sol del 31 de diciembre y yo continuaba en la sala, sentada, vacía, con un hueco en el pecho. Pensaba que podría ser una pesadilla. Rogaba porque solo fuera un momento de poca lucidez de Víctor y que apenas le pasara la embriaguez volviera.

Tomé una colilla que dejó en un cenicero. Lo encendí tratando de sentir sus labios e inundarme con su aroma. Mi hija salió del cuarto y se desesperó cuando me vió con el cigarrillo en la boca. Jamás lo había hecho y nunca aprendí a fumar, pero mi pequeña interpretó que queria matarme con la nicotina. Ella odiaba el cigarrillo y no quería que su mamá cayera tan bajo con ese vicio, pero ya no podía caer más bajo. Mi verdadero vicio acababa de abandonarme y ahora iniciaba un periodo de abstinencia obligada, que no sabía si me iba a salvar o a matar de tristeza y depresión.

Era fin de año. Todos estarían en familia. Debía estar lo mejor posible con mis hijos. Por ellos.

En contra de la voluntad de los abuelos del niño, llevé a mis hijos para donde mi tía a pasar mi horrible fiesta de fin de año.

De ahí en adelante y por muchos años me convertí en un ente que caminaba, respiraba, tomaba litros de café, engullía chocorramo y lloraba.

La ausencia de Víctor en el apartamento no era el único dolor. Empezó la humillación de que mis amigos lo vieran por todas partes con su nuevo amor y me llamaran a decírmelo, como si eso me sirviera para algo diferente a caer más bajo frente a mi espejo.

No habían pasado quince días desde que me abandonó y ya había llevado a la amante a casa de sus padres, donde había ido a vivir, obviamente. La presentó oficialmente a su familia y a nuestro hijo, quien continuó viviendo allí. La condición de su alergia no me ayudaba para nada.

Sentía que los celos y la verguenza, me devoraban. Poco a poco mi ser se fué consumiendo y empecé a perder el espíritu. Mi ego murió.

Aunque no quería hacer nada, debía ir a trabajar, Tenía que producir por mi hija y estaba obligada a ir a esa casa donde pareciera que la que hubiera cometido todos los errores fuera yo. Me sentía tan odiada y repudiada allí, pero no tenía opción. Ahí estaba mi hijo, era su mamá y mi pequeño apenas tenía tres años.

En el trabajo empecé a ser deficiente. Solo lloraba. Solo me consumía. Carlitos y Vilma mis compañeros de trabajo, no sabían como sacarme de ese estado. La psicóloga de la empresa me invitaba a

sesiones para tratar de ayudarme. Parecía una sombra en la empresa. Veían pasar un fantasma, recuerdo que así me decía Carmen Judith.

Sé que no me despidieron porque tres de las mujeres con cargos de poder de la clínica me querían, sabían de mi tragedia, daban fé de que mi trabajo normalmente era bueno y sabían que si me quedaba sin empleo era muy probable que las cosas terminaran muy mal para mí y mi hija.

Pasaba las noches enteras despierta, deshaciéndome en lágrimas y suplicando que amaneciera, pero cuando el sol asomaba y veía el lado de la cama donde dormía él, vacío, me embargaba la ansiedad, la angustia y el día comenzaba muy mal. Caminar hacia la parada del bus era pesante. Me costaba respirar. En verdad la tristeza duele físicamente.

Tuve que entregar el apartamento en el que viviamos, no solo por la situación económica. También por mi estado de ánimo.

Muchas veces solo podía darle a mi hija avena y un huevo, que me fiaba una compañera de trabajo. Danny era tan linda y se lo tomaba a broma. Sé que la pasaba peor que yo, pero se hacía la fuerte. Ella empezó a sentirse culpable por mi mala situación económica. Se convirtió en la adulta de nuestra relación.

Hoy día no entiendo como llegué a estar tan endeudada. Víctor Manuel no ayudaba con nada y estando casados, yo debía vivir como si no tuviera esposo. Hacerme cargo de mi hija y todas las cosas del apartamento. Víctor argumentaba que como nuestro hijo vivía con sus papás, el se hacía cargo del niño y de su comida y yo debía preocuparme por mis cosas.

Para retenerlo había tratado de tener un estilo de vida que no podía permitirme y así entré en ese círculo vicioso de las deudas. No sirvió para nada, el nunca vió eso y si lo vió, solo quería estar lejos de mí.

En vista del mal momento, que empeoraba, la mejor solución era vivir con mi tía otra vez. Solo la tenía a ella y mi hija necesitaba compañía y salir de ese horrible barrio en el que vivíamos, aunque eso significara que mi pequeña tuviera que caminar muchísimo desde la casa de la tía hasta el colegio donde estudiaba. No encontraba otra salida. Por lo general solo tenía para darle lo de las onces, pero ella no comía nada con tal de pagar un bus para ahorrarse caminar a plena luz del sol. El calor de Bucaramanga a medio día es desesperante.

Cuando entregué el apartamento, sin tener quien me ayudara a hacer un trasteo y con ganas de nada, le regalé las pocas cosas que teníamos a una vecina que apenas se estaba acondicionando. Nevera, los muebles de sala y una planta que había comprado meses antes tratando de hacer más acogedor el ambiente para mi esposo, para que quisiera quedarse. Pensaba que el querría permanecer siempre conmigo porque tenía una esposa que producía y era capaz. Lo único que habíamos comprado en compañía era un equipo de sonido y lo tomó para el. Se llevó todo de sí.

Nos instalamos donde mi tía, en una pieza del segundo piso de la casa, otra vez.

Antes de salir del trabajo solía llamar a Victor Manuel para avisarle que iba a ir a ver a mi hijo y le suplicaba que no estuviera, que llegara después de las ocho y media de la noche, para evitar cruzarnos, pero más que nada, ahorrarme el dolor de encontrarlo con su pareja. Sentía pánico solo al pensar que podría verlos juntos.

Cuando iba en los buses no miraba por las ventanas. No quería divisarlos por casualidad. Solo salía de la casa de mi tía al trabajo y a visitar al niño. Evitaba a toda costa sitios concurridos y centros comerciales. Sentía que fuera de la casa corría el riesgo de tropezarme con ellos.

Visitaba a mi hijo dos o tres veces por semana. Desde la autopista hasta la casa del niño, debía caminar unas diez cuadras y el retorno donde mi tía en la noche lo hacía a pie ya que no tenía plata para un taxi. Al menos eran cuarenta minutos caminando en una zona peligrosa de la ciudad. Me sentía físicamente muy cansada, pero tenía que ver a mi hijo lo más seguido posible.

Todos los días y pensando en que Dios me ayudara a recuperar mi hogar, rezaba un Padre Nuestro cada hora en el trabajo. Le suplicaba fuerzas para poder estar tranquila en esa casa cada vez que veía al niño y hacía la correspondiente llamada a Víctor para recordarle que no llegara antes de la hora acordada si era día de visita.

Cuando iba en el bus, rezaba, oraba, para que el no se presentara solo ni acompañado mientras yo estaba allí. No soportaba ni siquiera que estuviera en el barrio. Así me preparaba para soportar el dolor que me producía estar en ese lugar y pasar algunas horas con mi hijo.

Al llegar, me abrian la puerta de mala gana pero trataba de ignorar sus agresiones con tal de compartir tiempo de alguna calidad con el niño, para quien yo cada día era más extraña y desagradable.

Regresaba a casa de mi tía, llorando todo el camino, sin fuerzas, sin ánimo, sin alma y así me recibía mi hija, con la que también estaba abriéndose una brecha que nunca se cerró.

Un día, no se por qué, estaba extrañamente tranquila. Había pasado una jornada agradable en el trabajo. Era miércoles, día de visita a mi bebé. Olvidé por completo llamar a Víctor. No sé en que estaba pensando, pero a dos cuadras de la casa, caí en cuenta que no había hecho la llamada, que no había orado, que no había suplicado y sentí mucha angustia, pero me consolé pensando que Dios sabía mis necesidades y por un día de olvido de mis oraciones no pasaría nada.

Cuando llegué a la puerta que tenía una reja de seguridad, vi a Víctor Manuel en la sala, con su novia en una pierna y en la otra mi hijo. Me quedé parada en estado de shock, del cual me sacó mi exsuegra gritándome que para que no avisaba que iba a ir. No dije nada. Me volteé e inicié mi camino a casa con los ojos llenos de lágrimas, no de dolor, sino de rabia. No quería verlos, sabía que estaban juntos, todos me lo decían y los veían, no era necesario pasar por ese momento, no servía sentir esa humillación y le reclamé a Dios. No podía creer que necesitara tantas plegarias y ruegos de una persona tan destruida

como yo. Lo ví como un Ser prepotente y no quise saber nada más de El. Para mí siempre fué cruel. Dios nunca estuvo para mí.

De alguna manera fué positiva esa ruptura porque aproveché mejor mis horas. Dejé a un lado los rezos y ritos ridículos que en nada me hacían mejor y si me quitaban tiempo.

Mi estado de ánimo y mi apariencia eran desastrosos. Durante el primer año, después de que Víctor me dejó, siempre, a las ocho de la mañana me llamaba para saludarme y desearme buen día. Eso por supuesto me mantenía ilusionada pensando que me quería, que había esperanza. No había sosiego antes de la llamada.

A veces me decía que sus amigos me veían y que estaba horrible, que me cuidara y tratara de ponerme bonita, si de verdad quería que volviera conmigo, que no lo avergonzara.

Mi tía me gritaba para que comiera.

Mis compañeros de trabajo estaban desesperados, porque no sabían como sacarme de la depresión.

Ya ni siquiera buscaba la fórmula mágica para olvidar, esa terapia milagrosa que hiciera que mi cerebro borrara todos sus recuerdos. No encontraba un elixir que calmara mi dolor. Desistí de luchar por esa causa también.

No reaccionaba. No tenía fuerzas. No tenía alma.

No superaba la pérdida de mi esposo, pero lo más doloroso era mi hijo en esa casa. Sabía que estaba bien, pero sentía que me faltaba la mitad del cuerpo. Recordaba tanto a mi madre. Yo se lo hice conscientemente, mi hijo no.

No faltaba la amiga que gozaba de tener padres, buen empleo, esposo y se le llenaba la boca diciendo "yo si lucharía por mi hijo hasta morir", no sé que creía ella que me estaba sucediendo cada segundo. La gente nunca se pone en los zapatos del otro. Yo no tenía apoyo moral, ni económico, solo era dueña de mi dolor.

Un año después de estar separados, le supliqué a Víctor que dejara de llamarme, porque debía intentar recuperarme y la esperanza de escucharlo no me permitía superar esa etapa, para resucitar emocionalmente con otra perspectiva.

La situación con mi hijo me estaba destruyendo. El niño no quería estar conmigo. Mis amigas me decían que era cuestión de acostumbrarlo. Que debía hablarle con autoridad y habituarlo a dormir conmigo, al menos los fines de semana. Un viernes le informé a Víctor y a su mamá que el fin de semana el niño se quedaría conmigo y se los llevaría el domingo en la noche.

Así lo hicimos. Obviamente ellos pusieron objeciones, pero yo debía hacer valer mis derechos.

Una amiga que vivía en un apartamento bonito, con piscina y sauna, me propuso que pasáramos el fin de semana allí, para propiciarle un ambiente alegre al niño y gozar de varias actividades juntos. La idea me pareció genial.

Para el niño fué normal estar conmigo en el día. Todo iba bien hasta las cinco de la tarde que empezó a extrañar su rutina. Me dijo: “Quiero ir a mi casita”. Le dije: “Papito estás en casita. Donde está tu mamá es tu casita”. Insistió solo una vez más, pero con tono fuerte le dije que lo llevaría al otro día y que esa noche dormiría conmigo.

Fué una de las peores noches para los dos.

No quiso comer nada y muy temprano me dijo que si podía ir ya a la cama, que quería dormir. Le dije que jugáramos o viéramos televisión pero me dijo que estaba muy cansado, así que nos lavamos los dientes, lo empiyamé y me acosté a su lado. El puso su carita hacia la pared y empezó a sollozar suavemente hasta muy tarde. Se quedó dormido de tanto llorar.

Hubo momentos en que quería levantarlo, tomar un taxi y llevarlo a donde él se sentía feliz y seguro, pero era peor sacarlo en la noche por su condición.

Me sentía la persona más despiadada del mundo. El niño se sentía secuestrado, no quería estar conmigo pero se sometió, se sentía vulnerable y sabía que no podía hacer nada. Tenía cinco años.

Soportamos la noche, pero a primera hora le dije: “Quieres estar conmigo para un rico almuerzo o quieres que te lleve ya a casita”, sus ojitos tristes y llorosos se llenaron de alegría y casi gritó “¡a la casita!”. Eran las ocho de la mañana y así hicimos. Cuando llegamos a su casa, mi niño casi no dejó que se detuviera el taxi, no se despidió siquiera. Se bajo corriendo y le gritó a su abuela: “mami estoy aquí”.

El niño no quiso saber de mí en mucho tiempo. No volví a ver su cara hasta después de cinco meses que sucedió un horrible episodio.

Juré que jamás obligaría a mi hijo a hacer nada que no quisiera, aunque eso significara perderlo para siempre.

Después de ese fin de semana, cuando llamaba al niño para saludarlo y sentirlo, el no quería pasar al teléfono. La abuela le decía: “Manuelito es la máma”, “Dígale que no toy”. Solo eso.

Cuando iba en la noche a visitarlo, se escondía y los abuelos no me dejaban entrar. El niño se escondía, lloraba y decía que no quería verme. Tenía miedo de que “lo volviera a secuestrar”. No podía ni verle su carita.

Por supuesto mi espíritu se iba apagando más cada día. Llegaba a casa no sé en que estado y no existía nada más para mí. Solo mi dolor y mi hijo perdido.

Mi amiga psicóloga me dijo: “Adriana, no siga luchando por tener al niño. El está bien emocional y económicamente con su papá. Se acuerda de lo que hizo Salomón cuando las dos madres fueron a pedir la custodia del niño vivo? Recuerda que la verdadera madre prefirió entregarlo con tal de que viviera? Usted debe hacer lo mismo. Siga adelante, viva su vida. No es mala madre por hacerlo. Más adelante el niño entenderá y agradecerá su sacrificio. Usted no tiene ahora mismo muchas cosas que ofrecerle. Déjelo allá y empiece a vivir”.

Otra noche mi tía al ver el estado en que llegué a casa después de otro intento fallido de ver a mi bebé, me gritó desesperada: “No más! Tiene que ser la mamá de alguno de los dos. No está haciendo nada por ninguno de sus dos hijos. Olvídese de Manuel y dedíquese a su hija que la necesita tanto. Ella está sola. No tiene mamá. Ella existe. Sea la mamá de ella al menos”.

Así lo hice. Con todo el dolor del mundo, dejé de luchar por un imposible y empecé a ver a mi pequeña, pero creo que ya era muy tarde.

Prácticamente inicié una nueva vida, donde solo existíamos mi hija, el vacío en mi pecho y yo. Nada mejor podía hacer.

Ya habían pasado varios años desde el abandono de Víctor y aún pasaba mis horas, mis minutos solo pensando en él. A veces pienso que aparte de sufrir por mi hijo, me lamentaba por mi ego lastimado. No soportaba que mi exesposo se hubiera vuelto fiel con esa otra persona, lo que me recordaba que no era que el fuera malo, es que yo nunca fuí la persona justa para él.

Recuerdo que en un día de trabajo normal, reiamos con Carlitos y Vilma, bromeando sobre la retentiva de Carlitos. Era muy olvidadizo. Le decía que debería escribir un libro sobre su vida y llamarlo “Mis memorias”. Le hacía una especie de resumen de la historia, la cual se narraba en cuatrocientas páginas en blanco. Reiamos tanto y de repente Carlitos me miró y me dijo: “Adrianita, se da cuenta que son las diez de la mañana y sumercé no ha llorado ni mencionado a Víctor Manuel?”

Una vaga melancolía me invadió y me sentí infiel a mi tristeza, al fin y al cabo ella había sido como mi segunda piel siempre y más en este episodio con Víctor. Me sentí extraña, pero fué la primera vez, en mucho tiempo, que respiré y sonreí sin darme cuenta que lo estaba haciendo.

Años después nos encontramos con Carlos en otras circunstancias. Ya no trabajábamos juntos y yo estaba relativamente bien. Mi amado amigo no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas de alegría y felicidad al ver que yo había sobrevivido. Carlos es una de mis bendiciones.

Dejé de insistir en hablar con mi hijo, pero llamaba todos los días para saber como se encontraba, teniendo siempre la confianza de que estaba bien, no sé si en las mejores manos, pero rodeado de amor y con recursos económicos para una vida cómoda y tranquila.

Poco a poco aprendí a concentrarme más en las cosas de mi hija y en mí misma. Paulatinamente distancié las llamadas a casa del niño también. La manera osca y agresiva con la que me hablaban no

ayudaba en mi proceso de aceptación de la situación y de recuperarme. Aún hoy, después de todos estos años no comprendo, ni justifico tanto odio y desprecio hacia mi por parte de esa familia, pero la verdad ya no me importa.

Madre de dos otra vez

Eran ya varias semanas en las que llamaba poco a casa de mi hijo y la respuesta seca y cortante de la abuela: “Está bien”, me bastaba.

Todo marchaba bien en el trabajo. Mi hija había asumido una actitud distante conmigo, pero lo interpretaba como algo normal de su edad. Estaba por los 14 años. Las cosas empezaban a tranquilizarse.

Una mañana, estando en la oficina, recibí una llamada de Víctor Manuel, a quien no escuchaba hacía mucho. Me dijo que no me alarmara pero que el niño estaba en cuidados intensivos, porque después de una pequeña intervención ambulatoria no se despertaba de la anestesia. Me dijo que me mantendría informada y que no me apareciera por la clínica, que no era necesario. Obviamente informé a la oficina de personal de la emergencia y salí corriendo adonde estaba mi hijo.

Cuando llegué, la abuela del niño me dijo: “Usted que hace aquí. Nadie la necesita y el niño se agita cuando usted está cerca. Váyase”. No respondí e igual me quedé, pero la escena fué observada por el personal asistencial de la clínica. Nadie dijo nada.

Desde que empecé mi tortuosa etapa con esa familia odiaba no tener mamá, porque sabía que si mi madre estuviera viva, con todo y sus defectos me respaldaría, pelearía conmigo y por mí, pero no tenía a nadie. No tenía ni fuerzas, no me tenía ni a mí misma.

Esperé ahí hasta que el niño estuvo consciente. No recuerdo cuanto tiempo pasó, pero si recuerdo que a la señora Zoraida la reemplazaba Víctor Manuel o el esposo, para que fuera a casa a almorzar o a bañarse. Yo no recibí ninguna de esas ofertas por parte de los míos, pero al menos sabía que mi hija estaba bien en casa.

No fuí al menos en dos días a comer, ni asearme. Estuve ahí esperando y escuchando las constantes peticiones de parte de la familia de Víctor de que me fuera.

Cuando el niño despertó y pudo recibir visitas, la enfermera jefe de la unidad de cuidados intensivos, pidió que los padres entraran a verlo. Víctor Manuel se alistó para entrar con su madre, pero la enfermera le preguntó a ella que si era la mamá del niño. La abuela evadió la respuesta argumentando que era la que lo cuidaba, con quien vivía y que el niño se asustaba con mi presencia, lo cual era cierto. La enfermera le dijo muy cortante que no le importaba nada de lo que le había dicho, ya que ella había solicitado a “los padres” y los dos estábamos presentes.

Los tres (los abuelos y Víctor) me fusilaron con la mirada. Sentí tanto veneno de su parte y una mezcla de satisfacción y ansiedad, porque en parte era cierto que mi presencia le generaba angustia al niño desde el episodio del fin de semana, que lo obligué a estar conmigo. En esos momentos no estaba segura de que fuera buena idea desestabilizarlo.

Mientras avanzábamos hacia la sala, la enfermera me dijo que estuviera tranquila, que me acercara al niño lentamente y que cuando saliera el papá, con quien era evidente había una muy mala relación, el personal de la sala me ayudaría para que el niño estuviera cómodo con mi presencia.

Todos en la unidad de cuidados intensivos, se habían dado cuenta de la hostilidad con que me trataba esa familia unida y fuerte, y de mi soledad. Yo trabajaba en una institución hospitalaria y en el gremio casi todos se conocen, así que la enfermera jefe sabía quien era yo y lo que había sucedido con mi matrimonio.

Cuando Víctor terminó su visita por solicitud del personal, y pasó por mi lado me susurró: "No debí haberle avisado". En su mente volvió a golpearme. No sé por que me merecía tanto odio, el me pidió tener un bebé y aceptó casarse conmigo si así sucedía. Fué su iniciativa tener una relación seria conmigo.

En fin, ahora debía enfrentarme a mi bebé y rogar al cielo que aceptara y tolerara mi presencia.

Por indicación de la enfermera me paré en la entrada de la estancia donde el niño pudiera verme, pero a una distancia que lo hiciera sentir seguro. Mientras, la enfermera lo consintió y le dijo: "¡Mira quién vino a visitarte! Tu mamita ha estado aquí todo el tiempo y quería tanto verte y saber que estabas bien. ¿Quieres saludarla? ¿Quieres verla? Si no quieres verla, le digo que se vaya, pero ella estaría muy contenta si pudiera saludarte". Manuelito miró con duda a la puerta, no podía hablar, pero con la mirada le dijo a la enfermera que podía acercarme y así lo hice.

No invadí su espacio. Solo le dije que estaba muy feliz de ver que había despertado y que se iba a poner bien.

Las enfermeras que estaban ahí le decían, "Que linda mami tienes, eres muy afortunado, ella te quiere mucho". Manuelito sonrió y fué como un rayo de luz en mi alma. Mi oscuridad empezó a desaparecer. Me senté a su lado, puse un programa animado y lo vimos juntos.

La enfermera me dijo que podía estar ahí todo el tiempo. Que no era necesario que me retirara. Obviamente Víctor Manuel y su mamá protestaron, pero era mi momento y no lo iba a dejar pasar.

Llegó la noche y mi niño se durmió. La enfermera me dijo: "Háblele ahora que duerme. Acérquese a su oído y pídale perdón por lo que deba y dígale que lo ama. Dígale todo lo que pueda decirle, el la escucha y no va a olvidar sus palabras".

Fue una larga y fructífera conversación porque cuando mi niño despertó me sonrió y empezamos a relacionarnos normalmente.

Manuelito superó el peligro y pudimos salir de cuidados intensivos.

Recuerdo la mirada de odio y tristeza de todos sus familiares cuando me vieron con el niño.

Aún debía pasar unos días hospitalizado y ya habíamos acordado con Manuelito que dormiría con él en la clínica, pero cuando terminó la hora de la visita y solo permanecería la persona encargada de dormir con el niño, la abuela le dijo que ella se quedaría y con la rudeza acostumbrada me dijo: "Váyase. Ya hizo bastante. Báñese". Le dije que habíamos decidido con el niño que me quedaba yo, pero ella se dirigió a Manuel y le dijo: "Papito, quien quiere que se quede, su máma o su mamita?" Cuando vi la carita de angustia de mi hijo, pude leer que el no quería partirle el corazón a ninguna de las dos. Estaba sufriendo. Seguramente quería estar con la abuela, pero no quería lastimarme. Desde pequeño mi niño me dió lecciones de ternura que no se imaginan, el tiene un corazón bueno. Así que le dije a la señora: "Si usted de verdad lo quiere tanto no lo ponga en esta situación. No lo manipule así. Quédese. Para mí es más importante que el niño no se sienta mal. No es tarea de él tomar este tipo de decisiones".

Me fuí con el corazón feliz porque sentí que mi hijo me había dado otra oportunidad y volveríamos a estar en contacto. Llegué a casa, me bañé, comí, estuve con mi hija y todo empezó a mejorar.

La vida tranquila continuo, un ratito

Pasaron varios años en los cuales dentro de mi disfuncionalidad familiar y personal, disfruté de relativa calma.

Tenía una relación especial con mi hijo. Compartiamos el amor por la saga de High School Musical y Camp Rock. Odiará que lo cuente aquí.

Mi hija estaba en su bachillerato y era porrista en el colegio del barrio donde vivía el niño, un colegio público muy lejano a la casa de mi tía, donde continuamos viviendo. Ella por motivos de los que me enteré muchos años después, una noche que el papá vino a visitarla, supongo que por solicitud suya, sin decirme nada anticipadamente, a los catorce años se fué a vivir con él, en Bogotá.

Me partió el corazón, no sabía lo que sucedía y pensé que lo hacía porque quería estar con su papá, quien al fin daba muestras de interés por ella. El le hacía creer a todos que estaba en una posición económica favorable (aunque en su casa en un buen barrio de Bogotá no había un comedor decente), pero ese era él, un soñador y hablador, por eso pensé que había convencido a mi hija de tener todas las comodidades que conmigo no podía tener. Sentía que al fin y al cabo, yo no merecía otra cosa. No había sido una buena madre para ella.

El periodo de reencuentro de mi hija con su papá no duró más de nueve meses, porque él no estaba dispuesto a ser su padre. Una mañana Pablo me llamó a decirme que viajara a Bogotá a recoger a mi hija, que no la soportaba más.

Tenía catorce años y este ser anormal pretendía que yo dejara el trabajo inmediatamente y fuera por ella. Así como me la había quitado debería reportarla a mi vida, traerla a casa, no botarla de un momento a otro.

Tuve que llamar a mi hermanito, que vivía en Bogotá para que la acogiera en su casa. El me regaló el pasaje en avión para el regreso de mi hija.

Fui feliz nuevamente con ella a mi lado.

A mitad de año logré encontrarle un cupo en un colegio de monjas que quedaba cerca a la casa y suplicar que le hicieran una prueba para recibirla en el curso que le correspondía que era décimo bachillerato, a pesar de lo avanzado que estaba el periodo escolar.

Mi hija siempre fué maravillosamente inteligente y entregada. Confiaba en ella. Aún con dudas de parte de las monjas, nos presentamos y pasó el examen.

Mi hija terminaría su bachillerato en un colegio más elegante, privado y con buena formación espiritual. Era la mamá más orgullosa del mundo. Ahora le demostraría a mi niña que la amaba y que le daría una vida llena de posibilidades. Ella nunca más estaría por debajo de nadie y yo haría lo que tuviera que hacer para que así fuera.

Mientras Danny terminaba su bachillerato, yo sacaba adelante mi carrera de Administradora de Empresas, a distancia. No era fácil, pero era mi sueño. En mi trabajo perdía muchas oportunidades de ascenso y mejora en la remuneración por no tener mi carrera profesional acorde al manejo de personal, ya que lo mío eran los sistemas. Con mucho esfuerzo, cansancio y emoción me gradué. Mis dos hijos y la mamá de Pablo asistieron a mi ceremonia de grado. Un sueño realizado.

La abuela de mi hija siempre ha sido una persona muy especial para las dos. Por esos días yo estaba enferma, muy anémica, era una situación preocupante y ella vino a prenderse cura de mí, para que mi gran día fuera posible. Gracias de todo corazón señora Gloria.

Después fué el turno de mi hija, quien obtuvo un puntaje sobresaliente en las pruebas de estado y en la ceremonia de grado de su secundaria, la mencionaron especialmente.

Por esos días en la empresa, un socio del Club de Leones, hizo la promoción de becas Juan Pablo II, para estudiar ciertas carreras en la Universidad Pontificia Bolivariana. Sin dudarlo y con el buen puntaje del ICFES de mi hija, la inscribí para estudiar Ingeniería Civil. Su sueño era estudiar Geología en la Universidada Industrial de Santander, pero yo quería que estudiara en una universidad privada, con las garantías para tener buenas relaciones, amistades y un futuro brillante. En Colombia, a la hora de conseguir trabajo, no sirve de nada ser un gran profesional si no estás bien relacionado.

Llegó la hora de presentarse a las universidades. Era regla, que al menos se presentara a tres para tener más opciones. Las inscripciones eran costosas y le pedí ayuda al papá de mi hija, quien le llenaba la cabeza con sus tonterías. Durante su último año en el bachillerato le decía que si quería estudiar en Londres, Australia, Rusia, donde quisiera, él le pagaba, así que me fié de eso, pero cuando le comenté de la situación me dijo que ella era muy joven y sería conveniente que descansara un año, con tal de no darle nada, supongo. No sé porqué me sorprendí.

Acudí a mi hermanito, quien al recibir mi llamada inmediatamente me envió para las tres inscripciones. Mi hija superó los exámenes de admisión en todas las instituciones a las que se presentó. Solo restaba tomar la decisión más conveniente de acuerdo a mis posibilidades económicas, ya que era claro que el papá no nos iba a ayudar.

Además de pasar en las universidades en que se inscribió, Danny ganó la beca que ofrecían en la empresa para estudiar en la Universidad Pontificia Bolivariana. Le daban el 90% del semestre. Comparado con lo que debía pagar si la matriculaba en la Universidad Industrial de Santander, era mucho más conveniente para mí, pero las exigencias para mantener la beca eran altísimas. Si perdía una materia o su promedio no estaba sobre cuatro, retiraban la beca y debíamos pagar todo el próximo

semestre. Mi hija me decía que si ella no lo lograba, yo no sería capaz de pagar un semestre en esa universidad porque es muy costosa, pero yo creía en sus cualidades. Siempre fué determinada, disciplinada pero sobre todo, inteligentísima. Ella lo haría.

Muy a su pesar, mi hija entró a estudiar Ingeniería Civil en una universidad privada, con muy buenas referencias. Ella estaba resignada. Yo me sentía realizada. Como madre cumpliría con mi deber de darle estudio, de darle posibilidades. Mi hija no sería una persona a la que le tocó hacerse con las uñas como su madre. Mi niña, como la mayoría de los adolescentes disfrutaría esta nueva etapa y además sería una profesional exitosa y así fué.

Vivíamos donde mi tía y pagaba el arriendo de dos piezas para que mi hija estuviera cómoda, pero mi tía me pidió una de las habitaciones para dársela al nieto que volvía a la casa, por lo cual Danny me dijo: "Si no buscas otro lugar donde vivir, yo si me voy". Ya lo había hecho, no dudaba que volviera a hacerlo.

Ese mismo día fuimos a buscar un sitio cerca al trabajo para ahorrar mi transporte y de paso quedar ubicadas mucho más cerca de la universidad.

Tomamos un apartamento en un quinto piso. No era el mejor. Aún le quedaba muy lejos la parada del bus a mi hija, pero podía pagarlo.

Era comenzar de cero, las dos. Solo teníamos las camas y un comedor que me vendió mi tía. Tuve que comprar estufa y una nevera para empezar a acondicionarnos. Estaba tan ilusionada, aunque asustada, lo reconozco.

Durante el trasteo, solas como siempre, una parte de la cama de mi hija, me cayó en un dedo del pie y se fracturó. No fué un buen comienzo, pero fue nuestra anécdota de inauguración.

Poco a poco fuimos acomodándonos. Hice cortinas de velo en degradee de negro a gris. Elaboré a mano cojines grandes negros y conseguí una rueda gigante de madera donde se envolvían los cables de la empresa electrificadora. La pinté de negro y así tuvimos una sala muy linda y particular. Era el hogar de un par de chicas hippies.

Todo en el apartamento era blanco y negro con excepción de la habitación de mi hija que tenía cortinas moradas. Ella amaba ese color. Era un lugar amplio, iluminado, bonito y acogedor. Caluroso por ser el último piso, pero no me importaba. Mi hija tenía donde invitar a sus amigos cuando tuvieran que hacer trabajos o estudiar. Yo jamás tuve nada de lo que le estaba ofreciendo a ella y me sentía dichosa.

Con el tiempo mi hija me dijo que quería adoptar una gatita. No estaba de acuerdo, pero ella insistió y si eso la hacía feliz, no había nada que discutir.

Un día mi niña llegó a casa con Misha Michelle, una gatita de unos ocho meses, enorme, gris, de grandes ojos verdes. La iban a sacrificar porque nadie la adoptaba. Mi hija la amó y fuimos un hogar de

tres.

Mi situación económica siempre fue precaria a pesar de que laboraba formalmente y hacia trabajos extras en la casa todos los días hasta muy tarde. Creo que cargaba el lastre de los años en los que traté de tener un estilo de vida que sola no podía mantener y en el que insistía con la esperanza de retener a mi exesposo. Fué una inversión que nunca tuvo futuro y me cobró intereses muy altos.

Aún así, por esa época yo vivía contenta y mi hija me hacía sentir que para ella estaba bien la comida humilde que compartíamos. Le daba una mensualidad para que pudiera desenvolverse en la universidad con su transporte, refrigerios, fotocopias. No era mucho, por lo que ella empezó a trabajar como asistente de un profesor en un programa de pos grado y así se ayudaba para sus cosas. Era muy organizada con el dinero. Creo que siempre quiso ser diferente a mí y la felicito por eso.

Amaba a los amigos de la universidad de mi chica. Todos tan particulares como ella, divertidos, inteligentes, carismáticos. Llegaban al apartamento y el ambiente se llenaba de alegría.

Mi hija tenía amigos, tenía amor, estaba desarrollando su adolescencia de la manera correcta. Quería que ella pudiera cumplir todos los sueños que yo no pude, que viviera sus etapas con todas las experiencias propias de estas, que disfrutara aunque su núcleo familiar fuera tan disfuncional. A mis ojos le daba lujo supongo que por mis carencias infantiles, seguramente desde su punto de vista, no tanto.

Creo que nunca le hablé mucho de mi niñez a mi hija. De que servía que ella supiera o entendiera algo que le era ajeno, que sería una sombra. Los hijos no nos piden que los traigamos al mundo, por eso no deben cargar nuestras penas, ni agradecer lo que por naturaleza les corresponde.

Fueron años llevaderos en que nos veiamos más seguido con mi hijo. Observaba como Danny sacaba adelante su carrera con tanto compromiso, siendo siempre la mejor, no por amor a su profesión, sino porque entendía que era su tarea, la que le permitiría abrir las puertas que quisiera.

Cumplí diez años trabajando en la FCV, sin posibilidades de ascenso o mejora salarial. Ya era profesional pero no tenía el perfil para cargos más importantes. Probablemente mis problemas de inseguridad, depresión, falta de autoridad y total anonimato social, me impedían aspirar a un cargo mejor.

Sentí que no podía seguir trabajando en el mismo sitio. Debía ver otras opciones y respirar otro aire o al menos pasar los próximos diez años haciendo algo distinto. Llamé a un doctor amigo a quien le hacía trabajos de estadística de vez en cuando, para ver si el podría recomendarme en alguno de los sitios donde trabajaba. Solo con intentarlo (nunca lo había hecho), tuve un nuevo empleo en el Isabú, como Jefe de Facturación.

Por esos días conocí por internet a un hermoso señor mexicano. Nos enamoramos. Queríamos vivir juntos en su país. El venía a visitarme, pero aún no estaba lista para dejarlo todo por él, especialmente a

mi hija. Le pedí que me esperara al menos seis meses después de que mi hija terminara la universidad, tuviera trabajo y se defendiera sola. No pretendía hacerle lo que ya le había hecho siendo más pequeña. Esta vez sería una buena madre. Felipe no entendía esto. Me dió un ultimatum, insistí en que me esperara, me dijo que no y todo quedó asi. Aún somos buenos amigos.

Danny tenía una buena relación con Felipe y me dijo que debería irme con el porque tarde o temprano ella me iba a abandonar. En sus planes estaba graduarse e irse a vivir a Bogotá. Yo lo sabía (no lo aceptaba), pero aún así, le daba lo que tenía que darle, no para que se quedara, era mi deber y necesidad. La cuidaba porque se lo debía, así lo quería y era una manera de demostrarle que era importante para mi. Creo que nunca le demostré suficiente cuanto la amaba.

Pasaron velozmente esos años de su carrera, sobre todo porque ella se encargó de terminarla un año antes. Adelantaba todas las materias que pudiera con tal de acabar pronto. A sus veintiún años se graduó como ingeniera civil en tiempo récord, becada y eximida de presentar proyecto de grado por su excelente promedio durante todos los semestres y porque obtuvo el mejor puntaje en el examen de calidad de educación superior.

Como estímulo la universidad le consiguió su primer trabajo en una empresa constructora en Bogotá. Iniciaba en mayo. Llegaría muy rápido el día en que otra vez quedaría sola y ese pequeño tiempo de felicidad terminaría.

Mi hija no está, mi hija se fue

Sabía que partiría. Ella cada vez que podía me lo decía. Algo de mí así lo prefería porque en Bogotá estaban todas las oportunidades que en una ciudad pequeña y con poca empresa, como es Bucaramanga, no tendría. Además la tierra llama y Danny siempre quiso tornar a su patria pequeña.

No podría acompañarla en el traslado, pero el papá la ayudaría a establecerse. Mi hija sola consiguió su primera habitación cerca al trabajo. Traté de darle ropa justa para la oficina y soportar el frío. Pagué el transporte de todas sus cosas a Bogotá, un mes de arriendo, comida y gastos extra, mientras ganaba su primer sueldo. Sé que no quería recibir nada más de mí, pero lo necesitaba. Era lo último que haría por ella como madre, económicamente hablando.

Y así, una noche partió con todas sus cosas, con la gata, con su olor, con su presencia, que era lo único que me daba la ilusión de trabajar, de comer, de vivir.

Ya nadie me necesitaba.

Cuando llegaba del trabajo no era capaz de ir a dormir a mi habitación porque al pasar por el que había sido su cuarto y verlo vacío caía en desesperación y dolía, dolía tanto la soledad. No había nadie que me recibiera en el apartamento, no había una gata a quien consentir. Vivir empezó a perder sentido.

Pero tenía que pagar cuentas. Continuar, aún no sé para qué tenía que continuar, pero lo hice.

Llevé el colchón y mi ropa a la sala para no ver su pieza desocupada. Lloraba hasta que me dormía. Pensaba que lo peor que me había sucedido era el abandono de Víctor Manuel y la pérdida de mi hijo, pero esto me estaba desgarrando.

No sé en que estado llegaba al conjunto residencial, no se como me veía, pero las vecinas, con las cuales no había tenido tanto contacto antes, me esperaban y me consolaban.

En la entrada había una tienda. La dueña del establecimiento y su hija, con quien aún mantenemos una bonita amistad, me ofrecían cosas de comer, me hacían conversación, pero yo solo quería arrastrarme hasta el apartamento sin querer llegar al mismo tiempo, para poder llorar y dormir muy cansada.

Cuando iba subiendo las escaleras, la vecina del cuarto piso, con quien no recuerdo haber conversado antes de la partida de mi hija, me esperaba en su puerta y prácticamente me obligaba a tomar un té, a beber un jugo o algo con ella. Yo no hablaba. No tenía nada que decir. Solo quería terminar de llegar a ese sitio que fue mi hogar, pero ya no era nada, solo un montón de paredes blancas.

Ya no quería nada. Ya no tenía sentido nada. Pero traté de animarme pensando que mi hijo aún podría necesitarme. El no entendería que esa señora que lo visitaba y con quien veía High School Musical a distancia, un día no estuviera. No lo entendería.

Ya dos veces antes, en mis separaciones, para poder tener un nuevo inicio, abandonaba todo: Lugares, pertenencias, solo me llevaba conmigo mis tristezas. Así tuve que iniciar una tercera vez, pero esta vez sin mi pequeña.

Entregué el apartamento, cambie de trabajo y busqué una habitación en una casa de familia cerca a mi nuevo empleo, porque necesitaba sentir un poco de compañía, aunque en realidad no la quería.

Desde que inicié a trabajar en Bucaramanga, lo hice en empresas del sector salud, de tiempo completo y asesorando en calidad a otras pequeñas después de la jornada laboral. Así conocí a Liliana y su precioso centro de atención para niños con problemas neurológicos.

De como llegué a trabajar de tiempo completo en NISA no merece mencionarse, pero lo cierto es que empecé a laborar con Liliana como su secretaria aún cuando era profesional y cumplía con todos los roles de una administradora de empresas, pero la suya era una empresa pequeña y ella no podía con esa carga laboral. Hacía de todo y empecé a enamorarme de ese sitio, de su misión social, de los pacientes y sus familias. Era necesario sentir que era útil y que al fin mis días volvían a tener sentido. Me dediqué a servir.

En mis compañeros de trabajo encontré una familia. Algunos no me querían mucho, otros si. Lo importante es que los admiraba por la labor que hacían y como la desarrollaban. Jamás había visto de forma tan tangible pasión por una profesión, como la de los muchachos que trabajaban en NISA. No era solo la fuente de sus recursos, sus pacientes eran su misión, querían de verdad ayudarlos y eso lo sentiamos las mamás y yo. Era un equipo de trabajo apasionado. Liliana era muy afortunada por tenerlos como sus empleados.

Durante mucho tiempo volví a sentirme viva.

Mis gatitas

Era la persona más feliz de llegar a trabajar y ver a todos los pacientes llegar a sus terapias con sus padres o con sus enfermeras. Trabajaba mucho. Tenía un horario extenuante y largo, pero no tenía vida personal así que estaba bien dejar toda mi energía en el trabajo. Al llegar a casa solo debía seguir trabajando en mis facturaciones extra, leer y dormir.

El ambiente de trabajo en NISA era muy emocional. Liliana es una gran profesional y persona, pero tenía que sacar adelante su empresa y su vida familiar sola, lo cual hacía que su carácter fuera inestable a veces.

El centro tenía un toque hogareño, por lo que era muy especial y encantador. Con el tiempo y los buenos resultados, Liliana se vió obligada a expandir físicamente a NISA, lo cual implicaba también sus procesos. La industrialización despersonifica y creo que esto le sucedió a la empresa.

Aunque había periodos difíciles en el trabajo, necesitaba estar en NISA porque yo la amaba y ahí estaba mi familia de afecto. Vivía vidas ajenas para sobrevivir emocionalmente, hacía míos los logros de los niños y su familia, alimentaba mi alma saber que la empresa crecía.

En la oficina formaba parte de algo, pero al llegar a casa me invadía el sentimiento de que mi cansancio no era justificado. No tenían sentido los malos días en el trabajo, la soledad de las noches. En la jornada laboral era feliz pero cuando llegaba a mi pequeño apartamento no tenía nada.

Hablábamos de vez en cuando con mi hija. No sé si ella sospechaba mi estado de ánimo, pero un día llamó para decirme que había rescatado una gatita negra de cerca siete meses. No la podía tener porque ya tenía dos gatas en su apartamento, pero visto que yo vivía sola, la rescató para mí. Me dijo que la esterilizaría y una amiga suya la cuidaría mientras podía ir por ella en semana santa, en dos meses aproximadamente.

Por la débil relación que teníamos con mi hija, sentí que era un regalo de amor para las dos, para la gatita y para mi. Me preguntó que nombre le pondría para ir habituándola y sin dudarlo le respondí que Inés, a lo cual mi hija me preguntó el por qué y le expliqué que sería la terapia de reconciliación con mi madre, que la amaría y cuidaría como no lo hice con ella. Inés mi gatita sería la luz de mis días, la razón de levantarme a trabajar y llegar a casa.

Pasaron los meses de la espera y fuí a recoger a mi Inés. La pobre chiqui ya se había acostumbrado a vivir con la amiga de mi hija, supongo que sufrió otra especie de abandono y no quiero pensar por cuantas cosas habrá pasado antes mi pequeña en las calles frías de Bogotá.

Volvimos a Bucaramanga en avión. La porté en cabina como toda una gatita de celebridad. El vuelo se demoró en aterrizar más de lo normal por las condiciones climáticas. Mi pobre Inés estaba muy estresada. Yo no veía la hora de instalarnos en nuestro hogar.

Finalmente llegamos a casa. Un pequeño apartaestudio (más bien una pieza con todo), muy caluroso pero justo para las dos. Inés y yo iniciamos una estrecha relación.

Había un problema. Cuando me iba a trabajar, al cerrar la puerta mi pequeña empezaba a maullar. Los vecinos me decían que la gatita se lamentaba todo el tiempo hasta el mediodía que llegaba a almorzar con ella.

Al volver al trabajo en la tarde era igual. Así pasaron dos meses en los que mi gatita no la llevaba bien estando sola en el apartamento. Probé de todo. Hasta la dejaba escuchando música relajante para gatos pero nada funcionaba

Un sábado llamó mi tía muy angustiada, porque había una gatita que mi primo había recogido de la calle y la esposa no la podía tener en casa, así que debía volver a abandonarla. Le dije que me la dieran mientras trataba de buscarle un hogar, pero en el fondo quería tenerla para ver si Inecita la toleraba y le hacía compañía.

Cuando mi primo me entregó una pequeña bolita de pelos, desnutrida con apenas una libra de peso, muy blanquita y con cara de problemática, la ternura me inundó. Si mi gatita la aceptaba viviría con nosotras.

Inés la adoptó como su hija inmediatamente. Dejó de llorar cuando me iba al trabajo. Ya tenía compañía y se querían. Inés amó a Ceci (así la llamé por mi tía), tanto como yo. Nuestro hogar tenía una nueva integrante.

Eramos felices las tres. Dediqué mis esfuerzos e ilusiones a tenerlas en buenas condiciones. Por eso alquilé un apartamento más grande, con un gran ventanal y aire acondicionado. Era perfecto para ellas.

Más adelante se pasaron al lado, Don Jesús y Misabel, mis amados vecinos de la casa donde había vivido antes. Ellos también rescataron un gatito. Así las mías tenían un amigo y yo también me sentía acompañada. Los tres humanos nos cuidábamos y nuestros amores de cuatro patas gozaban su nueva vida.

Ya no pensaba en mi soledad o el distanciamiento con mis hijos. Los días grises en el trabajo eran llevaderos porque cuando llegaba a casa y me sentía acompañada por mis mascotas, mis libros, mis programas de historia y mis trabajos extra no necesitaba más.

No viajaba. No había presupuesto para eso y no lo añoraba. Siempre fuí corta de aspiraciones, conformista, realista, cualquiera de las opciones o todas ellas juntas. Así vivía mi vida, aunque siempre traté de darle un toque especial a mis momentos. No tenía más. En el trabajo cualquier excusa era buena para una foto, para reir, para compartir.

A veces visualizaba mi futuro y no era muy prometedor. Ya no era joven, no tenía ahorros ni posibilidades de pensionarme pronto. Jamás pude invertir en una vivienda propia para pensar en una vejez tranquila. En realidad creo que siempre sentí que mi vida terminaría pronto.

No creía que alguien llegaría a conocerme como una persona anciana porque mi permanencia aquí no tiene muchos cimientos y era habitual creer que en cualquier momento mi viaje terminaría. La muerte no me intimidaba, muchas veces la anhelé.

Estando en la cama miraba por el ventanal en el que veía un pedazo de cielo, porque el resto era ocupado por la vista de un edificio que interrumpía la magia y pensaba: “Es todo para mi? Está bien, podría vivir el resto de mi vida con mis dos gatitas. Me basta”.

El mensaje de sandra

Un domingo 30 de octubre de 2016, al llegar de una actividad que hicimos en la empresa para los niños, revisé los mensajes del correo del facebook porque en esos días un hombre muy extraño me había escrito mensajes bonitos, pero parecían de un desequilibrado mental. Nunca lo había aceptado como amigo, pero el insistentemente me escribía mensajes de amor, que quedaban en la carpeta de mensajes no autorizados. Por curiosidad leí todos los mensajes que se almacenaban allí. La mayoría era publicidad o spam. Pero había uno de una persona con mi apellido, tal como me recalcaba mi mamá que se escribía, con las tres sílabas que lo conformaban con mayúscula inicial, cosa que casi nadie respetaba.

Sandra De La Hoz

Me causó mucha curiosidad y lo abrí. Hacía dos años que lo había enviado la remitente.

MAY 13, 2014 AT 4:45 PM

—Hola Adriana, mi nombre es Sandra De La Hoz. Ando buscando una persona que se llama Adriana De La Hoz de Bucaramanga que es hija de una señora Clara. Eres tu? Te agradezco tu respuesta.

Había pasado mucho tiempo y no creía que la persona estuviera interesada en continuar la comunicación si respondía en ese momento, pero aún así lo hice suponiendo que en otros dos años recibiría respuesta y mantendriamos una comunicación con esos intervalos de silencio, como en la película La casa del Lago con Sandra Bullock y Keanu Reeves.

OCT 30, 2016 AT 8:35 PM

—*Si soy yo... mi mamá era Clara Ines*

OCT 30, 2016 AT 8:41 PM

—Hola Adriana, que bueno contactarte. Como se llama tu papá? Necesito saber si somos familia.

Sorpresa total. Me respondió casi inmediatamente.

—*Mi papa se llama Federico De La Hoz De La Hoz... asi doble*
—*Y el tuyo*
—Es el mismo. Nosotras somos hermanas.

Hubo una explosión en mi cabeza. No sabía que decir ni pensar. Lo único que se me ocurrió sentir y expresar fué verguenza porque era evidente que mi mamá había sido amante de mi papá y su hija me

estaba buscando.

—No sabes como me siento... se que mi mamá fue una aventura de el y eso me hace sentir verguenza... el está vivo? De paso te digo que realmente estoy muy emocionada Sandra.

—No tienes porque sentir verguenza. Todos fuimos afectados en una u otra forma. Mi papa falleció el 10 de enero del 2013. Yo vivo en Miami. A el le dio cirrosis hepática y se fue complicando poco a poco. No se si sabes de nosotros. Somos 6 hermanos del primer matrimonio. 2 hombres y 4 mujeres. Del segundo matrimonio son 2 mujeres. Entre nosotros hubo mucho dolor y trauma pero Dios nos dió la oportunidad de perdonarnos antes de que él se fuera.

—Hace dos años yo soñé que mi papá me pidió buscarte y que tu estabas reunida con nosotros.

Cuando Sandra me dijo que mi papá estaba muerto sentí tanto dolor. Era extraño porque no lo amaba, no lo quería, no teníamos una relación, pero la certeza de que las conversaciones pendientes nunca se darían, las explicaciones que le pediría ya no las recibiría, los abrazos que me debía no los pagaría, me golpeó de una manera inexplicable.

Mientras conversábamos con Sandra y yo seguía impactada por tanta información, me llegaban solicitudes de amistad de personas con mi apellido. Eran mis hermanos queriendo ponerse en contacto conmigo, ya que Sandra mientras me respondía por mensajería hablaba con ellos.

Solo puedo decirles que esa noche mi vida dió un giro. Cambiaron mis perspectivas, mis esperanzas. De pensar que no había nada bonito en la vida para mí, empecé a sentirme parte de una gran familia, con muchas personas que deseaban conocerme y que seguramente tenían mucho amor que darme.

Hubo una Adriana antes y otra después del mensaje de Sandra.

Desde ese momento estuve en comunicación con mis hermanos casi todas las semanas. Planeábamos encontrarnos y yo obviamente estaba segura de que iría a Estados Unidos a conocerlos y a vivir en ese país. Empecé a soñar.

Recibí muchas fotos de la familia, de mi papá, del montón de sobrinos que tengo. Me sentía amada y especial como nunca antes.

Mi papá no hizo nada por mí ni tuvo la iniciativa siquiera de contactarme. Siempre fuí yo la que traté de llenar ese vacío con muy poca respuesta de su parte, ya les había contado sobre eso, pero el hecho de que mis hermanos supieran de mí me hacía pensar que en algún momento, por el motivo que fuera, él me había mencionado y eso ya era algo. Al menos se encargó de que conocieran mi existencia. Si al igual que mis tíos en Bogotá, hubieran decidido ignorarme no estuviera contando esta historia.

Los hermanos De La Hoz solían hacer viajes en familia durante sus vacaciones. Para poder conocernos en persona decidieron que ese año el destino del paseo era Cartagena. Yo era uno de los motivos para haber elegido Colombia. El gran encuentro sería en julio del 2017.

Angélica, una de mis hermanas, hasta creó un chat solo para nosotros con el símbolo “9 De La Hoz”.

Mientras tanto empecé a contarle a las personas que sabía se emocionarían por el suceso: Adriana De La Hoz tiene ocho hermanos más que viven en Estados Unidos y la quieren como parte de su familia.

Ese evento opacó todas las situaciones difíciles que se me presentaban. Si había un mal día por cuestiones laborales o de otra índole, ya no me ahogaba en mi pequeño vaso de agua. Todo era llevadero. Contaba los días y las horas para encontrarme con los míos.

Quería causarles una buena impresión, que no se avergonzaran de mi. Anhelaba que de verdad me quisieran cuando no fuera solo una foto o una idea.

Pasaron los meses y llegó el maravilloso día. Pensaba viajar en bus a Cartagena, pero mis hermanos me compraron el tiquete de avión.

Liliana mi jefe me regaló un diseño de sonrisa para que fuera muy bonita a conocerlos, ya que mi dentadura siempre me hizo sentir muy insegura. Nunca pude pagar un tratamiento dental y mis dientes no eran bonitos porque los estropeé desde mi adolescencia por el tema de la bulimia.

Jamás me sentí tan linda como el día en que pude sonreir y lucir bella, no lo podía creer. Era una fantasía verme así. Es algo que siempre le agradeceré a Liliana, aunque creo que estará arrepentida. Ahora soy la persona más vanidosa, fastidiosa y risueña del mundo. Mis redes sociales lo confirman.

Viajé un sábado en la tarde. Mis gatitas quedaron con María Isabel y don Jesús, que siempre las cuidaban cuando era necesario.

Imaginaba el recibimiento en el aeropuerto como una gran fiesta, estilo llegada de celebridad, con flores, bombas, carteles y papayera, era el tercer día más importante de mi vida. Siempre fuí muy soñadora.

Mi vuelo sufrió varias horas de retraso y por eso no había nadie en el aeropuerto esperándome.

Había toda una programación con la llegada de los “De La Hoz” a Colombia y el mío era solo uno de los varios eventos especiales que se concretarían esas vacaciones. Además era un viaje de veinticinco personas, yo no era El Sol. Mi ansiedad se prolongó un poquito más.

Me cambié en el aeropuerto porque Alex, un sobrino, tenía una sorpresa preparada para su futura esposa y todos debíamos ir de blanco con accesorios dorados. Usé un vestido blanco muy bonito que me prestó una amiga y tomé un taxi con mi maleta hacia las murallas de Cartagena.

Llegué al sitio acordado en el cual terminaría el recorrido que todos estaban haciendo en carrozas tiradas por caballos, algo muy colonial y atractivo de la ciudad para los turistas. Estaba en una esquina. Tenía muchos nervios. Mi sobrino me vió y me pareció escuchar: “Ahí está Adriana!”

Solo sé que en los segundos siguientes varias personas me abrazaron y me besaban. Mi hermana Angélica me cogía la cara como si fuera una niña y decía: “es igualita a papá, es la que más se parece”.

Después de muchos besos y abrazos, presentaciones veloces con un montón de sobrinos y cuñados fuimos a la muralla para cumplir con el itinerario del evento especial. Alex le pediría a su compañera de vida que se casara con él de la manera más romántica y especial. Fué hermoso.

Los observaba de lejos tan unidos, tan llenos de amor entre sí, entonces mis años de soledad y tristeza me golpearon con una fuerza tal que sentí muchas ganas de salir corriendo e irme de ahí a autocompadecerme, como suelo hacer. Me sentía tan fuera de lugar que lo hubiera dado todo por desaparecer. Era un momento íntimo y familiar y yo no creía tener el derecho a estar ahí.

Los días siguientes fueron muy bonitos. Mis sobrinos eran muy especiales.

Las niñas de Angélica y Sebastián, el hijo mayor de mi hermana Claudia cantan hermoso, tocan instrumentos y nos deleitaban durante el paseo.

Todo lo disfrutaba y respiraba su aroma para parecerme a ellos y fundirme en el grupo familiar.

La mamá de mis hermanos, doña Martha, fué muy especial y compasiva conmigo. En varias ocasiones me expresó que para ella yo era como una hija. Sentí verguenza y aprecio por esa persona que sabiendo lo que mi presencia significaba para ella como mujer, abría sus brazos y no solo toleraba mi existencia, la aceptaba.

Mientras escribo esto doña Marthica ya está en el cielo. Nos conocimos un nueve de junio y el mismo día dos años más tarde partiría a su encuentro con la eternidad. La recuerdo con amor, agradecimiento y admiración, porque tuvo que haber sufrido mucho por culpa del motivo por el que nací y aún así me trató con dulzura, como si fuera una de sus hijas. Afortunadamente cuando la conocí era una persona que disfrutaba de la paz y alegría que sus seis hijos (mis hermanos), le proporcionaron cuando tuvieron la posibilidad de cambiarle la vida.

Debo decirlo, todos mis hermanos son seres hermosos, nobles, inteligentes, dulces y Raúl. Bromeo! Encontré un grupo de personas con las que me sentía a gusto. Ahora que lo pienso, lo que más me gusta de ellos es su voz. Te acarician con ella.

Toda mi vida me sentí como una pieza que no encajaba en mi familia materna. Era la narizona, la feita, la desproporcionada. Eramos muy diferentes físicamente y me sentía como el patito feo y después de todo así resultó ser, era un cisne entre una familia de patos bonitos.

Fueron siete días maravillosos. Estuvimos en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta. Pude compartir con mis hermanos y conocerlos un poco. Durante el paseo me sentí como una niña mimada. Ellos pagaron todo y me regalaron dinero, además!

Cuando llegó el día de la despedida sentí mucha nostalgia y desconsuelo al despedirme de cada uno. No sabía cuando los volvería a ver.

Se me iban alejando otra vez los rayos de luz que me iluminaron el panorama. Me sentía sola otra vez, pero tenía la ilusión de vivir muchas aventuras a su lado en un futuro muy cercano.

Aún no conocía a Rodolfo, Jenny, ni Karina, porque ellos no viajaron a Colombia. Esos abrazos aún están pendientes.

Cuando una puerta se cierra

En julio del 2018 se celebraba en Miami, la boda de Alex mi sobrino. Me invitó. Moría de emoción por ir al evento. Ya era parte de la familia: era su tía nueva.

En febrero inicié el proceso para solicitar la visa a Estados Unidos. Pedí mis cesantías, ya que el trámite es muy costoso, sin contar con los gastos de desplazamiento a Bogotá.

Llegó el día de la entrevista en la Embajada. Mi hija pidió permiso esos días en el trabajo para poder acompañarme. Me quedé en su apartamento. Respecto a la historia de mis hermanos, ella siempre fué muy escéptica y no estaba interesada en ningún tipo de contacto con mi nueva familia. Creo que ni conmigo. Nuestra relación se había quebrado mucho tiempo atrás. Yo quería sanar nuestras heridas y que la brecha se cerrara pero no sabía como hacerlo y mis sentimientos no bastaban.

Alexandra (se cambió el nombre cuando pudo), recitaba una serie de requisitos que cumplir para lograr su perdón, pero realmente creo que nunca tuvo la intención de concedérmelo. No la juzgo por eso. Supongo que su desprecio fue muy bien ganado por mí y a veces las situaciones no tienen reversa si se perdió el amor en alguna de las partes interesadas.

En fin, mi hija me acompañó a la entrevista. Yo tenía tanta ilusión, estaba tan contenta. Era un hecho que viajaría a Miami y estaría con todos. Sin embargo y por no darle más vueltas al asunto, me negaron la visa porque Estados Unidos consideraba que si me dejaban entrar a su país, no había ningún motivo que me hiciera regresar a Colombia y en cambio si ocho grandes razones para establecerme allá. No tenía hijos a cargo, en mi trabajo la remuneración no era muy significativa, no tenía ahorros, no tenía una casa propia, solo mis gatitas.

Me refugié en los brazos de Alexandra. Mi ilusión se quebró. Ya no podía presentarme a los ojos de mis hijos como la persona que los llevaría a conocer norteamérica. Desde que mis hermanos me encontraron, me veía como una persona valiosa. Pensaba que con el respaldo de ellos mi figura como madre había mejorado de rango, por eso sentía un desconsuelo tremendo.

Para tratar de sobrellevar la situación mi hija me llevó a conocer la Universidad Nacional de Colombia, donde adelantaba sus estudios de Psicología. Vi a sus amigos, ella estaba cumpliendo sus sueños y eso me dió mucha alegría. Me invitó a almorzar a un restaurante francés, con tal de olvidar el tema de Estados Unidos por un momento. Estar con mi ella me alivió mucho.

Mis hermanos estaban pendientes del resultado. En el fondo sospechaban lo difícil que sería y más porque acababan de elegir a Donald Trump como presidente y sus políticas antimigratorias eran muy fuertes.

Por esos días seguí en contacto con todos. Vivía los días con la esperanza de poder verlos en la próxima vacación, en cualquier otro lugar del Caribe.

Todos mis hermanos están casados. Yo era la única que vivía sola, por eso mis hermanas, especialmente Angélica y Rocío, empezaron a buscar candidatos para mí. Creían que si me casaba con un estadounidense podría entrar al país y de paso tener una vida en pareja.

Mi hermana Rocío y Vinny, su esposo, vivían por temporadas en Italia porque querían establecerse allí. Un día, estando mi hermana en Italia, me comentó que había conocido al chico perfecto para mí. El problema era que tenía nueve años menos que yo (la historia de mi vida, le atraigo y me atraen los hombres más jóvenes), pero no tenía alguna otra situación desfavorable. Padre soltero de dos pequeños hermosos y con ganas de conocerme porque no le veía problema a la diferencia de edad.

Mi celestina me dijo: "Si no puedes entrar a Estados Unidos, vendrás a pasear Italia y de paso te presento a Antonio que quiere conocerte, a ver qué pasa".

No pudo resultar mejor que me hayan negado la visa porque ahora visitaría el país mas lindo del mundo. Viajar a Europa no tiene comparación con nada. Estaba emocionadísima. Vinny me prestaría la plata para el viaje. Le pagaría en efectivo cuando nos encontráramos. El viaje sería el 28 de noviembre de 2018.

Los cuatro meses anteriores al viaje fueron una locura. Organizaba la maleta todas las noches. Me medía la ropa que iba a lucir en cada ciudad. Viajaría en otoño, por lo que era genial poder usar accesorios y ropa diferente en el viaje. Solo estaría diez días. El itinerario era visitar Milán, Verona, Venecia, Florencia, Roma, Pisa y Trento. Quería ir a Pompeya pero era muy al sur, por eso quedó pendiente, pero sé que un día iré.

El viaje que lo cambió todo

El aventura por Italia nos tenía muy emocionados. Con mis hermanos hablábamos del tema muy seguido.

Semanas antes hubo una tormenta en el pueblo donde estaba Rocio y causó muchos estragos, pero el itinerario se cumpliría y punto.

El día anterior a la partida, mi hermana Sandra tuvo un sueño que parecía muy espantoso, pero que en realidad tenía una connotación positiva. Les cuento. En el sueño papá y yo estábamos en medio de una balacera en la cual resulté herida. Mi hermana veía mucha sangre. Sandrita sabe interpretar sueños porque siempre ha tenido experiencias premonitorias, por lo que nos contó y explicó que esa situación grave significaba que habría un cambio radical, que algo en mi moriría para dar paso a una nueva vida. Así lo creímos todos en ese momento y quedamos felices con la anécdota.

Llegó el gran día. Mi adorado paseo por Italia.
Desde que inició el viaje y sus escalas, todo estuvo lleno de primicias y de sucesos maravillosos para mí. Me sentía la persona más afortunada del mundo.

Partía de Bucaramanga hacia Bogotá y de allí tomaría un vuelo a Madrid. En el vuelo se sentó a mi lado un señor. No me había dado cuenta de su presencia porque yo no dejaba de mirar por la ventanilla del avión. Durante las nueve horas de viaje sucedieron varias cosas.

Mi compañero, un hombre muy atractivo, parecía ser algo serio. Sospecho que le caía mal porque en una oportunidad tuve que ir al baño y me pareció incomodarlo. Solo lo hice una vez. Además cuando noté que en mi celular eran las doce de la noche, pero en el cielo se observaba el amanecer, evento extraordinario para mis ojos, tomaba muchas fotos, por lo cual supongo le parecería algo estúpida. Se notaba demasiado mi falta de mundo.

Después de que el servicio aéreo llevó la comida y pasaron ofreciendo café, a mi no me dieron. La primera vez pensé que la azafata no me había escuchado. Le hablé con un tono de voz un poco más fuerte y me dijo que su compañero, que pasaría en un momento me lo daría. El tampoco me lo suministró, objetando que seguramente su compañera me lo habría proporcionado (me sentí muy humillada). Ante el desplante de los dos, mi compañero, que era francés, pero hablaba un poco español, les solicitó de manera imperativa que me dieran todo el café que yo quisiera. Finalmente y supongo que con desprecio me atendieron.

Desde ese momento aquel caballero, al notar mi inseguridad se convirtió en mi protector. Me preguntó adonde me dirigía. Le comenté que iba a Milán y debía esperar seis horas en el aeropuerto de

Madrid para tomar mi próximo vuelo.

Por desgracia vi muchos capítulos de Alerta Aeropuerto, donde se narraba sobre personas, en especial colombianos, que viajaban como "mulas", transportando droga, en varias ocasiones sin saberlo y en España los sorprendían. Así que tenía mucha angustia de pensar en el arribo a la aduana del aeropuerto de Madrid. Si ya me habían visto con desprecio los ayudantes de vuelo, no imagino en migración. Aclaro que iba vestida decentemente, siempre he sido discreta con mi vestuario. No creo que haya sido por eso.

Además del tema de la revisión de documentos, estaba el del traslado del área de llegada a la que me correspondía para mi escala. Una amiga me comentó que el aeropuerto era gigante y para ir de una sala de llegada o espera a la otra, se debía tomar tren. Solo con esas dos situaciones que debía enfrentar tenía el corazón en la garganta.

Mi nuevo amigo se ofreció cortésmente a ayudarme porque el iba al mismo sitio del terminal. Debía tomar un avión a Niza y al igual que yo, debía esperar al menos seis o siete horas. Así que, si para mí estaba bien, me acompañaría. Este tercer riesgo me puso más nerviosa aún. Todos en Colombia, conociendo mi forma de ser abierta y un poco ingenua, me recomendaban que no hablara con extraños, que no recibiera nada, ni un dulce, porque muchas veces ahí estaba el truco, relacionando esta situación con las mulas. Pero no tuve reparos en aceptar su ofrecimiento, porque realmente no tenía muchas opciones. Me sentía un poco desorientada.

Aterrizamos. Todos tuvimos que pasar por migración. Fila especial para Europeos y otra para latinos. El francés pasó rapidísimo su inspección, pero obviamente la fila en la que yo estaba era muy lenta.

Pasé mi revisión. Tenía los papeles en regla, pasaporte vigente, la invitación de un italiano para estar allí diez días y mi tiquete de retorno. Todo en su lugar. Sin embargo me demoraron un poco por la meticulosidad de la inspección.

Cuando pude avanzar, mi amigo me esperaba pacientemente y noté varias veces que estaba muy pendiente que todo estuviera saliendo bien conmigo. Mi ángel me decía: "Eres afortunada, alguien te está cuidando" y mi diablo me susurraba: "Está asegurándose de que todo esté bien con su víctima". No tenía más remedio, debía escucharlos a los dos y estar agradecida, pero atenta.

Tomamos el tren hacia nuestra sala de espera. Quedaban muchas horas por delante, así que nos presentamos formalmente y hablamos sobre nuestras vidas. Yo quería gastar mis primeros euros pagando un café o almorzando, pero él no me lo permitió. Me invitó a las dos cosas, recomendándome mis primeros platos en Europa.

Poco a poco me relajé y disfruté mucho su compañía. Supe que era una persona amante de la naturaleza, de los animales, de sus motos de carrera, enamorado de Colombia y su gente, defensor de los derechos humanos y de las justas causas, compasivo y galán. Todo un francés.

Mientras conversábamos, bueno yo hablaba la mayor parte del tiempo, al ver su celular, le comenté que todos en mi trabajo tenían Iphone o celulares muy elegantes, pero yo me sentía contenta con mi celular humilde, porque me lo habían regalado, era el primero de los de la generación de smartphone y sacaba fotos muy bonitas. Le aclaré que por supuesto no me molestaría más adelante tener un Iphone pero que tenía otras prioridades.

Mientras continuaba con mi monólogo, el empezó a operar su celular. Supuse que se estaba comunicando con su familia. De hecho el ya me había regalado una llamada a mi hermana que me esperaba en Milán, ya que yo no lograba conectarme al internet del aeropuerto. Pensé, como me sucedió en el avión, que mi tema o presencia era aburridora. De repente me dijo, tomémonos una foto. Con el celular que tenía en la mano nos tomamos una selfie y me lo entregó. Me dijo: "No es nuevo y no tengo un cargador para darte, pero está bueno. Es el Iphone que siempre cargo de repuesto por si el principal me falla. Tú te mereces este celular. Ahora ya tienes uno fino como todas tus amigas".

No sabía que hacer. Lo rechacé inmediatamente pero el insistió. Me venían a la cabeza todas las advertencias de mis amigos, no recibas nada, no converses con desconocidos, pero estaba ahí, con un extraño y su celular en la mano. Insistió mucho y decidí que lo dejaría así, pero antes de abordar el vuelo me desharía del aparato. Vaya uno a saber si tendría una bomba, era un detonador o un rastreador. Bueno sé que mi imaginación es exagerada, pero era demasiado extraña la situación.

Seguimos compartiendo las pocas horas que quedaban, intercambianos números de teléfono, nos prometimos estar en comunicación y el aseguró acompañarme virtualmente durante todo el viaje en Italia.

Al acercarse la hora de tomar mi avión, caminamos hacia la sala de abordaje correspondiente. Nos despedimos con un apretón de mano y le dije: "Espero que volvamos a coincidir en algún aeropuerto". Muy pocas y vacías palabras para alguien que había sido muy especial conmigo desde el primer contacto. En realidad quería darle un discurso más expresivo y agradecido. Pero estaba muy nerviosa.

Me dirigí al baño para cambiarme de ropa y refrescarme un poco. Italia debía ver la mejor versión de Adriana, ya saben, por aquello de las fotos. Siempre han sido mi obsesión porque son la memoria para los nuestros.

Cuando salí del baño vi que mi amigo me buscaba. Supuse que se había arrepentido de darme el celular y quería que se lo restituyera. Lo alcancé y me dió dos cajas de chocolates típicos de Madrid para que no llegara con las manos vacías donde mi hermana. ¡Ahí estaba la trampa¡ pensé. Con muchos nervios, pero con cariño le agradecí el detalle.

Saben? Siempre he sido una persona muy confiada, el sexto sentido no me funciona y soy de las que ve bondad en todos. Rara vez pienso que alguien se acerque a mi para hacerme daño. De parte de él solo sentía mucha calidez, solidaridad, curiosidad y ternura. Por eso, sin más comentarios, debo decir

que un bello francés me dió la bienvenida al viejo continente de la mejor manera y desde ese momento supe que mi viaje sería épico.

A él lo tengo en mi corazón. Aún estamos en contacto, compartimos pequeñas conversaciones y espero algún día ir a Niza a conocer su casa o coincidir en París para seguir hablando de la vida, como en la película “Antes del atardecer”, mi favorita de la saga.

Pequeño giro de Italia

Durante el vuelo de Bogotá a Madrid todo estaba incluido, comida, agua, café. No sabía que los vuelos entre países miembros de la Unión Europea, se consideran locales y no tienen incluídos los refrigerios, por eso sin querer, pagué mi primer costosísimo y diminuto café italiano, un expreso que me costó cuatro euros, lo equivalente a $17.000 pesos colombianos aproximadamente. Odié el café italiano en esos momentos, aunque ahora más calmada debo confesar que tiene buen sabor.

El tema del café dió para muchas bromas por parte de los italianos conmigo. En Colombia solía tomarme una taza gigante, porque nuestra bebida por excelencia, la preparamos muy diluída, más ligera, por lo que los italianos gentilmente le llaman “acqua sporca”. Me ofendía mucho. Sin embargo, ahora que les cuento la experiencia ya no tolero el café a la colombiana. Llámenme traidora, pero la verdad, aquí saben como preparar un gustoso tintico.

Cuando llegué a Milán hacía mucho frío, llovía y como me advirtió una amiga que visita regularmente Europa: “Nunca estarás preparada para el frío que hace en el viejo continente, no es como Bogotá. Es frío de verdad”.

Bueno sí, estaba congelada pero la emoción era tanta que no me importaba. Cuando vi a mi hermanita y a Vinny esperándome, los abracé muy fuerte. Mi corazón quería salir del pecho. Era la segunda vez que compartía con uno de mis hermanos nuevos.

La aventura apenas comenzaba. Por cierto, no boté el celular que me dió mi amigo y nos comimos todos los dulces con mi hermana y Vinny al encontrarnos.

Mi hermanita tenía el itinerario preparado. Primero comeriamos pizza en un restaurante con vista a la Catedral de Milano, luego nos tomariamos fotos en la plaza y obviamente visitariamos de manera veloz la Galleria de Milano al estilo familia Miranda, porque todo está pegadito.

Era increíble ver las tiendas de marcas de fama mundial, Louis Vuitton, Prada, Versace, tantos negocios de renombre, pero más alucinante ver los precios.

Se hizo la tarea, fotos en todas partes para empezar a documentar mi viaje. Desde la primera toma, Rocío se portó como una profesional. Si debía adoptar posiciones riesgosas (arrodillarse, acostarse, estirarse), para una buena captura lo hacía. Por mi parte, tenía todo preparado para reseñar especialmente cada sitio que elegimos visitar. No sabría si sería la única ocasión, así que debía sacarle jugo a la experiencia.

La noche de mi llegada, cansados fuimos a casa. Vinny debía conducir tres horas para llegar a nuestro destino. Me advirtieron que pronto empezaría a sentir el cansancio del jet-lag y debía reposar el día siguiente para poner mi cuerpo acorde a las siete horas de diferencia con Colombia.

Era sábado. Salimos a conocer el Castillo de Pergine que queda en los alrededores, pero el sitio cierra desde el inicio del otoño, hasta la primavera, así que me lo perdí.

El domingo me llevaron a conocer uno de los pueblitos ubicados en la rivera del Lago de Garda, que queda a hora y media en carro desde Viarago, donde vivía mi hermana. Antes de partir, pasariamos donde Estela, la prima de mi hermana, casada con un italiano y radicada en este país hace treinta y cinco años. El propósito era presentarme al muchacho que a Rocío le parecía ideal para mí, para poder entablar una amistad.

En casa de Estela estaba Antonio, un muchacho de ojos azules, con hermosa sonrisa y dos preciosos niños, un pequeño de cinco años y la niña de doce. Tres hermosas y gentiles personas. El chico me encantó. Hubo un momento en que nos miramos fijamente y nos sonreímos. Fue nuestra manera de decirnos que nos agradábamos. Me sentí a gusto con su presencia. La niña fué muy agradable conmigo.

La historia de Antonio y sus hijos es la siguiente: Tuvo una relación desde muy joven con la madre de los niños. Construyó un hogar para ellos. Una pequeña casa hermosa y moderna. Un día ella se enamoró de otro hombre y abandonó a Antonio. Simon, el pequeño apenas tenía dos años. Antonio luchó por tener mucho tiempo a sus hijos. La custodia es compartida. No es mi tarea entender, ni juzgar que sucedió entre ellos.

Al conocer esta historia me enamoré del corazón de ese hombre. Ya saben mis antecedentes con la figura paterna. Solo sé que un padre que ame a sus hijos de la manera en que lo hace Antonio, es una persona que tiene más virtudes que defectos. Un buen padre tiene todo mi respeto, admiración y en este caso, él tendría mi amor. Nuestro primer encuentro fue breve pero sirvió para sembrar una semilla entre nosotros.

Nos despedimos y partimos hacia el Lago de Garda. Es enorme como el mar, imponente, espectacular. No pensé que un paisaje tan hermoso existiera. No cabía tanta belleza en mis ojos.

Al retorno, casi en la noche fuimos al mercado callejero de navidad de Trento. Estaba encantada con la magia de la región, los Alpes, las Dolomitas, castillos custodiando cada paisaje, pequeños pueblitos que conservan su arquitectura antigua, ciudades que a diferencia de Milán, no tienen afán, ni propósito de parecer modernas. Aquí no se ven rascacielos, edificios altos ni pomposos. Lo más lindo es lo típico, las casas de colores con pocos pisos, las calles empedradas, trenes, naturaleza, belleza pura.

Escuchar personas hablando en otros idiomas era alucinante. La región donde estábamos había formado parte del imperio Austro-Húngaro durante mucho tiempo. Así que en el norte de la región es habitual que la gente hable alemán e italiano, aunque se siente tensión ante la presencia de personas

alemanas o austriacas que vienen regularmente de visita. Consecuencia de las guerras mundiales sin duda.

El domingo fué genial. Aproveché para comprar detalles para los chicos del trabajo, mis hijos y amigos. Pero debíamos tornar a casa para tomar un delicioso Spritz (bebida alcohólica típica veneciana), escuchar Il Mondo, el himno del paseo, hablar mucho con mi hermana y descansar un poco, porque al día siguiente iríamos a Venecia.

Llegamos a la ciudad de los canales en tren, otra primicia. Nunca había viajado de esa manera. Fué fantástico. Se disfruta el paisaje con gran comodidad y se llega rapidísimo al destino. Jamás había visto tantas personas leyendo en un medio de transporte público (yo lo hacía en los buses en Bucaramanga). Siento gran respeto y empatía con los lectores.

Estaba atenta a todos los detalles, la vestimenta de las personas, los paisajes, los largos túneles que atravesaban las montañas, los colores del otoño. Fué un recorrido fascinante.

Cuando llegamos a la divina Venecia, mi emoción no tenía límites. El olor del mar, las embarcaciones para transportarse por los canales, las góndolas, la arquitectura de las catedrales. Me costaba respirar ante tanta hermosura.

Desde Colombia me había preparado para cumplir pequeños sueños y uno de ellos era tener una foto como si yo fuera conductora de góndola. En Bucaramanga compré una camiseta de rayas a blanco y negro, semejante al uniforme de los gondoleros. Como era otoño el sombrerito veraniego no iba y usé boina de lana roja, para hacer el contraste. Hicimos el paseo en una preciosa góndola negra muy elegante y le comentamos al gondolero, muy joven por cierto, sobre mi propósito. Aunque cumplir mi deseo era prohibido por normas de seguridad, nos la arreglamos para hacer la captura en una pequeña parada del recorrido de media hora que habíamos pagado. Todo salió a pedir de boca.

Fuimos a cenar a un pequeño y elegante restaurante. Tomamos vino rojo. No recuerdo mucho del menú porque buscaba los precios y pedía lo más económico. Les decía que no tenía mucha hambre. Era invitada de mi cuñado, no quería aprovecharme de su generosidad y la verdad tenía el estómago lleno de mariposas.

Dimos un paseo corto por la Plaza de San Marcos, entramos a la catedral y tornamos a casa. No conocí mucho de Venecia porque yo solo quería la foto lograda en el canal. Estaba obsesionada. Resumen de la jornada: Fantasía realizada.

El martes muy temprano y también en tren, fuimos a Verona. Mi misión allí era visitar la casa de los Capuleto. Antes del viaje había visto la película “Cartas a Julieta” y un amigo que había estado allí me dijo que era obligatorio ir a conocer el sitio, dejar una carta en el muro solicitando amor y para sellar el compromiso tocarle un seno desnudo a la estatua de la pobre y mancillada Julieta. Había que hacer todo lo que se tenía que hacer.

Tambíen quería tomarme una foto en el mítico balcón desde donde Julieta conversaba con Romeo, pero por cuestiones económicas, me tomé la foto representando al galán, en el primer piso. Lo importante era que se viera que estuve de paso en ese pintoresco y mítico lugar.

Todas las ciudades grandes de Italia, creo que de Europa, son atravesadas por un río, supongo que por cuestiones urbanísticas ancestrales, Verona tiene su canal. Qué cosa bella.

Volvimos a casa y descansamos una jornada porque al otro día el recorrido por la Toscana hacia Roma, lo haríamos en carro. Vinny tendría que conducir muchas horas, así que era mejor disfrutar tranquilamente un día en Viarago City.

Antonio me había invitado a salir. Me gustaba mucho pero la diferencia de edad me inquietaba. No quería equivocarme otra vez, así que pospuse lo más que pude el encuentro porque no quería exponerme al dolor nuevamente.

No haré un recuento muy largo del paseo ya que solo se visitó lo obligado en cada ciudad.

En Florencia para mí era imprescindible la evidencia de que estuve en el Puente Viejo. Había leído un libro donde la protagonista todas las noches salía a escuchar a un recitador de la Divina Comedia en el río Arno y su descripción me enamoró, además de que es el puente más famoso e icónico de la ciudad.

Por supuesto visitamos el centro histórico y las estatuas de Miguel Angel. No sé mucho de arte, pero El David es colosal y hermoso.

Dormimos en un precioso apartamento de un hotel cinco estrellas de la ciudad y al día siguiente visitamos la otra parte de la ciudad. Florencia completa es un adorable museo. Para conocer toda su belleza se necesitarían al menos cinco días. No disponiamos sino del tiempo justo para comprarle cositas a mis hijos.

Partimos hacia Roma, la ciudad que todo el mundo debe visitar. Nos alojamos en un hotel muy lindo, cercano a una rotatoria. El primer día buscariamos la Fontana di Trevi porque tenía que ir a conocer el sitio donde Bon Jovi filmó su video de la canción “Thank you for loving me” y por supuesto a dejar platica en la fuente para el tema del amor. Casi nos perdimos. Parecía que no lo lograriamos cuando en la desembocadura de una calle estrecha sentimos el rumor del agua y la brisa fresca y me quedé sin aliento. Es perfecta! Una obra de arte mágica, imponente y maravillosa. No podría haber prescindido de conocerla en persona, de respirarla. Por supuesto, las fotos y la platica.

Como en Florencia y Venecia fuimos a un buen restaurante, caminamos mucho, disfrutamos del arte callejero, el idioma, compré un sombrerito, conocimos un grupo de señoras españolas que estaban en vacaciones y fuimos a dormir.

El objetivo de la siguiente jornada era el Coliseo. Sé que una visita a Roma debería ser extendida porque toda la ciudad es un tesoro, pero ya saben, el tema del tiempo. Con conocer el gran y fabuloso Coliseo Romano me daba por bien servida.

Fuimos en taxi. Nos quedamos en una esquina donde no se visualizaba la estructura. Cuando llegamos a la calle donde el momumento ocupaba todo visualmente, me quedé paralizada. No podía creer que yo estaba ahí, frente a ese lugar tan majestuoso, lleno de tanta historia, lleno de tanta violencia, lleno de tantos fantasmas, donde se mezcla lo mejor y lo peor del ser humano: su capacidad de crear cosas para destruir vidas. El ego y el desprecio hacia los otros. Con lágrimas en los ojos agradecí a Dios, con quien ya me había reconciliado, y a la vida por estar ahí. Estaba muy emocionada. Fue una experiencia sensacional.

Cumplida la misión en Roma, debiamos volver a casa. Pero me quedaba pendiente una tarea importante, tratar de enderezar la torre de Pisa.

Vinny estaba muy cansado y para poder llegar allí debiamos desviarnos en el camino al menos una hora y media. Cuando nos acercábamos a la entrada de la carretera para ir a Pisa, nuestro amado conductor, refunfuñando la tomó y mi hermanita y yo fuimos felices. Prometimos no demorarnos, solo tomar las foticos obligadas y retomar el camino a casa.

Fué espectacular. La Torre de Pisa es divinamente imperfecta. Te golpea su blancura, su particularidad. La amé. Si visitas Italia es uno de los destinos obligados.

Finalmente volvimos a casa cansados y felices. El pequeño giro había terminado.

Cita con el amor

El primero de diciembre, sábado, Antonio me invitó a salir. Seguía con mis reservas y además en pocos días volvería a Colombia, pero quise darme la oportunidad. Solo sería un momento entre dos personas que no hablaban el mismo idioma y que eran totalmente diferentes. Qué podría salir mal.

Le pedí que fuera por mí a las cuatro de la tarde. Así, si las cosas no funcionaban, no sería tan intimidante estar a solas con él entrada la noche.

Mi cuñado al parecer no estaba muy contento, porque no estaba de acuerdo en que en mis vacaciones pagadas por ellos, compartiera con un desconocido y no con mi hermana, con quien teníamos una vida de retraso.

Vinny fue a recibir a Antonio cuando llamó a la puerta, le recomendó que me trajera a las nueve de la noche o antes y que condujera con cuidado. Todo un padre. Fué una sensación muy agradable sentirme respaldada así.

No sabiamos nada del idioma del otro así que decidimos comunicarnos escribiendo nuestras frases en el traductor de Google y así pudimos conversar y reírnos.

Antonio tenía un pequeño y veloz carro que conducía como si portara a su lado una joven que se emocionaría con el vértigo de la velocidad, pero siempre he sido muy temerosa, por lo que no estaba disfrutando tanto el viaje. Puso música de Scorpions que es su banda favorita y así tuvimos un tema en común.

Llegamos a una pizzería alemana en Pergine, donde había reservado una mesa. Todos lo conocían en el lugar y lo saludaban con mucho aprecio. Me sentí muy observada y esperaba estar a la altura de las expectativas de los amigos de Antonio, ya que evidentemente sabían de nuestro encuentro. Tomamos cerveza y le pedí que ordenara la pizza por mí.

Mientras llegaba nuestra orden, seguimos conversando con la ayuda del traductor. No hablamos mucho, pero pude conocerlo un poco por su buen humor y disfruté su bella sonrisa.

Al terminar fuimos a tomar otra cerveza al bar de Viarago donde escuché canciones muy de la región.

Me pidió que lo acompañara a darle de comer a su cachorrita Kira, una golden retriever de solo cuatro meses, loca y preciosa. Aprovechó para mostrarme su casa, pequeña, bien dotada y en el lugar más tranquilo del pueblito. Perfecta.

Casi a las nueve de la noche iniciamos el regreso a casa. Vinny lo había ordenado.

Mientras caminábamos supe que tenía a mi lado a un hombre sencillo, tremendamente honesto y espontáneo; un gran padre (lo que me cautivó), una persona divertida, recursiva y con ganas de ser feliz, aunque seguía siendo demasiado joven para mí. Ese chico me gustaba y me generaba mucha ternura.

Me dió la mano y se quedó en el andén observándome. Al despedirnos pensé que sería la última vez que nos veríamos, por eso antes de que abrieran la puerta volví hacia él y le robé un beso. No duró mucho y el lo correspondió. Mi corazón latía rapidísimo. Así me despedí para siempre de Antonio y muy pronto del viejo y hermoso continente.

Mi hermanita quería saber todos los detalles, así fué, pero le comenté de mi aprehensión por la edad de él y ella comprendió eso. No se habló más del tema.

La última noche que estuve en Italia fuimos a comer donde la prima de mi hermana. Allí celebramos mi próximo cumpleaños. No invitamos a Antonio porque no quería hacer crecer algo que había decidido que no funcionaría.

Fue una linda velada. Comimos pastel, bebimos vino, prosecco y regresamos a casa.

Antes de partir hacia el aeropuerto me despedí de Antonio por mensajes. Me pidió que seguiéramos en contacto y me encantó la idea de que seríamos buenos amigos.
Arrivederci Italia.

No fué fácil, después de estar consentida durante diez días en el país más hermoso del mundo, regresar a mi vida tan normal, pero me esperaban mis adoradas gatitas, Misabel y don Jesús que las habían cuidado todo ese tiempo.
Era otra persona. Haber estado con mi hermana y Vinny me fortaleció. Empecé a sentir que quería comerme el mundo, que no podía simplemente permanecer en la inercia emocional en la que vivía antes del mensaje de Sandra.

Tranquilizarme y volver a mi rutina requirió un gran esfuerzo.

La decisión

Antonio empezó a saludarme todos los días y conversábamos mucho. Su video llamada se convirtió en algo habitual desde que llegué a Colombia.

En algún momento me comentó que “ese beso”, le había dado esperanzas y no se iba a rendir tan fácilmente.

Hizo bien porque mis dudas empezaron a desaparecer y la melancolía empezó a tomar su lugar. Esperaba con ansia nuestro momento de conversar. Eran nuestros instantes para reirnos, traducirnos por así decirlo y desearnos un feliz resto de jornada en mi caso, ya que por la diferencia horaria cuando me llamaba yo apenas iba por la mitad del día y el ya iba a descansar.

No pasó mucho tiempo desde que llegué a Colombia hasta el día que me propuso que fuéramos novios. Quería que regresara a Italia para estar con él. Cuando me dijo esto, yo ya lo había pensado. Por qué no? No tenía nada que perder. No tenía ataduras emocionales. Mis hijos tenían sus vidas organizadas y yo estaba sola desde hacía muchos años. Amaba mi trabajo, pero pronto sería solo un estorbo en la empresa. En ese momento de mi existir, si vivía o moría no perjudicaba a nadie. En cambio Antonio me ofrecía cariño, compañía, cuidado, dos niños preciosos y una casita hermosa en un lugar tranquilo. Concordarán conmigo en cual decisión tenía que tomarse.

Antes de navidad, era la novia de un bello ragazzo italiano.

Empezamos a construir nuestro sueño. Comencé a preparar todo para ir a Italia a vivir con él. Esto sucedería en unos seis meses. Debía ser muy juiciosa con los pendientes que tenía en Bucaramanga y con mi trabajo, después de todo Liliana mi jefe confiaba en mí y me había dado mucha responsabilidad. Era la única persona que me hacía sentir dudas sobre si estaba haciendo lo correcto porque sentía que la estaba traicionando. Debía decírselo rápidamente para empezar a organizar el empalme con la persona que haría mi trabajo.

Encontrar el momento para hablar con Liliana fué más difícil que observar su reacción. Simplemente me dijo que estaba feliz por mí y que debíamos prepararlo todo para poder vivir mi nueva vida. Le preocupaba que le había pedido mucho tiempo a Antonio para estar a su lado y tenía mucha razón.

El 31 de diciembre Antonio me pidió que estuviera con él para el día de San Valentín y a los dos días su cumpleaños número cuarenta. Demasiado rápido. No podría hacerlo. Sin embargo mi jefe, quien sería la única afectada me dijo: “Ya decía yo¡ Adri no lo dudes, vete cuanto antes. Tratemos de arreglar todo velozmente. Mereces ser feliz con Antonio”.

En una ocasión al pedir tiempo, había perdido a alguien que quería mucho, el mexicano, recuerdan? Esta vez podría rehacer mi vida sin daños a terceros.

No se imaginan cuanta paz y tranquilidad me dió Liliana. No quería actuar como una persona irresponsable y mucho menos desagradecida. Era de la única persona que esperaba aprobación, por así decirlo.

Así que la decisión fué tomada, los pasajes comprados, mis hermanos y familiares avisados y empezó mi agitada carrera hacia la felicidad.

Los más contentos eran mis hermanos nuevos. En cambio, mi hermanito Geovanny sintió mucha angustia. Los pocos amigos que tenía pensaban que era muy riesgoso, que era una decisión muy apresurada. Pocos estaban de acuerdo.

Durante muchos años viví sola, con mis problemas, tristezas y momentos felices, por lo que consideré que no debía sentir la opinión de nadie. Era una cuestión que solo me concernía a mí.

Vendí o regalé mis cosas, pero no pude arreglar el viaje con mis dos gatitas. Ellas tendrían que esperar que desde Italia pudiera transportarlas. Era mi pensado, mi propósito, el deseo de mi corazón. Mientras tanto les buscaría una casa donde estuvieran juntas porque ya iba a ser muy doloroso para ellas no estar conmigo, como para que además las separara. Eran hermanas, éramos familia y las iba a abandonar por un rato. La situación con Inés y Ceci, fué el precio más caro que pagué por mi felicidad. Es otro de los asuntos que aún hoy, que escribo estas líneas no me he perdonado.

El hecho es que llegó el día.

Cerré la puerta. No quedaba rastro de mí en ese pequeño apartamento que fue mi hogar durante varios años.

Ya me había despedido de amigos, familia, el trabajo y esa vida que siempre pensé que era lo único que tenía.

Sola, como quise que fuera, sin despedidas de último momento, sin molestar a nadie, con mi decisión a cuestas, tomé rumbo al aeropuerto. Aunque quería partir así, recuerdo con especial cariño que una joven pareja amiga se ofreció para acompañarme en el terminal aéreo hasta el último momento. Lo apreció mucho y fué su mejor regalo de despedida... pero no, no quería al final ser una molestia.

Me esperaba un larguísimo viaje, tan fiel a mi manera de cerrar ciclos (si es que alguna vez lo hice, al menos conscientemente). Mis duelos duraban más de ocho años, era justo que mi adiós a esa Adriana desesperanzada y solitaria fuera lento.

En el aeropuerto de Bucaramanga, encontré a Johanita Gamboa, fue un alivio porque literalmente estaba botando un buen número de cosas que hacían sobrepeso en el equipaje y ella las tomó, cosa que me dió mucha paz. La semana pasada Johi había estado hombro a hombro conmigo en el rescate de mi

Ceci que cayó en una casa deshabitada y no sabíamos como recuperarla. Un horrible episodio de cuatro días con mi pequeña gatita. Johana aparece pocas veces en mi vida, pero cuando lo hace me regala momentos inolvidables. Su presencia, sus palabras, su forma tranquila, dulce y compasiva, son como un bálsamo para mi. Siempre ha sido así.

Lo que dejé quedaba en buenas manos, no servía pensar en eso. Mi vuelo tenía varias y largas escalas y estaba dispuesta a disfrutarlo. La emoción me embargaba, al otro lado del océano me esperaba Antonio.

En Bogotá dormí en el piso del Dorado. Cero problemas, llevaba el cojín de Los Beatles que me regaló mi hija, el poncho negro calientito que me obsequió Kary y un libro de Elena Santibañez que un gran amigo mexicano me había enviado.

Hablamos por celular cerca de una hora con mi hija.

Al otro día muy temprano salió el vuelo a Panamá y de ahí a Estambul (trece horas de viaje). Cuando sobrevolamos la ciudad me parecía mentira estar viendo las mezquitas, el mar, que ciudad tan divina! Algún día la conoceré.

En el aeropuerto de Estambul era sensacional ver personas de gran número de países y culturas. El contraste entre Europa y Asia tan fascinante. Dialectos desconocidos, vestuarios que solo había visto en películas. Mujeres que mostraban únicamente sus ojos y aún así revelaban toda su belleza. Ahí estuve cuatro horas maravillosas antes de tomar el vuelo a Milán.

Estaba tan cansada, horrible, seguramente apestosa (llevaba 33 horas de viaje entre aeropuertos y aviones), ansiosa, muy nerviosa, pero cuando vi a mi Antonio, tan bello con su sonrisa hermosa esperándome, supe que todo iba a estar bien.

Desde ese momento mi suegro, Estela y Antonio me dieron la bienvenida a una nueva vida, a la felicidad, a la tranquilidad... a mi hogar.

Nos casamos dos meses después en una sencilla e íntima ceremonia civil, con la pequeña y adorable familia de Antonio y de parte mía Estela y su esposo, quienes me apoyaron y me hicieron sentir en casa desde que llegué. Lo que sigue es otra historia que tal vez les cuente más adelante, está en construcción.

LOS MIOS

Mi madre

No tengo muchas fotos de mi madre, al menos alguna en la que saliera sonriendo. Siempre estaba seria. Mamá era una persona triste disfrazada de rabia. Las pocas veces que la vi sonreir estaba preparando una mazamorra que, cuenta la leyenda, se cortaba si mientras la revolvía le daba mal genio. Era muy divertida esa escena.

Cuando mamá murió yo tenía 22 años. No tuve tiempo de madurar a su lado y construir una mejor relación.

He aprendido a conocerla por mis recuerdos y mis experiencias. La acepto, respeto y añoro por la mujer fuerte e incansable que era, con su voz de ángel, salidas cómicas geniales, orgullo inquebrantable y sus ataques de arrepentimiento cuando había un mal momento entre nosotras.

Hoy me duele entender que nunca fué feliz, que no hubo paz en su vida, pero le agradezco infinitamente que me haya enseñado a ser responsable y trabajadora. Ella me enseñó que nada es gratis, que todo se debe merecer y así he vivido mi vida.

Inés donde estés perdona y vive tranquila. Tus hijos te recordamos y nos sentimos orgullosos de ti.

Hoy te lo digo, te amé mamá.

Mi hija

Mi gran amor, mi tesoro perdido, el motivo de mi orgullo, la persona a la que jamás podré recuperar.

Intento sentirla cerca con los recuerdos de los pocos momentos felices que vivimos. Procuro sobrevivir a su ausencia emocional convenciéndome de que está bien y es una maravillosa mujer, aunque yo no tenga nada que ver con ello.

Hacía mucho que mi chica no me amaba, pero al perderla físicamente también, busqué formas de respirarla. Ni el morado, ni los gatos estuvieron dentro de mis pasiones antes de mayo del 2010, pero identificaba a mi hija como amante de ese color y esas mascotas.

Cuando se fué a trabajar en Bogotá ese año, se llevó todo: su gatita Misha Michelle, sus colores, su aroma, sus sonidos. Mi corazón se estiró y se volvió de goma para alcanzarla, pero no pude y aún estoy remendándolo de ese momento.

Traté de ayudarme a superar ese vacío emulándola en su color favorito: lo hice mío. Mi hija rescató una gatita de las calles frías de Bogotá para mí. Funcionó un poco.

Por la manera en que viví mi vida, aún hay mares físicos y emocionales entre nosotras, pero de alguna manera con el color morado y los gatos, me siento un poco cerca de mi pequeña gigante. Mi mujer favorita.

Espero me perdones algún día.

Te amo hija.

Mi hijo

Cuando Manuel tenía dieciocho años, en una de nuestras citas para ir a comer o pasear, me dijo: “Ma, gracias por haberme dejado vivir con mi papá. Nada me faltó. Tuve amor y estabilidad y sé que eso te costó mucho pero entiendo y agradezco tu sacrificio”.

En ese momento todo tuvo sentido. Las palabras de mi amiga psicóloga vinieron a mi como un bello recuerdo ahora. Siempre me dijo que lo estaba haciendo bien y que más adelante mi hijo me lo agradecería. Por fortuna viví para disfrutar ese momento.

Muchos me decían que hiciera esto o lo otro, la mayoría me insistía que luchara y acudiera a diversos actos de gallardía, tantos me señalaban, pero hubo un día en que tuve que desistir de intentar tenerlo y hacer lo que otros me indicaban, recitando el manual de la buena madre, para hacer lo mejor que pudiera con alguno de mis dos hijos.

Para salvar a mi hijo de mi dolor, le aseguré el bienestar emocional que recibiría con su familia paterna.

No es más mi trabajo juzgarme y culparme por lo que hice o dejé de hacer, porque mi decisión al final dió como fruto a un hombre que vivió su niñez y adolescencia en el amor, la protección y la seguridad económica. Hoy, su carácter, logros y proyectos me lo demuestran. Nuestra relación sobrevivió y nos queremos.

No todas las madres aman igual, no todas son perfectas, no todas tenemos elección, pero lo que si es nuestro deber y es indiscutible, somos las encargadas de procurarle lo mejor a nuestros pequeños, aunque muchas veces lo mejor no seamos nosotras mismas.

Te amo hijo.

Rodolfo

Rodo es el hermano mayor. Para mí es el hermano alfa, no solo por orden de nacimiento sino porque creo que es el más parecido en temperamento a mi papá.

En el momento en que escribo estas letras no he tenido la felicidad de conocerlo en persona, pero por supuesto nos hemos visto en video llamada, fotos y conversaciones de whatsapp.

Políticamente me siento identificada con él. Pensamos de la misma manera en cuanto a las situaciones sociales y casi estoy segura que es el único de los nueve que me respalda.

Lo percibo como un hombre calmo, amante de la lectura y siempre al día con las noticias. Es un hombre que tiene opinión, pero no es intrusivo. Respeta el pensar de los demás y no trata de imponer sus ideas, las comparte, pero deja que los demás asuman sus posiciones.

Compartimos el hecho de que cada cual construye y se afianza en sus creencias dependiendo de sus propias experiencias, por lo que no corresponde a nadie juzgar posiciones. Como se dice popularmente, cada cual conoce el peso de su carga.

Rodo tiene una bella familia, con una esposa amorosa y entregada a sus tres hijos y nietos.

Me trata desde la virtualidad como a una hija. Siento que trata de suplir un poco a mi papá, en cuanto al respaldo emocional. De hecho Rodo me contó que papá le recomendó mucho integrarme a la familia. Me siento amada por él y se que no estoy siendo pretensiosa.

Te amo Rodo.

Rocio

La segunda hija de Federico. Una mujer luchadora, con un corazón de pan, que tiene mucho amor para dar.

Es una mujer divertida pero calmada. Estudia y lee mucho sobre el manejo de las emociones y energía. Siempre está dispuesta a luchar por las causas nobles.

Al igual que a mí, la paz en el amor le llegó después de algunos años. Ahora vive una hermosa historia con su príncipe azul y es una persona que lucha por el bienestar de todos sus amados.

Ella, su esposo, mi querido Vinny y sus tres hijos me han regalado hermosas conversaciones, experiencias y por supuesto el viaje que me cambió la vida.

Creo que de mis seis hermanas somos las más parecidas físicamente y me atrevería a pensar que emocionalmente también. Roci no te ofendas pero somos dos niñas en nuestro cuerpo maduro. Creo que los niños se gozan todo y así somos nosotras, cursis, románticas y soñadoras. Amamos la naturaleza y la soledad.

Gracias por presentarme al amor de mi vida.

Te amo Roci.

ANGELICA

Angélica es la madre por excelencia.

Desde que nos conocimos en persona, fué la que se encargó de “climatizarme”, contándome la historia desde la perspectiva de ellos.

De la manera más prudente y dulce me contó como se enteraron de mi existencia, en un momento en que para todos era difícil aceptar que hubiera un obstáculo más para lograr algo de paz en su vida, ya que ellos estaban pasando por su propia tormenta. Aún no era nuestro momento.

Cuando les conté a mis hermanos, que me había comprometido con Antonio, Lica como toda una madre (mi mamá no lo hizo conmigo), me envió un audio explicándome las situaciones que viviría en mi nueva etapa casada con un italiano. Me dió consejos que he puesto en práctica como mujer y ama de casa y que han hecho que mi hogar cada día sea más bonito.

En los momentos en que me he sentido colapsar por los recuerdos de lo vivido con mi hija, ha sido mi oído y mi apoyo para soportar y superar esos estados de desconsuelo.

Angélica es una mujer fuerte, determinada, justa, que tiene un precioso hogar. Madre de dos encantadoras mujeres, que reflejan el amor que siempre han recibido de sus adorables padres.

Te amo Lica.

SANDRA

Sandrita fué la encargada de buscarme. Gracias a Dios me encontró. Ya les había contado esta parte maravillosa de mi vida.

Sandrita, es una persona dulce, suave, calma para hablar y transmitir sus emociones y opiniones. Es muy agradable estar a su lado. En el viaje a Cartagena buscaba mucho su compañía. Sentía tantas ganas de apoyar mi cabeza en su hombro todo el tiempo.

A Sandrita le agradezco su tenacidad y esperanza para dar conmigo. Siempre ha tenido el don de ver que sucederá y en mi caso ha sido portadora de las dos noticias que han hecho que mi mundo sea lo que es hoy. Diría que es la profeta de mi destino.

Tiene un hogar hermoso y un hijo que tiene su mirada bella. No he tenido la fortuna de abrazar a mi sobrino pero espero ese momento.

Sandrita es Suiza en cuestión de opiniones políticas y religiosas. Está de parte de la justicia, pero sobretodo de cuidar y apoyar a sus hermanos.

Sandrita tenía la llave del baúl de mi tesoro. Me descubrió, por eso es mi Cristófora Colomba.

Te amo Sandrita.

RAUL

Raúl es mi hermanito juguetón, de carácter ligero, divertido y cariñoso.

Tiene un hogar precioso. Vive enamorado de su esposa, “la gringa”, como le dice con amor. Es muy trabajador, juicioso y generoso, como todos mis hermanos.

En nuestro chat escribe chistes que a veces me afectan (soy muy emocional) y en seguida me llama en privado para asegurarse de que no lo haya malinterpretado y esté “ofendida”. Que locura, yo, una vieja a quien deben tratar con pañitos de agua tibia. Mi hermanito me tiene paciencia y me cuida el corazón y la mente.

Tengo tres hermosos sobrinos de parte de Raulito. Un ángel y dos chicos que espero abrazar un día. Disfrutar a mis sobrinos es uno de mis tantos pendientes.

Muchas veces cuando me siento mal por autocompadecerme tanto o ser tan llorona en las conversaciones con todos nuestros hermanos, él me hace saber que nadie me juzga, que tengo derecho a sentirme como me siento, que las cosas son como son y me aceptan con lo que tengo y lo que no.

Raúl es un mediador fantástico y se la tiene “velada” a Rodo.

Te amo Rara.

CLAUDIA

Mi Claudia. Ella es menor que yo diez días. En este momento que escribo estas letras, siento un profundo dolor, porque aunque sé que nadie me juzga por haber nacido, soy consciente de que mi presencia en nuestro universo fue una nube negra antes del maravilloso día de su nacimiento.

Aún cuando ninguno de ellos supiera que yo existía, la vida si y yo no tenía el derecho a nacer antes que ella, pero así fué.

Con Claudia y creo que es debido a mis complejos, es con la que menos me he relacionado o involucrado emocionalmente.

Claudia es una persona espiritualmente muy poderosa y dedicada a su iglesia, su hogar y sus hijos. Lleva una vida reservada y bonita.

Es muy divertida, genial y hermosa.

De ella tengo tres bellos sobrinos. A Sebastián el mayor le agradezco su especial afecto. El se esmeró mucho por hacerme sentir bienvenida en sus vidas, por hacerme sentir su “tía”.

Gracias Claudia por aceptarme. Perdona siempre que me adelanté.

Te amo Clau.

JENNY

Jenny es la hermana mayor de la segunda familia de mi padre. Es muy especial y cariñosa. Cuando me encontraron, Jenny y yo iniciamos una hermosa relación.

Hablábamos todos los domingos y se propuso enseñarme inglés porque esperábamos que pudiera ir a visitarlos y tal vez en un futuro vivir en Estados Unidos.

A las dos nos encanta la saga de Juego de Tronos y Crepúsculo. Era genial compartir nuestras aficiones. Nos imaginábamos un mundo donde siendo jóvenes nos hubiéramos conocido para ser dos hermanas adolescentes que se querían y crecían juntas.

Jenny es una persona muy centrada y trabajadora. Tiene una bella familia con Andy, quien me ayudaba a practicar el inglés.

Aún no he podido conocer en persona a Jenny y al momento que me negaron la visa a Estados Unidos nuestros deseos quedaron frustrados, pero aún espero el momento de poder visitarla y abrazarla con todas mis fuerzas.

Extraño nuestras conversaciones.

Te amo Jenny.

KARINA

Mi hermanita pequeña por parte de mi padre. Ella es solo dulzura y cariño. Anhelamos tanto el momento en que nos conozcamos en persona.

Karina tiene un hogar precioso con tres caballeros hermosos. No conozco mucho de su vida, pero sé que es feliz en su pequeño reino.

Ama mucho a su madre y adoraba a nuestro padre.

Doña Miryam, su madre conversaba de vez en cuando conmigo. Quería que conociera a mi papá, así que me contaba como había sido su vida, como terminaron todos en Estados Unidos, como fueron sus últimos años. Eran cosas que en parte llenaban algunos vacíos respecto a esa parte de mí, que siempre se sintió ignorada.

Con Karina soñamos encontrarnos aquí en Italia. Por cuestiones de la pandemia todo se pospuso, pero ahora que las cosas están reacomodándose puede ser nuestro momento. Lo anhelo.

Te amo Kari.

GEOVANNY

Mi hermanito menor, el hijo de mi madre. Siempre fué y será mi adoración.

Por parte de su padre, tiene una historia muy similar a la mía. La diferencia es que su padre lo amó con toda su alma, porque creo que él amaba a mi mamá, tanto como ella a él.

Mi hermanito perdió a sus dos padres en el mismo año, siendo apenas un niño de doce años. A esa edad solo le quedé yo.

Geovanny es el ser más especial que conozco. Siendo menor que yo, me ha enseñado muchas cosas, me ha dado montones de dulzura y amor. Soy afortunada de que hubiera llegado a mi mundo.

Cuando tomé la decisión de dejarlo todo y venir a vivir mi vida con Antonio en Italia, se angustió mucho y desde ese momento siempre ha estado muy pendiente de mí.

Un día, estando en mi nuevo hogar me dijo: “Hermanita, perdóneme por no haber estado más presente en su vida. Perdóneme por no haberle hecho saber que la amaba tanto como estoy sintiendo ahora que la tengo tan lejos y no puedo abrazarla. Creo que usted se sentía tan sola que por eso nada la detuvo y se me fué así, de un momento a otro”.

Mi corazón se partió porque nunca he querido ser la causa del dolor de alguien. No creía importarle a nadie realmente y mucho menos quería hacer sufrir a mi hermanito, pero le dije que así tenía que ser, así tenía que sentirme para poder dar el paso sin remordimientos.

Hoy siento que él es todo lo que me conecta con mi pasado y es mi amor más bello.

El se convirtió en el protector de mis gatitas, a quienes lloro y añoro aún. Espero que ellas me olviden pronto, yo no lo haré.

Te amo Geovanny mio.

Epilogo

Hace muchos años paseando por Girón una gitana leyó mi mano y entre otras predicciones me dijo que moriría joven. Pasaba por una época en la que cualquiera que me dijera algo sobre el futuro era bienvenido y de alguna manera me gustó pensar que partiría pronto.

A veces queremos salir ya de la desesperación, de un mal momento y creer que algo diferente nos espera, por eso buscamos respuestas. Esa no me incomodó.

No por la lectura de la gitana, pero si como resultado de una larga depresión, le dejé las cosas al destino porque había experimentado que nada de lo que hiciera me avecinaba a la tranquilidad. Vivía en caos interno.

Así que empecé a pasar mis días sin ilusión del mañana. Me limité a leer, a gozar la sonrisa de los niños en mi trabajo, el cariño de sus madres, a tratar de ser útil, a ser la mejor en lo que hacía, a ver mis películas, a estudiar historia, a mi enorme taza de café diaria y esperaba sin mayor ansiedad si al otro día despertaba.

Hoy que veo las cosas de otra manera, que mi vida está llena de motivos y proyectos, que mi entorno asimila el paraíso, creo que la gitana tenía razón: La Adriana sin futuro murió para darle paso a Adriana, la que todo lo cree, espera y sabe que lo merece.

Agradecimientos

A mi esposo Antonio, quién me proporcionó las herramientas físicas y emocionales para poder relatarles la historia, gracias por cuidarme y creer en este proyecto. Por la felicidad de nuestro hogar he podido contar los hechos desde una perspectiva de esperanza y seguridad. Eres mi príncipe azul y el final feliz de mi novela.

A Marce mi amada cuñada, te mereces el cielo por ser el universo de mi hermanito. Gracias por darle y construir un hogar para él y sus propios hijos, por prestarle a los tuyos para que conozca la dicha de ser parte de una familia amorosa y unida. Has sido todo en su vida y representas la paz que el y yo necesitábamos. Agradezco tus sabios consejos literarios y la pasión con la que crees en mí. Espero no defraudarte cuñis.

Tía Cecilia, es a tí a quien debo ser, la persona educada y medianamente culta que pretendo. Tus consejos, tus cuidados y lo que me diste, aún cuando vivías tu propio infierno conyugal, los agradezco infinitamente. Mamá te amaba y yo también. Lamento los sucesos que hoy me hacen preferir este silencio entre nosotras. Dame tiempo. Perdóname.

Que sería de mí hoy sin mis hermanos. No lo sé. Ni siquiera creo que estaría viva. Gracias por cambiar mi vida. Gracias por decidirse a que yo formara parte de ustedes.

Como no agradecer a mi amiga Bruna que en "su tiempo" me haya permitido escribir y que haya llorado conmigo, al relatarle con mi pésimo italiano los capítulos más difíciles. Bruna ha soportado mis estados depresivos, producto de revolcar todo este dolor que es evidente, jamás superé. Gracias amiga del alma. Te prometo traducir este libro al italiano para que puedas leerlo. Quédate conmigo muchos años más.

Chiara Gentilli, me enseñaste a amar leer libros en italiano. Me presentaste maravillosas escritoras europeas que me inspiran y me han enseñado que la misoginia es una infección esparcida por la tierra desde siempre, no hay lugar de este mundo que se salve. Gracias por tus consejos literarios, por leer esta historia y ayudarme a enriquecerla para que pueda llegar a más personas. Aunque sé que no logré el nivel, debes saber que me esforcé, pero el confronto con el relato me llevaba a niveles muy bajos. También sé que me comprendes.

Raúl Romo, gracias por insistir en que mi historia debía conocerse. Te agradezco ver potencial en la capacidad para comunicarme. No sabes cuanto aprecio el empeño y la meticulosidad con que te propusiste ayudarme a mejorar la redacción para que este manuscrito tuviera calidad y alcance global. Me pediste que describiera más cuidadosamente mi entorno, la cultura de mi país, las costumbres de la

época en que sucedieron los eventos, escribir de tal manera que el lector imaginara todo, pero sé que no logré el grado de detalle que te hubiera gustado. Estoy segura de que me perdonarás.

A todas las personas que no mencioné pero estuvieron y están ahí, soportando mis momentos más oscuros, disfrutando aquellas ocasiones en que reir fué fácil, aguantando mi manera de ser quisquillosa, preocupándose por mis necesidades, dejándome sentir sus logros como si fueran míos, ¡Gracias! Aunque solo nos uniera el lazo de la amistad, fuimos y somos familia.

Gracias Italia! La nieve y tú han hecho feliz a mi niña interior.

Finalmente, gracias a la vida, que después de todo, si me dió tanto.

Índice

Prólogo 9
Mi madre 11
La vida con mi tia 15
Crecer 21
Bogotá otra vez 27
Pablo 33
El matrimonio 37
El día que conocí a mi hija 41
Los últimos años con mi madre 47
Conocí a mi padre 57
Me compliqué sola 67
La tristeza 77
El sueño terminó, la pesadilla continuó 85
Mi apocalipsis privado 89
Madre de dos otra vez 101
La vida tranquila continuo, un ratito 107
Mi hija no está, mi hija se fue 117
Mis gatitas 121
El mensaje de sandra 127
Cuando una puerta se cierra 135
El viaje que lo cambió todo 139
Pequeño giro de Italia 145
Cita con el amor 155
La decisión 159
LOS MIOS
- Mi madre 167
- Mi hija 168
- Mi hijo 169
- Rodolfo 170
- Rocio 171
- Angélica 172
- Sandra 173
- Raúl 174

Claudia 175
Jenny 176
Karina 177
Geovanny 178
Epilogo 181
Agradecimientos 183